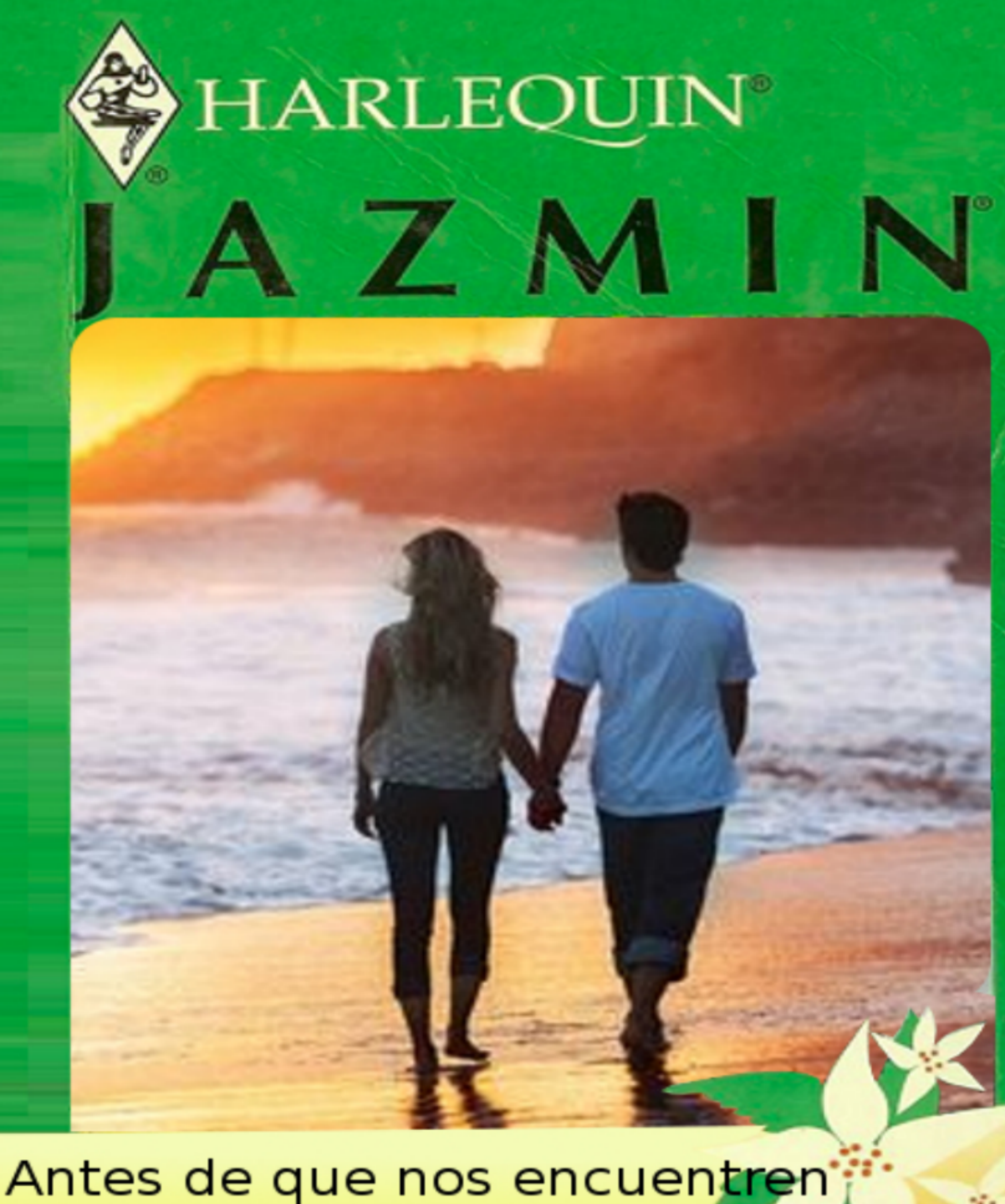

HARLEQUIN
JAZMIN
Antes de que nos encuentren
Elizabeth Barnes

Argumento

Reid MacAllister había sido su hombre ideal, hasta que lo comenzó a odiar. MacAllister regresó y se suponía que debían trabajar juntos como nada hubiera ocurrido. Pero Kathy Loring no lo aceptaría, pues ya no era la jovencita enamorada de antes. Ahora era una mujer capaz de dar lo mismo que recibía. En cuanto al pasado, nada la haría olvidar lo que Reid le había hecho.

Capítulo 1

EL teléfono sonó cuando Kathy se disponía a desayunar. Pensó que era injusto, nadie debería llamar tan temprano. Aún no eran las ocho de la mañana y, además, era sábado. El teléfono sonó de nuevo y Kathy tomó deprisa un sorbo de la caliente bebida. Como era de esperarse, se quemó la lengua.

La tercera vez que sonó el teléfono, pensó que quien llamaba era Malcolm, el hombre que siempre madrugaba, el hombre que era un esclavo del trabajo y que no sabía respetar el día de descanso de los demás. Querría verificar algo insignificante, sin tener en cuenta que la biblioteca no abría hasta las diez.

Kathy levantó el auricular antes de que el teléfono terminara de sonar por tercera vez.

-Hola -saludó enfadada, esperando escuchar la voz grave de Malcolm.

Pero hubo una pausa, luego un murmullo débil y desvanecido.

-¡Kathy, querida, me alegro de encontrarte! -hubo otra pausa antes de que la voz continuara, como si la persona estuviera dudando-. ¿Hablo con Kathy?

-Sí. ¿Tía Margaret? -tenía que ser ella. Pero la tía. Margaret nunca llamaba. Escribía cartas amables, con letra fina, sobre papel que olía a lavanda-. ¿Sucede algo?

-Se trata de mi iglesia en Vermont. Estoy aquí pasando las navidades y ayer hubo un incendio... la iglesia se ha quemado -la tía Margaret titubeó un momento antes de respirar profundamente-. Es horrible -continuó con más firmeza-. ¡Hay un gran alboroto! Han venido muchos fotógrafos y periodistas que hacen preguntas como si esto fuera un espectáculo que hemos montado sólo para ellos... Querida, ¿recibes el periódico matutino?

-Sí -esa mañana, Kathy había recogido el periódico en el escalón de la entrada y, todavía doblado, el diario yacía sobre la mesa-. ¿Por qué lo preguntas?

-Es posible que hayan publicado una foto. Creo que han publicado la noticia en todos los periódicos del país... Como en estas fechas nunca pasa nada, el incendio de nuestra iglesia...

-Sí la han publicado -interrumpió Kathy que, mientras su tía hablaba, había cogido el periódico-. En la primera página.

-¿Puedes ver...?

Kathy vio la foto. Mostraba las líneas clásicas de la iglesia blanca; las guirnaldas y las coronas de flores que decoraban la entrada, la torre esbelta, perfilada hacia el cielo azul, despejado. La foto bien

podría ser una tarjeta de Navidad, excepto por los manchones del humo alrededor de la torre y las llamas; había suficiente color para decorar incluso la portada más aburrida.

-En efecto; está aquí.

-Entonces te habrás dado cuenta de que es una iglesia preciosa y pensé... Verás, algunas personas han decidido que debería ser demolida... por eso he llamado. Quieren destruir lo poco que ha que dado en pie, en lugar de reconstruirlo.

-¿Qué quieres que haga yo? -preguntó Kathy con cautela.

-Que vengas -terminó la anciana por ella y a Kathy no le quedó alternativa-. Pensé que tendrás tiempo por ser fin de semana. Podrías quedarte aquí uno o dos días... ¿Puedes venir a ver la iglesia? Tú sabrías lo que tenemos que hacer, podrías decirnos si merece la pena restaurarla, ya que ésa es tu especialidad. Desde luego, te alojarías en mi casa y eso nos daría la oportunidad de charlar y ponernos al día. Nunca has venido -agregó en tono persuasivo-. ¿Vendrás..., por favor? Significaría mucho...

-Pero... -Kathy calló, indecisa. Cuando se veían en Nueva York, quedaban en algún sitio. Kathy nunca iba al apartamento de su tía en la Quinta Avenida. La joven recordó que esa vez no se trataba de Nueva York. ¿Qué había de malo en quedarse en casa de la tía Margaret, en Vermont? Siguió defendiéndose-. Pero.., no me gustaría que hubiera...

-¿Algún malentendido? -preguntó la tía-. Querida, ¡eso no sucederá! Comprendo muy bien lo que sientes, aunque pienso que es inútil. No te preocupes, no hay ninguna posibilidad... aquí vivo muy tranquila y no le he dicho nada de ese asunto a nadie. Seríamos sólo las dos y Emma, por supuesto, mi ama de llaves. ¡Di que vendrás! Es muy importante que nos des tu opinión -la tía Margaret vaciló y tuvo que callar para respirar hondo-. Me casé en esa iglesia -explicó a manera de disculpa-. Puedo verla desde mis ventanas; siempre fue parte de mi vida y lamentaría mucho que la demolieran. El que tú seas experta en iglesias es casi como una intervención divina, ¿no lo crees? ¡Por favor, di que vendrás!

Después de anotar las indicaciones de cómo llegar a la casa de su tía, Kathy cortó la comunicación y aceptó que no podía negarse a la petición, porque le debía mucho a la anciana; era una deuda de gratitud. La tía Margaret la había apoyado cuando nadie más mostró interés por ella. Desde luego, podía tomarse unos días siempre y cuando... ¿cómo había dicho la tía?... no hubiera algún «malentendido». Naturalmente, ésa no era la palabra indicada, pero Kathy había comprendido perfectamente.

-¡No puedo creer que estés levantada tan temprano... es sábado!

La voz de Luce interrumpió sus pensamientos. Luce era la última de las inquilinas de Kathy. Después de firmar el contrato de alquiler, Kathy tuvo que buscar a alguien para compartir los gastos del piso.

-¿Era Malcolm? -preguntó al sentarse frente a Kathy-. Nadie más llamaría a esta hora.

Kathy sonrió. Por lo general, no permitía que criticaran a Malcolm, porque él no era sólo su jefe sino también un buen amigo. Además, la había animado a progresar en el trabajo que realizaba para él. Ella tenía muchos motivos para estarle agradecida, suficientes para callar a quien se atreviera a criticarlo, pero, bueno, Luce no era maliciosa y sus críticas a Malcolm no eran malintencionadas.

-No era Malcolm -respondió.

-Entonces, ¿quién era?

-La tía Margaret.

-¿Tienes una tía? -preguntó Luce-. Creí que no tenías ningún pariente.

-En realidad, no es mi tía -explicó Kathy. El precio que pagaba por tener compañeras en el apartamento era tener que explicar una y otra vez los mismos detalles acerca de su vida personal-. Nos conocimos... -calló. Luce conocía sus antecedentes: su niñez y adolescencia en el Caribe y su llegada a los Estados Unidos cuando tenía dieciocho años. No había necesidad de decirle cómo y por qué conocía a la tía Margaret-. Nos conocimos cuando yo llegué a Nueva York. Es un encanto. Tiene cerca de noventa años. Nos mantenemos en contacto, nos escribimos y siempre la veo cuando voy a Nueva York.

-¿Por qué ha llamado tan temprano? -Luce bostezó.

-Está en su casa de campo y ayer se quemó la iglesia -Kathy le dio el periódico a Luce antes de ir a la sala en busca de su mapa de carreteras-. Quiere que vaya allí unos días para inspeccionar la construcción y decidir si merece la pena restaurarla -regresó a la cocina para estudiar el mapa.

-¿Irás? -Luce la observó con curiosidad.

-No veo motivo para no hacerlo -respondió Kathy distraída, mientras buscaba un trayecto lógico entre Providence y la punta suroeste de Vermont-. En estos momentos, no hay mucho trabajo...

-¿Vas a irte de improviso? ¿Sin haberlo planeado varios días antes? ¡No lo creo!

La pregunta hecha con buen humor dio en el blanco y Kathy levantó la vista.

-Soy capaz de un poco de espontaneidad -anunció muy digna, porque sabía lo que había detrás del tono bromista de Luce.

Las dos chicas eran como la noche y el día, muy diferentes. Kathy era muy práctica y tenía que planear todo lo que hacía con mucha anticipación.

Durante la mayor parte de sus primeros dieciocho años, Kathy había vivido como una vagabunda, dependiendo a menudo de la suerte o de la bondad de otros para obtener sus alimentos y un techo. Había sido confiada e ingenua; creía que, en el fondo, la gente era buena y que la vida siempre terminaba bien. La experiencia que la hizo cambiar fue amarga; desde entonces, nunca se había desviado del camino trazado...

-No hay motivo para que no vaya -explicó Kathy-. Malcolm se ha ido...

-Pero puede llamar por teléfono -advirtió Luce.

-Él no me exige que me quede en casa todo el fin de semana.

-No llega a eso.

-Además -continuó Kathy sin prestarle atención-, estoy en deuda con la tía Margaret.

-Creí que no le debías nada a nadie -comentó Luce-. No conozco a nadie tan independiente como tú.

-Bueno, no siempre he sido así -anunció Kathy, antes de seguir buscando una ruta apropiada para llegar a East Hawley; finalmente aceptó que no la había-. Pensé que habría algunas carreteras en diagonal -murmuró disgustada-. Quiero ir al noroeste y todo va hacia el norte o al oeste, no hay manera de ir directamente. Tardaré mucho en llegar -cerró el mapa de carreteras-. Más vale que haga el equipaje.

-¿Necesitas ayuda? -preguntó Luce, mientras la seguía por el pasillo que conducía a los dormitorios. Recurrió a la acción y sacó del armario la maleta de Kathy-. Supongo que te llevarás tus acostumbrados uniformes.

-No veo por qué no -respondió Kathy y sacó algunas prendas del armario: un pantalón fino de lana, una falda también de lana, una blusa de seda y un suéter muy fino; después, un vestido de lana fina, más elegante que los demás y una chaqueta que iba bien con el estilo conservador y con los tonos de las demás prendas-. No me gusta viajar con mucha ropa y todo esto combina muy bien.

-Pero es tan formal -protestó Luce; a ella le encantaban los colores vivos y los modelos llamativos-. Además, es ropa muy aburrida.

-Lo sé -aceptó Kathy, después de agregar dos blusas amplias y dos pantalones vaqueros, su ropa de trabajo-. Yo también soy aburrida.

-No es cierto; al menos... Bueno, no deberías serlo.

Las dos jóvenes se miraron al mismo tiempo en el espejo. Luce era alta, medía un metro setenta y cinco centímetros, y era esbelta, casi

flaca; tenía ojos oscuros y cabello rizado, corto. Kathy era de estatura baja, no medía más de un metro cincuenta y cinco centímetros, pero su cuerpo estaba bellamente torneado. Sus ojos eran de color avellana, y su pelo rubio claro le llegaba hasta los hombros.

-Podrías sacarle más juego a tu pelo -sugirió Luce-. Estarías muy bien vestida de negro o azul marino, colores reales, en vez de esas mezclas indistintas.

-Es un poco tarde para cambiar mi vestuario.

-Nunca es tarde -objetó Luce-. Aunque quizás ahora no importe porque vas a ver a tu tía... ¿cómo se llama?

-Margaret -contestó Kathy, ocupada en doblar la ropa para guardarla en la maleta.

-Kathy, dime, ¿cómo conociste a la tía Margaret?

-Cuando llegué a Nueva York. Hacía mucho frío y estaba muy sola -Kathy se conmocionó por la intensidad de sus recuerdos. ¿Qué le pasaba? Recordaba cosas que había olvidado durante años y no podía culpar a la tía Margaret por eso-. La tía Margaret fue mi única amiga durante un tiempo -cerró la maleta-. Me voy -anunció, pero se detuvo para anotar la dirección y el número telefónico de la tía Margaret-. Volveré el martes por la tarde, pero si pasa algo, llámame... ¡y no olvides al gato y las plantas!

Kathy aspiró profundamente para dominar un poco su nerviosismo, y se volvió hacia el grupo que esperaba sus conclusiones. El día había sido largo por el trayecto y las horas que había pasado revisando la fachada de la iglesia.

Después, en casa de la tía, se bañó para quitarse el hollín y compartió una comida rápida con la anciana y con Emma. Ahora iba a empezar la reunión, la parte menos agradable de su trabajo.

-Comencemos -dijo la tía Margaret con amabilidad y su voz interrumpió las conversaciones-. Es una afortunada coincidencia que mi joven amiga, Kathy Loring, sea especialista en templos antiguos. Trabaja en la firma Restauraciones Trowbridge y está muy bien preparada. Puede aconsejarnos.

-Lo que debemos hacer es demoler la iglesia -declaró con firmeza un hombre fornido, y al parecer, fanfarrón-. La mitad se ha quemado y no merece la pena restaurarla otra vez.

La tía Margaret murmuró algo y dirigió la vista al otro lado de la habitación para pedirle ayuda al sacerdote.

-Padre Gardiner, antes de que comencemos, ¿sería tan amable de ofrecer una plegaria?

El cura rezó y agregó algunos comentarios agradables; le dio las gracias a la tía Margaret por su hospitalidad, a Kathy por viajar para

aconsejarlos, y calló para concederle la palabra a la joven.

-Tienen ustedes una iglesia magnífica... Bueno, lo era antes del incendio --corrigió de inmediato. Malcolm no habría dicho eso; habría expresado que antes del fuego la iglesia era basura, que no tenía mérito alguno.

La técnica de Malcolm era así; le daba a la gente un golpe en la cabeza con sus declaraciones sentenciosas y sus conocimientos superiores. Él no se molestaba en dar explicaciones y por eso odiaba trabajar en iglesias. En todos los pueblos había un comité dedicado a la restauración de las iglesias y se necesitaba mucha paciencia para trabajar con ellos. Así que, cuando comprendió que Kathy era una experta en iglesias, le dio gustoso ese tipo de trabajo. Ella era diplomática y tenía paciencia para las explicaciones interminables.

El hombre que deseaba que demolieran la iglesia, quería construir algo más barato que requiriera de menos mantenimiento. Era el señor Blunt. Ese señor causaría problemas y la joven estaba seguraa de que no sería el único. Había otros, al menos tres o cuatro, que la miraban con escepticismo. Sólo el tiempo demostraría cómo podría convencerlos y Kathy recordó que en eso consistía su trabajo. De nuevo, tuvo que dominar sus nervios.

-Aún no he podido hacer un examen riguroso, pues no me ha sido posible pasar al interior -explicó tratando de limitarse a los hechos-. Tienen ustedes una iglesia muy antigua. Parece que fue construida entre 1805 y...

De pronto, se oyó un murmullo. Al levantar la vista de sus apuntes, Kathy vio que no tenía nada que ver con ella. Había alguien en la puerta principal, alguien que llegaba tarde a la reunión.

Un hombre alto y esbelto entró en la sala. Kathy supuso que era alguien importante, porque la tía Margaret se levantó de su silla y se apresuró a recibirlo en el pasillo. La joven pensó que debía ser un hombre influyente, más que el señor Blunt, porque bastó su presencia para interrumpir la reunión. En la sala todos callaban.

-¡Qué sorpresa... -Kathy oyó la voz de la tía Margaret-. La iglesia se quemó ayer. No esperaba... todos están aquí... quizá preferirías...

-He venido a ver si puedo ayudar en algo -respondió el recién llegado.

-Eres muy amable. ¿Estás seguro? -preguntó la tía Margaret, titubeando. La anciana se volvió para enfrentarse al grupo de curiosos que se encontraban en la sala-. Esto es una sorpresa -anunció aturdida y su expresión reveló una mezcla de emociones-. Él estaba en el extranjero. Mi sobrino no sabía... -explicó-. Creo que algunos de ustedes lo conocen...

Kathy se estremeció, pues una ráfaga de aire de invierno se había colado por la puerta abierta, al otro lado de la habitación donde ella estaba de pie.

-Mi sobrino, Reid MacAllister -expresó la tía Margaret.

Era alto y esbelto, y el cabello oscuro le caía sobre la amplia frente; sus facciones eran bien definidas y su tez estaba bronceada. La boca era firme; la nariz levemente aguileña, más bien autoritaria, según Kathy. Vestía de manera informal; pantalón color café claro que enfatizaba sus piernas largas, chaqueta de lana y camisa blanca con el cuello abierto, sin corbata.

-Kathy Loring, una joven amiga -Kathy fue la última a quien la tía presentó-. Es especialista en restaurar iglesias viejas.

-¿De verdad? -preguntó el hombre y la inspeccionó con detenimiento. Absorbió todos los detalles: su cabello rubio, sus facciones, las líneas sencillas de su blusa de seda, la chaqueta de lana color verde y la falda azul-. Muy conveniente.

-La llamé esta mañana para que viniera a ayudarnos. Iba a explicarnos...

-Siento haberla interrumpido -intercaló él-. Pido disculpas, señorita Loring -inclinó la cabeza y le sostuvo la mirada antes de volverse y sentarse en una silla de madera, junto a la chimenea-. Por favor, continúe, señorita Loring.

Indignada, Kathy notó que él daba a entender que era el encargado de todo. Su actitud era inconfundible; su presencia era imponente sentado en el sillón que, de pronto, parecía más bien un trono.

-Gracias -ella habló entre dientes y miró sus anotaciones con intención de ganar tiempo para acallar sus sentimientos-. Les estaba diciendo que la iglesia se construyó entre 1805 y 1815.

-¿Usted cree? -preguntó Reid MacAllister con un gesto que mostró su escepticismo-. Yo habría dicho que era más reciente.

-Parece más reciente porque ha sido renovada varias veces, quizás antes de 1860.

-¿Cómo puede saber si merece la pena salvar lo que queda?

Comenzaron a hacer muchas preguntas. Reid MacAllister había dado la pauta y Kathy aceptó que debía estarle agradecida por eso. También le agradeció que permaneciera callado.

-Entonces, quizás haya algo que merezca la pena salvarse -resumió el padre Gardiner, después de más de dos horas de preguntas y discusiones-. ¿Cuándo podrá hacerlo?

Kathy se encogió de hombros.

-Espero que mañana, pero el jefe de bomberos quiere que se dictamine si la estructura que queda es segura antes de...

-Hace años que la estructura dejó de ser segura -se burló el señor Blunt-. ¡Sólo un tonto se atrevería a entrar!

-Quizá, aunque aún no podemos estar seguros... -murmuró el padre Gardiner-. Quizás necesitemos un ingeniero, y en fin de semana no será fácil encontrarlo.

-¿Podría ser yo? -sugirió Reid MacAllister con una sonrisa enigmática-. Soy ingeniero y me gustaría ayudar, siempre y cuando la señorita Loring esté dispuesta a confiar en mi dictamen -comentó a manera de broma, pero observando a Kathy con detenimiento-. ¿Está de acuerdo?

-Por supuesto -respondió ella, severa. Él volvió a sonreír y, satisfecho, se reclinó en el sillón.

-Muy bien. Hablaré con el jefe de bomberos mañana temprano, luego revisaré la iglesia. Si considero que no hay peligro, la señorita Loring podrá pasar el resto del día inspeccionando.

-Entonces, todo está arreglado -intercaló con gusto el padre Gardiner antes de ofrecer otra breve plegaria.

La habitación comenzó a vaciarse. Todos salieron, excepto Reid MacAllister. Inquieta, Kathy se alejó de la mirada inquisitiva y fingió leer sus anotaciones.

-¿Qué diablos haces aquí, Kathy?

Capítulo 2

N0 es evidente? -murmuró Kathy, furiosa-. He venido porque la tía Margaret me lo pidió. ¡Me gustaría saber qué haces tú aquí!

-¿No es evidente también? -preguntó Reid a su vez y sus ojos brillaron de manera peligrosa cuando abandonó su lugar junto a la chimenea para acercarse a ella-. He venido de visita.

-Ella me aseguró que no vendrías.

-No lo sabía.

-Pero... -Kathy calló. Reid estaba ahí, su peor pesadilla era real, y se sentía desvalida. Esa era la casa de la tía Margaret, y la señora era tía de Reid. Kathy no podía pedirle que se fuera y eso sólo le dejaba un camino-. Me iré -anunció-. Mañana temprano.

-Por lo visto no has cambiado -comentó severo-. Pero no permitiré que te escapes, te quedarás.

-No puedes decirme lo que tengo que hacer -protestó-. Quizá hayas olvidado...

-No he olvidado -le informó-. Pero me pregunto si lo habrás olvidado tú.

-Por supuesto que no -contestó, obligada a levantar la cabeza y enfrentarse con su mirada fría como el hielo. Se estremeció; en los ojos de Reid no había calidez-. No puedo olvidar lo que ocurrió. Por eso voy a marcharme.

-Olvida el pasado -recalcó él con una sonrisa breve, sin significado-. No defraudarás a Maggie. Harás lo que sea necesario para mantenerla contenta. ¿No te das cuenta? -insistió al ver la expresión de Kathy-. Es una anciana. No permitiré que la abandones.

-¿Tú no lo permitirás?

-No lo permitiré y créeme... -la miró. Sus ojos echaban chispas-. ¡Si haces algo... algo que la perjudique, te arrepentirás! ¿Comprendes?

Kathy asintió porque no quería que él notara el temblor de su voz si trataba de hablar.

-Muy bien -seguía sosteniéndole la mirada-. Sabía que comprenderías mi punto de vista. Dile a Maggie que estoy en mi habitación -salió por la puerta que daba a la cocina y poco después Kathy oyó que él subía por la escalera, justo cuando la puerta principal se cerraba por última vez.

-Emma, no te molestes en recoger esta noche -le dijo la tía Margaret cuando las dos mujeres estaban en el vestíbulo-. Vete a casa, lo harás mañana -esperó a que Emma se fuera y entró en la sala-. ¿Está Reid aquí? -preguntó titubeante.

-Ha subido a su habitación -explicó Kathy con tono neutral-. Debe

de estar cansado, igual que nosotras.

-Sí, por supuesto... -la tía Margaret vaciló antes de hablar-. Querida, debo decirte que lamento mucho lo sucedido. No tenía la menor idea; él no me dijo que vendría. Aunque nunca me avisa. Además, estuvo aquí hace apenas seis semanas y no imaginé que regresaría tan pronto.

-No importa -Kathy se obligó a sonreír. Reid le había dicho que debía hacer creer a su tía que ella era una persona civilizada y adulta-. Es gracioso, pero no ha sido tan terrible volverlo a verte Lo nuestro terminó hace ocho años y ya no le guardo rencor.

-¿No te será difícil trabajar con él? -inquirió la tía con amabilidad-. Si te fueras, lo entendería...

Desde luego, era lo que Kathy deseaba hacer, pero sabía que no debía.

-No digas eso -besó la mejilla marchita y pálida-. Piensa en la suerte que tenemos de que él esté aquí. Sin su ayuda, quizá no hubiera podido entrar a la iglesia. ¡No te preocupes! Ve a acostarte, ha sido un día muy largo para ti y tranquilízate porque todo marchará bien.

-Bueno, si estás segura -asintió la tía poco convencida.

-Muy segura -sonrió de nuevo y no dejó de hacerlo hasta que la mujer mayor salió de la habitación.

Kathy no se atrevía a subir a su cuarto, pues temía encontrarse con Reid.

Sus temores pronto se confirmaron. Cuando subió, Reid la esperaba en el pasillo. Estaba apoyado contra la pared, junto al dormitorio de ella y tenía los brazos cruzados.

-¿Qué haces aquí? -preguntó Kathy a cierta distancia.

-Ya te lo he dicho. He venido a visitar a mi tía.

-¡Sabes que no me refiero a eso! ¿Qué haces aquí, junto a mi habitación? -insistió la joven.

-Nada terrible, sólo quiero felicitarte por la forma en que has hablado con Maggie. Has sido muy delicada con ella.

-¿Has estado escuchando detrás de la puerta? -lo acusó ella.

-Sí. No me fiaba de ti.

-Deberías conocerme lo suficiente como para saber que no haría nada que perjudicara a tu tía -expresó ella.

-No te conozco para nada -recalcó él con calma-. De hecho, nunca te conocí, sólo sabía que eras una chica muy lista... y ahora lo eres más. Has llegado muy lejos, Kathy, ¿no es verdad?

-¿Cómo puedes saberlo?

-Porque he seguido tu carrera... a cierta distancia, por supuesto -Kathy abrió mucho los ojos-. Así es, Kathy, aunque no sabía que eras

tan buena en tu trabajo. La verdad, me has impresionado.

-¿Debo tomarlo como un cumplido? -se encogió de hombros.

-Tómalo como quieras. Digamos que tu actuación de hoy me ha impresionado. Estoy impaciente por ver lo que sucederá mañana.

-Yo, no -con cautela, Kathy rodeó el cuerpo alto para llegar a la puerta de su dormitorio-. Ahora, si no te molesta...

-No permitas que yo te detenga -murmuró en tono agradable-. Y no te preocupes, no pienso seguirte.

-¡No estoy preocupada! -abrió la puerta pero decidió no entrar-. ¡Tú no me preocupas

-¿No? ¿Es verdad que no me guardas renco o sólo lo has dicho para no preocupar a mi tía.

-Es mentira, por supuesto. Sólo lo he dicho para tranquilizarla.

-Entonces, ¿estás enfadada?

-¿Contigo? Sí -retrocedió cuando él se acercó más y tuvo que levantar la cabeza para mirarlo de frente.

-Me pregunto si estarás tan enfadada como yo -murmuró mientras le escudriñaba el rostro. Luego sonrió-. Esperemos que así sea, porque el enfado es lo único que nos ayudará a tolerar los próximos días.

Kathy no respondió. Entró en su dormitorio y cerró la puerta. El enfado era sólo una pequeña parte de lo que sentía, lo demás era dolor, ese sentimiento de traición que creyó haber enterrado para siempre, y encerrado bajo llave con el resto de sus recuerdos...

Había pasado los primeros años de su vida vagando por el Caribe. Al principio, hasta los cinco años, viajó con sus padres. Luego, en Santa Lucía, su padre le dijo que su madre había muerto. Durante los cinco años siguientes su padre y ella viajaron solos, de isla en isla, a donde less fuera fácil vivir.

En Martinica, cuando Kathy tenía diez años, conocieron a Paulette, una mujer que tenía el cabello y los ojos oscuros; siempre reía y era muy diferente de la madre de Kathy. Vivieron como una familia y los tres siguieron viajando.

El padre de Kathy murió en Antigua cuando ella tenía quince años y Paulette y ella acordaron seguir juntas. Las dos siguieron viajando, hasta que Kathy iba a cumplir dieciocho años. Estaban en una de las islas de las Antillas, cuando Paulette conoció a un hombre, dueño de una posada vieja, pero encantadora. Casarse con Thom Vernick'mejoró la vida de Paulette, porque él le ofreció seguridad, más de lo que había logrado sola y con el padre de Kathy.

Thom aceptó que Kathy viviera con ellos y, aunque ella se adaptó con facilidad a la nueva forma de vida, pronto se sintió incómoda. La posada era pequeña y Kathy se daba cuenta de que su presencia

inhibía un poco a Paulette y a Thom. Nunca dijeron nada, pero a la chica le resultaba evidente.

El día que Kathy cumplió dieciocho años, apareció Reid MacAllister. Navegaba solo, y poco antes del mediodía se registró en la posada y ocupó la última habitación disponible.

Kathy le sirvió el almuerzo y quedó encantada con su personalidad. No se parecía en nada a los turistas comunes que llegaban y se iban en el pequeño avión que daba servicio dos veces por semana. Él era, a los ojos de Kathy, un aventurero, un hombre que navegaba solo, adonde lo llevara el viento y las corrientes. Desde luego, muchos hombres navegaban por el Caribe, pero pocos se detenían en esa isla alejada. Kathy no conocía a nadie como él. El día que lo conoció se sintió, por primera vez en su vida, como una mujer.

Kathy no le había dirigido más de tres palabras cuando le sirvió el almuerzo y quizás ahí habría terminado el asunto, pero Reid estuvo presente en la pequeña celebración de cumpleaños. Paulette y Thom habían planeado festejarla a media tarde, hora en que los huéspedes por lo general nadaban o descansaban en la pequeña playa que tenía forma de luna creciente. Paulette había hecho un pastel y los tres estaban solos en la terraza. Todos rieron cuando ella trató de apagar las dieciocho velas.

-La última es para el año que viene -explicó Paulette-. Tienes que pedir un deseo antes de apagarlas.

Kathy deseó marcharse de allí, y justo en ese momento apareció Reid en la terraza. Sonrió al observar a Kathy y Paulette, siempre sociable, lo invitó a que compartiera el pastel con ellos.

-¿Está segura? -preguntó Reid-. Pero no he traído un regalo.

-Usted no me conoce y no sabía que es mi cumpleaños -indicó Kathy con las mejillas levemente teñidas-. ¿Por qué habría de darme un regalo?

-Porque el decimoctavo cumpleaños es especial -respondió con una sonrisa cautivadora-. Ya eres mayor de edad...

Reid se comió su pastel mientras hablaba con Thom y Paulette; se quedó hasta que Kathy abrió sus dos regalos: el de Thom era una pluma y el de Paulette una mantilla con diseño exótico.

-Verde y dorado... te sienta bien -comentó Reid cuando Kathy se envolvió con la seda verde esmeralda de fleco dorado. La juventud -agregó, antes de alejarse porque algunos huéspedes regresaban de la playa.

Kathy le sirvió la cena; él estaba solo en un rincón sombreado de la terraza.

-¿Vas a ir a celebrar tu cumpleaños a alguna sala de fiestas cuando

termines de trabajar? -preguntó cuando ella le llevó la bebida que había pedido.

-En esta isla no hay salas de fiesta --contestó Kathy con timidez y se preguntó si él la invitaría a salir si hubiera algún lugar-. La gente que quiere celebrar algo viene aquí.

-Y no es divertido dar una fiesta en el sitio donde trabajas -comentó y le ofreció otra de sus sonrisas encantadoras-. No es justo.

-No me molesta -aseguró y tuvo que irse porque la llamó otro turista.

Para cuando Kathy terminó de atenderlo, Reid MacAllister se había ido. Su mesa estaba vacía y parecía que algo de la magia de esa noche había desaparecido. Después, Kathy se sintió muy inquieta en su habitación cuando se disponía a acostarse. Pronto sería medianoche y su cumpleaños habría pasado... ¿Así terminaría ese día, sola en su habitación, luchando contra la llamada de las olas que rompían en la playa en forma de luna creciente?

Cogió la mantilla verde esmeralda de la caja y se cubrió los hombros. ¡Magia! Pensó al salir de su dormitorio para caminar descalza y bajar en silencio hacia la noche. El aire era fresco. Sin embargo, en la playa desierta, la arena fina todavía guardaba un poco del calor del sol. Se mantuvo quieta y la brisa jugueteó con su cabello.

-¿Sigues celebrando tu cumpleaños? -preguntó divertido Reid MacAllister a su espalda.

-Yo, sí... -se volvió hacia él y los dedos de sus pies se enterraron en la arena cálida al ver la altura de su cuerpo, su pantalón claro y la camisa blanca; vio que el cabello le caía sobre la frente y también vio las facciones definidas de su rostro-. Mientras pueda.

-Y mientras yo pueda... -se acercó más y algo que tenía entre los dedos brilló en la oscuridad-. Esto es para ti. Feliz cumpleaños.

-Gracias -extendió la mano sin timidez ni temor porque eso también era parte de la magia. Sintió el metal fresco en su palma. Lo miró y vio los eslabones de la cadena de oro y los dijes: una concha, una moneda, unaa gaviota, una estrella y un caballito de mar-. Es un collar muy bonito -murmuró-. ¿Lo ha comprado para mí?

-Sí, en una de las tiendas del pueblo.

-Pero no me conoce -recalcó y él sonrió.

-¿Importa? El decimoctavo cumpleaños de una joven debe ser especial.

-El mío lo es porque usted está aquí -confesó con ingenuidad, luego se mordió el labio y se volvió hacia el mar, arrepentida de su sinceridad. Un hombre como Reid MacAllister debía conocer a muchas chicas, más bien mujeres, se corrigió. No había nada juvenil en él, era

un hombre maduro. Seguro que no se fijaba en las jovencitas, y mucho menos en ella. Cerró la mano y uno de los dijes se incrustó en su pluma.

-¿No te vas a ponértelo? -preguntó desde atrás.

Ella asintió con la cabeza; su timidez no le permitió hablar ni mirarlo. Necesitó las dos manos para deslizar la cadena por su cabeza y al intentarlo, el viento amenazó con arrebatarle la mantilla.

-Permite que te ayude -dijo frente a ella y le quitó la cadena-. ¿Puedo?

-Por favor.

El levantó la cadena y la deslizó por su cabeza. Nunca había estado tan cerca de él, ni de otro hombre. Sólo los separaban unos centímetros; él estaba tan cerca que ella percibió el leve aroma de su colonia.

-Ya está -comentó él distraído-. Su mano tocó la nuca de ella y Kathy se estremeció-. ¿Tienes frío?

-No -murmuró, y el corazón pareció batir en su pecho.

-De cualquier manera, debemos entrar -decidió él, pero no se movió. En vez de eso inclinó la cabeza y sus labios frescos y dominadores tocaron los de ella un instante-. Feliz cumpleaños -repitió sonriendo antes de enderezarse y alejarse un poco-. Es posible que no te veaa mañana porque saldré muy temprano -declaró.

Kathy se deprimió y su corazón dejó de latir. No quería que él se fuera, quería conocerlo. Si él se quedaba un poco más, ella tendría esa oportunidad.

-¿Puedo irme.e con usted? -preguntó de prisa-. Trabajaré para ganar lo del pasaje y no necesito ir lejos. Sólo a una isla más grande; cualquiera estaría bien. Quizá Curazao o Trinidad. No sé hacia dónde va, pero no importa.

-¿De veras? -preguntó con el ceño fruncido-. ¿Qué pensarán tus padres si huyes de tu casa?

-No es mi casa y Paulette y Thom no son mis padres, así que no les importaría -le aseguró y al verlo incrédulo hizo un gesto-. Por favor -rogó-. ¡Es la solución perfecta! Ellos se sentirán aliviados si me voy y nadie sabe cuándo tendré otra oportunidad. Estamos tan lejos de todo, que son pocos los barcos que llegan a estaa isla y no quieren llevar a una extraña. Desde luego, no me iría con cualquiera... pero sé que puedo confiar en usted -expresó.

-¿Eso crees? -preguntó con una expresión rara, casi indulgente-. No estoy seguro de que esté bien.

-Yo sí -declaró de manera contundente-. Y soy buena para juzgar a la gente. Nunca me he equivocado.

-Siempre hay una primera vez -le recordó.

-¡No con usted!

-¿Qué me dices de tu padre? ¿Vendrá él también?

-Él murió hace tres años -explicó con voz serena porque no quería revelar ninguna emoción-. Desde entonces he estado con Paulette, pero ya es hora de que siga mi camino.

-Pero lo que quieres hacer es muy arriesgado.

-Ya le he dicho que no me iría con cualquiera. Confío en usted -insistió con tanta fuerza que él tuvo que reír.

-Me siento halagado -comentó a secas-. Pero me gustaría saber por qué quieres irte. Después de todo, esta pequeña isla es agradable... tienes un sitio aquí y es evidente que la gente con quien vives te tiene cariño.

-Pero la isla es muy pequeña -casi gimió-. Y no hay oportunidades. No puedo progresar y no lograré nada si me quedo. Además, no tengo casa. Ocupo una de las habitaciones para huéspedes y si yo me voy él podrá alquilarla. No tengo ningún parentesco con él ni con Paulette... ¡Pobre Paulette, cuando me aceptó en su casa no pensó que sería para toda la vida! ¿Comprende?

-Temo que no -confesó sonriendo-. Pero quizá comprendería si me lo cuentas.

Kathy lo hizo, sin emoción y en pocas palabras; enumeró los nombres que recordaba de las islas en donde había vivido y le contó, a grandes rasgos, cómo había transcurrido su existencia hasta entonces.

-Como ve, no es justo que yo me quede aquí más tiempo. Paulette ha encontrado la felicidad junto a Thom. ¡Si sigo aquí, acabaré convirtiéndome en una carga para ellos!

-Supongo que sí -aceptó a regañadientes-. Pero, ¿por qué me eliges a mí? Sería más sensato y mucho más seguro si te fueras de la isla en avión.

-Para eso se necesita dinero y no lo tengo -explicó-. ¡No quiero pedirle dinero a Thom!

-¿Ni siquiera en calidad de préstamo? -agregó Reid.

-¡No! En este momento, no le sobra. Gasta más viviendo con Paulette y por causa mía no puede alquilar una habitación... por favor, yo trabajaré tanto como usted quiera. Podría servir de tripulante.

-No necesito ningún tripulante.

-¡Entonces cocinaré! Soy muy buena cocinera. También podría hacer la limpieza... ¿por favor? -rogó-. Para mí es muy importante y para usted es poca cosa.

-No estoy muy seguro de eso -comentó a secas.

-Pero...

-Lo pensaré. Eres muy persuasiva, pero podría haber… -calló para elegir bien las siguientes palabras- dificultades que no imaginas. Habla conmigo mañana, me despertaré a las cinco.

Por la mañana, Reid aceptó llevarla, pero ella, mucho tiempo después, se daría cuenta de que fue un gran error.

Fue el peor error de su vida y estaba segura de que Reid pensaba lo mismo.

Reid tuvo razón al decir que podrían presentarse dificultades. ¿Podría catalogarse como dificultad el dolor que causaba una traición?, se preguntó enfadada, oculta en la oscuridad de su habitación.

¡Tener que volver a ver a Reid después de lo que él le había hecho!

Capítulo 3

KATHY se despertó muy cansada después de una noche plagada de pesadillas. Se puso un pantalón vaquero y una blusa y se ató el pelo con un pañuelo rojo.

Entró deprisa en la cocina, pero se detuvo al ver que Reid estaba allí.

-Te has levantado muy temprano -comentó indiferente-. Pensé que estaría solo un rato.

-Y yo pensé que Emma estaría aquí.

-Entonces los dos nos hemos equivocado -le dio la espalda para abrir el refrigerador de donde sacó un recipiente con huevos y una rebanada gruesa de tocino-. ¿Quieres desayunar?

-No, gracias.

-Es verdad -recordó y sonrió burlón-, pero sírvete café.

Kathy cogió una taza.

-Preferiría que no mencionaras el pasado.

-¿De veras? -cortó el tocino con un movimiento brusco-. ¿Por qué? ¿Prefieres fingir que nunca ocurrió?

-Por supuesto, pero es difícil. No creo que la gente de aquí deba enterarse de lo que hubo entre nosotros.

-Mi tía lo sabe.

-Sí, pero ella no se lo ha contado a nadie. -Entonces, ¿cómo explicó tu aparición repentina?

-Dijo que soy una amiga que conoce desde hace años.

-¿De modo que nuestro pasado oculto sigue siendo un secreto bien guardado?

-Sí --contestó Kathy e inclinó la cabeza para tomar un sorbo de café-. Estaré en la biblioteca -anunció en tono severo.

-¿Huyes tan pronto, Kathy? -se burló, pero ella ya se había alejado y no respondió.

Al llegar a la biblioteca, un verdadero santuario, tranquila, llena de libros, se relajó un poco. La tía Margaret le había dicho que en esa habitación encontraría libros de historia del pueblo que incluirían algunos datos de la iglesia, quizá hasta fotografías o dibujos. Se mantendría ocupada, alejada de Reid durante horas hasta que él terminara de desayunar, de reunirse con el jefe de bomberos y de realizar la inspección de la iglesia. Cogió un libro y se sumergió en la lectura.

-¿Vienes? -preguntó Reid desde la puerta.

-¿Ahora? -Kathy levantó los ojos de una historia de East Hawley-. Esperaré hasta que hayas hablado con el jefe de bomberos. No tiene

objeto que vaya ahora.

-Lo tiene si sabes algo de la manera en que construían este tipo de iglesias. Yo no sé cómo lo hacían y necesito tu consejo.

Eso era una novedad para Kathy, así que cerró el libro y se puso de pie. ¿Cuándo había necesitado Reid su consejo?

-Está bien -aceptó-. ¡Haré todo lo que pueda!

-¿Estás segura de lo que haces?

-Por supuesto. Es mi especialidad.

-Eso dices tú.

La casa de la tía Margaret estaba frente a la iglesia. El día anterior, cuando Kathy realizó su primera inspección, no se había fijado en lo que rodeaba a la casa. Sin embargo, en ese momento, con los rayos perpendiculares del sol naciente, tuvo que detenerse en el escalón de granito para observar el panorama que tenía al frente.

Era una preciosa mañana de invierno y el ambiente era perfecto; el sol brillaba, el cielo estaba muy azul, y el aire era bastante fresco y limpio. Más lejos, sobre el verdor de la hierba, los arces dominaban la vista y creaban un marcado contraste con la nieve y el blanco más tenue de las viejas casas que rodeaban el jardín. Había armonía, el paisaje era simétrico, lo único que contrastaba era la iglesia quemada.

-¿Vienes? -exigió impaciente-. ¿Qué te pasa?

-Nada -respondió sin poder reprimir una sonrisa-. ¿Siempre eres tan desagradable?

-Se debe a la compañía -replicó él-. Me agradaría terminar con esto lo antes posible.

-El sentimiento es mutuo -pero él no la oyó.

Kathy se encogió de hombros. No permitiría que Reid le amargara el día. No volvería a permitir que le hiciera daño.

Kathy caminó con lentitud, la iglesia era una presencia lóbrega en ese mundo luminoso. Una de las puertas del frente se había desprendido; cerca del extremo izquierdo de la construcción, el fuego había traspasado el techo, se veían los ángulos que formaban las vigas rotas y quemadas. La torre parecía libre de daños y seguía apuntando hacia el cielo, aunque su reloj se había detenido a las nueve treinta y seis.

Cuando Kathy terminó su inspección casi había alcanzado a Reid. Él hablaba con el jefe de bomberos, de modo que Kathy esperó a que terminara para acercarse.

-... sobre todo en el rincón noroeste, donde estaba el órgano -oyó que decía el jefe de bomberos-. Creemos que ahí se inició el fuego, vea que es la parte más dañada. Tome lo necesitará -le dio una linterna a Reid, antes de hacerse a un lado para que pudieran entrar.

Dentro, adonde no llegaba el sol, se vieron rodeados de un frío húmedo y del olor acre de la madera quemada. Era evidente que el fuego no había llegado a ese punto; el atrio no estaba dañado, pero las paredes y el techo estaban llenos de hollín y había charcos de agua sucia en el suelo.

-Siniestro --comentó Reid y la palabra hizo eco en la oscuridad. Él se adelantó para abrir la puerta doble, al final de la nave central, y Kathy lo siguió-. Aquí está peor. ¿Crees que merece la pena reconstruirla?

-Sí -respondió con seguridad.

En ese espacio había más luz, porque la luz del sol se filtraba por entre las maderas. Gran parte del techo se había derrumbado, y el espectáculo era deprimente. Una enorme viga había caído sobre el púlpito, que estaba completamente destruido.

-Si yo fuera el padre Gardiner no me atrevería a dar aquí otro sermón -comentó Reid con sarcasmo.

-Sin embargo, los bautizos serán muy seguros -advirtió Kathy, con su propio sentido del humor, mientras señalaba la pila ilesa entre los escombros.

-No, aún no -dijo Reid cuando Kathy quiso seguir por la nave central y le cogió la mano para detenerla-. Para seguir adelante tenemos que revisar lo que hay arriba.

Ella trató de soltarse y él la detuvo con más fuerza.

-No sabemos cómo está la torre...

-El fuego no llegó hasta allí.

-¿Estás segura? Yo lo dudo -recalcó de manera muy profesional-. Es posible que quieras arriesgarte, pero yo prefiero no hacerlo.

-Está bien -esperó a que le soltara la mano. ¿Por qué no la soltaba? Finalmente agregó-: Lo lamento.

-No entiendo por qué me preocupa lo que pueda pasarte -se permitió sonreír, con sinceridad, aunque luego se puso serio y la soltó-. ¿Cómo podemos llegar hasta la torre? -preguntó tranquilo.

-Aquí debe de haber una escalera -respondió ella mientras se frotaba la mano y trataba de borrar la sensación de los dedos masculinos; se alegró de encontrar una excusa para alejarse de él y comenzó a examinar las paredes-. Creo que es por aquí -anunció cuando encontró el picaporte oculto por la capa gruesa de hollín. Tiró para abrir la puerta y esperó hasta que Reid dirigió la linterna hacia la oscuridad-. Sí -confirmó al ver la escalera circular-. Es la original.

-¿Cómo puedes saberlo?

-Porque los escalones son bastante altos y la barandilla es muy sencilla... -se encogió de hombros-. Es como hacer una tarta -trató de

explicar-. La receta nunca dice cuándo estará lista la masa, uno tiene que saberlo.

-Por favor -murmuró él impaciente-. ¿Siempre son tan vagas tus conclusiones?

-No -repuso a la defensiva-. Soy muy precisa, pero el trabajo de restauración no es como la ingeniería. Uno tiene que adivinar mucho y juzgar de acuerdo a la experiencia.

-Y, desde luego, tú has tenido mucha experiencia -se burló.

-¡En algunas cosas, bastante!

-Y las iglesias viejas son tu especialidad -continuó en tono áspero-. Fue una oportunidad caída da del cielo para acercarte a mi tía.

-¡No necesitaba ninguna oportunidad! -advirtió Kathy-. ¡Nos llevamos bien desde hace mucho!

-Me es difícil creerlo, ya que nunca habla de ti...

-¡Yo le pedí que no lo hiciera!

-¿Por qué? ¿No querías que yo me enterara de tu juego?

-No quería que supieras nada de mí y no quería tener noticias tuyas -replicó con firmeza-. La tía Margaret lo comprendió... ¡Y nunca hubo ningún juego!

-¿No? Ella no tiene tanto dinero como piensas.

-¿Por qué habría yo...? -Kathy calló y respiró profundamente-. No es posible que pienses que busco su dinero.

-Siempre te agradaron las comodidades.

-¡Eso es mentira y lo sabes!

-¿Te atreves a mentir en una iglesia, Kathy? -movió la cabeza, decidido a burlarse de ella-. ¿Qué pensaría la gente decente de East Hawley si lo supiera?

-¡Me importa un comino lo que ellos o tú piensen y si me has traído aquí sólo para insultarme... no lo permitiré! -lo dejó atrás para dirigirse a la escalera.

-Yo tengo la linterna -le recordó él-. Será mejor que vaya delante.

Molesta, lo siguió en silencio y casi chocó con Reid cuando él se detuvo sin avisar en el último escalón de arriba.

-Es como un balcón...

-Una galería -lo corrigió Kathy-. Originalmente debió haber una galería a cada lado y otra en el centro. Las galerías laterales solían usarse como bodegas o aulas, y la tercera era donde se ponía el coro.

-¡Vaya, parece que sí eres experta en esto!

-Trato de serlo -respondió y dirigió la vista hacia la galería-. ¿Quieres moverte?

-Muy bien -dio el último paso e iluminó el espacio con la linterna-. Aquí no hay señales del fuego -se hizo a u lado para que ella se

reuniera con él-. ¿Hay alguna manera de llegar a la torre?

-En la pared exterior debe haber una escalera y una puerta de ventilación. Si piensas subir lo harás solo. No me agradan las escaleras exteriores ni las alturas.

-¡No me digas! ¿Estás dispuesta a aceptar que algo te asusta?

-Sólo me siento incómoda -lo corrigió-. Nada me asusta.

Reid comenzó a subir y desapareció en la penumbra. Kathy pensó que lo que acababa de decirle era mentira. Después de lo que Reid le había hecho, después de lo que ella había sufrido, no podía decir que no le temía a nada.

Reid era un hombre muy contradictorio. Seguía siendo muy apuesto, no podía negarlo, aunque parecía más maduro. Ocho años lo habían cambiado. Ella no podía comprender el rechazo que le demostraba. Ella se había marchado discretamente, sin crearle molestias. No había pedido nada, no había exigido nada... se alejó tranquilamente de su vida. Ella fue la víctima y él no tenía motivos para estar enfadado.

¡Eso debía ser!, se dijo Kathy con indignación creciente, debía sentirse culpable y sólo podía tolerar la situación mostrándose agresivo...

-Aquí no hay señales de fuego.

Al oír su voz, Kathy tuvo que controlar un leve nerviosismo.

-Entonces, ¿no hay peligro de que quedemos aplastados?

-Eso diría yo, pero también debemos examinar esas dos... ¿Cómo las has llamado? ¿Galerías? No creo que hayan sufrido daños -se alejó y usó la luz de la lámpara para encontrar la puerta-. ¡Vaya, aquí hay muchas cosas!

-¿De veras? -Kathy se emocionó-. ¡Déjame ver!

Reid dirigió el haz de luz a ese punto y encontró un cúmulo de objetos que no reconocieron de momento.

-Hay mucho polvo -comentó, mientras Kathy pasaba frente a él para inspeccionar.

-Bancas -murmuró al deslizar las manos sobre una superficie y luego sobre otra-. ¡Mira! Dirige la luz hacia acá... ¿Lo ves? -con su manga frotó un objeto ovalado-. ¡Sí! Es la número...

-Treinta y dos -Reid descifró el número para ella-. ¿Es eso importante?

-Es importante porque deben ser las bancas originales; entones las numeraban, la gente tenía que pagar por su lugar, la iglesia era propiedad privada. ¡Esto es fantástico! Y... ¡Reid, mira esto, es una ventana Palladian, debía estar sobre el altar, donde ahora está el vitral.

-Lo que queda de él -la corrigió Reid-. No es mucho.

-¡Por fortuna! Los vitrales no van bien con este tipo de iglesias -explicó al ver la curiosidad reflejada en el rostro de Reid-. Cuando restauremos la iglesia, pondremos otra vez la ventana Palladian.

-Sólo si deciden restaurarla -le advirtió Reid-. Algunas personas quieren demolerla para construir desde los cimientos.

-Sí, pero tengo la esperanza de poder convencerlos de lo contrario -confesó-. Sería una pena perder esta iglesia, a menos que la comunidad sólo tenga los recursos para demolerla y construir una muy barata. En ese caso, no sería justo que les pidiera que no destruyan ésta.

-¿Justo? -preguntó Reid en tono burlón-. ¡No me digas que ahora tienes algunos principios!

-¿Ahora? -repitió. Se alejó de la luz de la linterna y respiró profundamente-. Si me conocieras tan bien como crees, sabrías que siempre he tenido principios.

-¡Claro! -aceptó, pero Kathy sabía que él no estaba convencido.

Siguieron inspeccionando sin hablar más de lo necesario. Cuando Reid abrió la puerta de una de las galerías, la luz del-sol los iluminó. Los dos se detuvieron un momento, luego entraron.

-No ha quedado mucho -comentó él.

-Pero mira lo que ha quedado -insistió Kathy mientras examinaba la parte más dañada de la construcción. Las dos paredes exteriores casi habían desaparecido, igual que el techo. Lo que quedaba era una porción irregular del suelo, un poste en un rincón y algunas vigas del soporte.

-Aquí no hay nada que salvar -decidió Reid con un gesto negativo.

-Pero podemos ver cómo construyeron el techo. Mira esas vigas -comentó maravillada mientras, con cautela, daba unos pasos-. ¡Es extraño que el fuego no las haya derribado! -exclamó-. Tienen algo que las hace diferentes -murmuró y dio unos pasos más con el cuello extendido-. ¡Tienen alquitrán! Están...

Kathy oyó un ruido, como si algo se rompiera.

-¡Kathy, no, por Dios! -ella se dio la vuelta para ver qué sucedía y de pronto, sintió un dolor agudo porque Reid tiró de su brazo con mucha fuerza-. ¡Por Dios! -repitió Reid justo cuando ella tropezó y quedó sin aire. Él balbuceó y Kathy perdió el equilibrio-. ¡Tonta! ¿Es que no piensas?

-Pensar... -repitió tratando de respirar-. ¿Qué?

-Has estado a punto de caer por un agujero -explicó él casi sin aliento-. De no haberte agarrado del brazo...

Sus vagas impresiones comenzaron a tener sentido, aunque Kathy

no comprendía por qué él seguía tocándola ni por qué ella se lo permitía. ¿Por qué tenía ella todavía la mano sobre el pecho de él y sentía las palpitaciones de su corazón?

-Reid -murmuró mirándolo con los ojos bien abiertos por el susto-. Nosotros...

-Calla -pidió con voz más grave que de costumbre-. No lo digas.

-¿Qué es lo que no debo decir? -preguntó, pero le fue difícil concentrarse en algo que no fueran los latidos del corazón de Reid y en el hecho de que estaban cerca-. Reid -repitió-. No deberíamos...

-Lo sé -aceptó, pero no la soltó y Kathy supo que estaba perdida.

Supo que los dos estaban perdidos porque él deslizó las manos por su espalda para acercarla más a su cuerpo. Reid inclinó la cabeza y la besó.

-Sí -murmuró al levantar los brazos para rodearle el cuello, pero tuvo que contener el aliento porque sintió un agudo dolor.

-¿Tu brazo? -preguntó Reid, dueño de sí mismo otra vez, igual que ella-. ¿Te duele?

-Un poco -Kathy dio un paso atrás cuando él la soltó.

-Lo siento mucho -murmuró Reid y esbozó una sonrisa.

-No te preocupes -agregó Kathy con serenidad-. Me ha dolido en el momento oportuno.

-No podemos negar que hay algo que no ha cambiado entre nosotros -pareció hacerle una advertencia.

Momentos después, de pie y sola, bajo el sol mientras Reid hablaba con el jefe de bomberos, Kathy se dijo que algunas cosas no habían cambiado. La atracción que sentían el uno por el otro seguía estando presente.

-¿Vienes? -preguntó él y, sin esperar contestación, se dirigió a la casa de la tía Margaret.

Kathy supuso que él no estaba más contento que ella por lo ocurrido y no hizo ningún esfuerzo por alcanzarlo. Caminó despacio, Reid la esperaba en el otro extremo.

-¿Por qué me estás esperando? -le dijo cuando por fin lo alcanzó.

-Quiero estar seguro de que recordaras que debes controlar tus sentimientos personales -la miró.

-¿Mis sentimientos personales? -repitió indignada y él la observó con severidad.

-Está bien, mantendremos controlados nuestros sentimientos personales. ¿Te parece mejor así?

-Al menos es más exacto -comentó a secas y vio que él apretaba los labios-. Los dos estaremos mejor si controlamos nuestros sentimientos personales.

-Por el momento, sólo pienso en mi tía -anunció enfadado-. Se disgustaría mucho si supiera cómo están las cosas entre nosotros.

Emma los recibió en la puerta. No había señales de la tía Margaret.

-Está en la iglesia --contestó Emma a la pregunta de Reid-. Los metodistas nos dejan utilizar su iglesia.

-No lo sabía... -Kathy se mordió el labio-. Debería haber ido con ella...

-No veo por qué -objetó Emma-. Su alma no corre peligro hoy. Por cierto, ha habido una llamada para usted... Creo que ha dicho que se llamaba Luce.

-¿Luce? -repitió Reid mirando a Kathy con curiosidad-. ¿Un admirador?

-Una jovencita -corrigió Emma-. Tiene un acento extraño.

-Es tejana -explicó Kathy, mientras buscaba el teléfono.

-Está en el vestíbulo -le indicó Emma y Kathy tuvo una excusa para alejarse de Reid. Poco después pudo comunicarse..

-Te llamó Malcolm -indicó Luce al escuchar la voz de Kathy-. Anoche, poco antes de las diez; eso demuestra lo que él piensa de tu vida social... Le dije que no sabía dónde estabas.

-¿Por qué hiciste eso? -preguntó Kathy.

-Para ponerlo en su lugar -explicó Luce-. Ya es hora de que se dé cuenta de que tienes una vida privada, además de se su empleada.

-En realidad, no tengo mucha vida social -confesó Kathy con franqueza. Por primera vez en años la idea la perturbó-. ¿Qué quería?

-A ti, como es lógico -respondió Luce con sarcasmo-. Deseaba que verificaras algunas cosas para él; le dije que yo creía que no podrías hacerlo, pero que te daría el mensaje si me llamabas por teléfono.

-¿Dejó su número? -preguntó Kathy. Él se lo había dado antes de irse, pero ella lo dejó entre un montón de papeles sobre su escritorio.

-Sí, pero no tienes que llamarlo...

-Lo haré -casi gritó, enfadada consigo misma y no con Luce. No era propio de ella olvidar a Malcolm.

Capítulo 4

MIENTRAS marcaba el número de Malcolm, Kathy se dijo que Reid tenía la culpa. Su jefe era muy diferente a Reid; Malcolm era estable, pausado; reía poco, pero para equilibrar esa falta nunca se enfadaba mucho. Kathy sabía que, desde luego, había momentos en que él no podía reprimir la irritación... y tan pronto escuchó su voz supo que ése era uno de esos momentos.

-Malcolm, lo siento mucho -dijo Kathy-. Luce debió...

-¿Dónde estás?

-En Vermont. East Hawley. Es un pueblecito... Verás, lo que pasa es que la iglesia se ha incendiado. Seguro que habrás leído la noticia en los periódicos -sin darse cuenta repitió algunos de los comentarios de la tía Margaret-. Lo publicaron en la primera plana...

-¿En en el New York times? -la interrumpió Malcolm-. Lo dudo.

-Supongo que en eso tienes razón -aceptó-. Pero se publicó en Providence...

-¿Contrataron a nuestra empresa? -preguntó Malcolm-. Quieren que hagamos una evaluación de los daños?

-No exactamente -aceptó Kathy, incómoda-. El asunto todavía es informal. Verás, uno de los miembros de la iglesia es una antigua amistad mía...

-¿Amistad, Kathy? ¿Cuántas veces te he dicho que las amistades no se mezclan con los negocios? Me temo que tendremos que rechazar el trabajo -declaró Malcolm.

-De eso se trata, Malcolm -titubeó e intentó aclarar sus pensamientos-. Es posible que la iglesia resulte ser significativa.

-Kathy, no importa lo que pienses -la interrumpió-. Y no importa cuán significativa resulte ser la iglesia. En nuestra empresa no se mezclan los negocios con la amistad. No aceptaremos el trabajo.

-Espera, no es un negocio y la empresa no se encargará de esto, lo haré yo.

-Es lo mismo.

-En este caso no, Malcolm -insistió. -¿Qué quieres decir con eso?

-He inspeccionado la iglesia, he visto lo que queda y he llegado a algunas conclusiones. Esta noche...

-Kathy -volvió a interrumpirla con impaciencia-. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte ahí?

-Sólo unos días -aseguró-. Es posible que me vaya mañana...

-Eso es un alivio. Espero que vuelvas cuanto antes, pues aquí eres indispensable; no podría seguir adelante sin ti, querida.

La declaración dejó muda a Kathy. Por más que Malcolm

dependiera de ella pocas veces se lo decía, y con menos frecuencia la llamaba «querida». Malcolm no usaba esa palabra con ligereza y nunca antes la había dicho por teléfono.

-Gracias, Malcolm -logró decir-. Eres un encanto.

-Sólo he dicho la verdad, y tú lo sabes.

-Bueno, sí, supongo... pero...

-No aceptes ese trabajo. Si no regresas mañana, comenzaré a estar celoso.

-¿Qué? ¡Malcolm! -Kathy ahogó una risita porque Malcolm volvía a ser el de siempre, cortés y bromista. A los dos les agradaba ese juego-. No tienes motivos para preocuparte -prometió riendo-. ¡Mi amistad es una anciana!

-Muy bien, me alegro de saberlo. Ahora... yo me quedaré aquí al menos dos semanas más, en un proyecto mucho más complicado de lo que imaginamos, pero es posible que vaya el martes o miércoles a Providence... sólo para asegurarme de que cumplirás tu promesa.

-Lo haré -intercaló-. No te preocupes.

-De todos modos, me apetece pasar unas horas contigo en la oficina; podemos cenar. ¿Qué dices?

-Me parece muy bien y estaré esperando el momento.

-¿Para la cena o para verme?

-Para verte, por supuesto -respondió.

-Perfecto, hasta entonces. Hasta el martes o el miércoles, querida.

Había dicho «querida» dos veces en la misma conversación y eso dejó pasmada a Kathy. Era mucho más de lo que ella tenía derecho a esperar, a menos...

-Hasta entonces, Malcolm -respondió sonriendo-. Y gracias.

-No tienes por qué darlas, querida -respondió amable y cortó la comunicación.

«Querida», pensó Kathy sin soltar el auricular. Había dicho querida no una vez, ni dos, sino tres veces... ¡Increíble!

-¿Malcolm? -preguntó Reid a espaldas de Kathy en tono divertido.

-¡Has estado escuchando! -lo acusó al volverse y verlo con una taza de café en una mano y apoyado con negligencia en el marco de la puerta-. ¡No tenías derecho!

-No tenía intención de escuchar tu conversación, pero como pasaba por aquí... -sonrió-. Imagino que Malcolm es quien le proporciona emoción a tu vida.

-Es mi jefe -informó Kathy y deseó no haber hablado.

-Comprendo -Reid calló para tomar un sorbo de su café-. ¡Por lo visto nunca te deja terminar una frase!

-Te equivocas -insistió, pero desvió los ojos para no mirar a Reid.

-¿Qué pasa? ¿Se supone que debes interpretar el papel de la mujer sumisa en el juego de la dominación masculina?

-No es así -murmuró Kathy, ya muy molesta-. No lo comprendes.

-Yo diría que Malcolm es quien no lo comprende -comentó Reid con tino, antes de tomar otro sorbo de café mientras la miraba con deteni= miento por encima del borde de la taza-. Sin embargo, creo que te conviene que Malcolm piense que te tiene agarrada de la oreja. Es tu jefe y, por tanto, tu mejor oportunidad. ¿Te imaginas como copropietaria de un negocio de restauración?

-¡No tengo que contestar a eso!

-No necesitas hacerlo porque la respuesta es evidente -indicó furioso y en tono helado-. ¡Eres sorprendente, Kathy! ¿No tienes algún cargo de conciencia, aunque sea pequeño?

-No necesito tenerlo -respondió calmada, mirándolo a los ojos-. Nq sé a qué te refieres.

-Me refiero a ese asunto que tenemos pendiente y del que parece que no quieres hablar.

-¡Igual que tú! -replicó encendida-. ¿Qué diferencia hay?

-¿Realmente crees que estás siendo justa con el querido Malcolm?

-¡El que lo sea o no, no es asunto tuyo!

-¿Crees que no? -se alejó del marco de la puerta para acercarse a ella-. Algunas personas no estarían de acuerdo -continuó, demasiado cerca para que ella se sintiera tranquila. Hablaba quedo, pero con palabras amargas-. Algunas personas podrían decir que no es asunto de nadie más que mío... ¿Qué crees que diría Malcolm?

-Yo... -no pudo terminar porque tenía la garganta reseca y tuvo que pasar saliva-. No me importa -logró decir y al instante supo, incluso antes de ver la sonrisa burlona de él y el brillo maligno de sus ojos, que había dicho lo indebido.

-Sé que no te importa, Kathy; nunca te importó, pero quizá a Malcolm sí le importe, ¿no lo crees? ¿Qué pensaría él si supiera lo que ha pasado esta mañana en la iglesia?

-¡No ha pasado nada!

-¿Nada? -preguntó con ironía-. Te menosprecias, Kathy, mi reacción fue mucho más que nada, y la tuya fue igual.

-Pero no significó nada -insistió al mismo tiempo que dominaba el pánico creciente. Reid se acercó demasiado y la acorraló contra el borde de la mesita del teléfono-. Fue... solo química.

-Correcto -aceptó con la cara a pocos centímetros de la de ella-. Es muy fuerte, ¿no? Difícil de controlar...

-Reid, no -protestó, pero era tarde porque los labios de él se habían apoderado ya de los de Kathy-. ¡Maldito! -murmuró, soltándose, se

deslizó hacia un lado y regresó al pie de la escalera para quedar a una distancia segura-. ¡Nunca te perdonaré por esto!

-¿Perdonarme? -preguntó muy seguro y en tono divertido-. ¿0 perdonarte a ti misma? No olvides que se necesitan dos y tú estabas dispuesta, diría que más que dispuesta -sonrió burlón-. Lo que hubo entre nosotros siempre estará presente... siempre Kathy...

Kathy se alejó corriendo... Jamás olvidaría, no podía olvidar.

Kathy se sintió atraída hacia él desde el principio, desde que estuvieron por primera vez solos en el barco. Entonces, la cercanía le pareció algo natural, ya que el barco era muy pequeño. Tenía una cocina diminuta donde sólo cabía una persona y una habitación llena de objetos. El único camarote que había lo ocupó ella, pues Reid usaba la litera que había en la sala. Kathy pensó que ése era el barco más pequeño que había visto y se preguntó cuánto tiempo tardarían en llegar a una isla donde pudiera quedarse. Curazao y Aruba eran las más cercanas.

A Kathy le satisfacía saber que abandonaba la pequeña isla, no pensó en que tendría que lidiar con su recién adquirida independencia, y ganarse la vida.

Antes de embarcar y abandonar la isla, Kathy hizo el equipaje. Pensó que serían pocos días, de modo que decidió que no necesitaba llevarse todas sus pertenencias. Sólo unos pantalones cortos, un par de blusas, sus artículos de aseo y de tocador y su camisón. Durante un momento, Kathy mantuvo quietas las manos, recordando la noche anterior y la manera en que Reid le había puesto el collar. Fue a coger su ropa interior, pero sus manos volvieron a quedar quietas cuando tocó su bikini verde brillante. Lo cogió, pensando que tendría que usarlo pues hacía bastante calor.

Con el bikini puesto, Kathy dejó impresionado a Reid, lo supo en cuanto salió a cubierta. Kathy notó que él la observaba con intensidad, aunque habló con indiferencia.

-Si no piensas cubrirte más, es mejor que te pongas un poco de bronceador.

-No lo necesito. Tengo suerte porque no me quemo -explicó, colocándose al lado de Reid en la parte baja de la popa para observar los instrumentos de navegación-. ¿Quieres café? -le preguntó a Reid.

-¿Por qué no? -Kathy casi no oyó las palabras, pero notó la diversión perezosa en la voz, como si él supiera lo que ella estaba pensando.

Corrió a la cocina y tardó más de lo necesario en preparar dos tazas de café soluble. No debía hacerse ilusiones, pensó. Él sólo era un amigo y, además, era demasiado mayor para ella.

Reid hizo la primera guardia de la noche y la despertó, llamándola, para que lo reemplazara.

-¿Café? -sugirió cuando ella se reunió con él en la oscuridad.

Kathy asintió y contuvo el aliento cuando el cuerpo esbelto y duro de él rozó su piel.

-Toma -Reid estaba de regreso y su sombra se incorporaba a la oscuridad general. Sus dedos tocaron los de ella al entregarle la taza-. Hace una noche muy bonita --comentó y Kathy presintió algo en su tono.

-Sí... maravillosa -murmuró casi sin aliento.

-¿Has dormido bien?

-Sí -mintió y bajó la cabeza para tomar un sorbo de café.

-Pronto amanecerá -comentó él con indiferencia-. Es mi turno de dormir. Tengo un despertador, de modo que no necesitas despertarme.

La falta de sueño de la noche anterior la afectó durante el día. Entre guardia y guardia, Kathy durmió en cubierta, parecía un gato mientras absorbía el sol.

-De pie, perezosa -expresó al despertarla ya entrada la tarde-. De lo contrario, no dormirás esta noche.

-No importa -se dio la vuelta y se movió sin timidez mientras le sonreía complacida porque él no se había puesto las gafas oscuras que no le dejaban ver sus ojos-. Si quieres haré tu guardia de la noche.

-¿Por qué no? -aceptó indiferente, pero su mirada no tenía nada de indiferencia. Los ojos de él se oscurecieron, su mirada fue más intensa-. Me sentaría bien descansar esta noche.

-Estamos de acuerdo -se sentó. Reid estaba más cerca que nunca, sólo poco centímetros los separaban-. Hace más calor, ¿no? -expresó ella al volverse hacia el horizonte vacío-. Demasiado -levantó su cabello, sabía que él observaba sus movimientos. Sonrió para sí al comprender que ejercía cierto poder sobre él-. ¿Podemos nadar, sólo unos minutos?

-Por supuesto -aceptó sin titubear, pero Kathy notó que él la miraba con deseo antes de ponerse las gafas-. Puedes nadar.

-¿No vas a venir conmigo? -le tocó la mano un momento-. Pensé...

-Nunca dejo el barco solo -movió la cabeza.

-Entonces, nunca nadaremos juntos.

-Sobreviviremos -le informó en tono alegre-. Nadaré después de ti.

-Está bien -se deprimió porque no era lo que deseaba.

Dejó de pensar al zambullirse. El agua fría le refrescó el cuerpo caliente, el cambio bastó para que olvidara sus fantasías peligrosas.

Era buena nadadora. Su padre solía decir que ella había aprendido a nadar antes de caminar; exageraba, pero no por mucho.

-Nadas muy bien -la felicitó cuando después de un rato ella se detuvo para recobrar el aliento.

-Soy un pez -gritó y movió la cabeza antes de respirar profundamente y dar un rodeo al barco-. ¡Qué delicia! -murmuró, jadeando, cuando regresó al barco. Había dejado atrás la inquietud de su cuerpo, ya no sentía el extraño descontento. Después de todo, sus sentimientos eran absurdos e infantiles porque Reid era sólo un amigo. Reid ajustó la escalerilla a un lado del barco para que ella subiera-. Gracias -sonrió y aceptó la mano que él le ofrecía para subirla a cubierta; ya arriba, Kathy se tambaleó.

-¿Estás bien?

-Sí, pero creo... -calló y se creó un largo silencio. Reid seguía sosteniéndole los brazos, su calidez tocaba la piel fresca y salada de ella... Ya era tarde, demasiado tarde para dar un paso atrás, demasiado tarde para detener lo que existía entre ellos desde el principio...

-Kathy, no puedo evitar esto -confesó él muy quedo cuando la abrazó con fuerza.

Pensó que debía detenerse o detenerlo a él antes de que llegaran más lejos... pero era difícil... muy difícil. Además, ella sabía que era demasiado tarde, Reid ya era muy importante en su vida... Y eso debía ser amor.

«Y habiendo amor todo es correcto», decidió con firmeza, al tiempo que olvidaba la reserva para perderse en la magia que creaban las manos y los labios masculinos.

Bastante más tarde, Kathy dormía en los brazos de Reid y cuando despertó el cielo estaba teñido de violeta y añil. Lo ocurrido, lo que Reid había compartido con ella, fue inicio de una nueva vida.

-Kathy... Debiste decírmelo.

-¿Decirte qué? -preguntó con pereza.

-Sabes muy bien a qué me refiero -ella sintió que él se movía, de modo que abrió los ojos y vio que estaba inclinado y le escudriñaba el rostro-. Que eras virgen.

-No lo pensé -balbuceó. Se mordió el labio porque pensó que él se lo estaba reprochando-. Lo lamento.

-¿Qué lamentas?

-El que... -él no le facilitaría la explicación así que su felicidad desapareció y se sintió avergonzada-. Que no tengo experiencia -se obligó a decir-. Que no sabía qué hacer.

-Estás muy equivocada -rió y la sorprendió-. Kathy, eres muy natural.

-¿De verdad? -preguntó porque no pudo creerlo-. ¿Lo dices en

serio?

-Sí. Créelo, Kathy, tu naturalidad es innata -repitió-. Eres maravillosa...

-Aprendo rápido porque tengo un maestra experto.

-¿Eso crees? No estoy tan seguro -dijo con expresión velada-. Tienes algo especial, pero...

-Tú sí que eres especial -intercaló de inmediato-. No pienses que lo habría hecho con... con...

-Cualquier hombre -terminó Reid-. No, no con cualquier hombre, pero sigues siendo una novata en este juego, Kathy, de modo que no cometas el error de pensar que soy el único que puede hacer que sientas lo mismo.

-¡Eres el único y se debe a que eres quien eres! -dijo con firmeza. Ella no permitiría que él la convenciera de que su encuentro no era algo especial-. Debes comprender -insistió y se acercó a él-. No podría permitir que nadie más... ¡sólo tú!

-Quizá -aceptó-. Es cierto... -inclinó la cabeza para besar sus labios-. Hay una atracción poderosa entre los dos que es difícil de dominar -le dio un beso interminable-. Siempre existirá -advirtió al abrazarla con más fuerza y acariciarle la piel-. Siempre, Kathy, siempre...

¡Las mismas palabras! Tantos años después él seguía usando las mismas palabras, como si no hubiera olvidado nada de lo ocurrido la primera vez. A regañadientes, Kathy aceptó que ella tampoco lo había olvidado. Se había negado a recordarlo, pero nunca había olvidado totalmente.

Ese día, Kathy deseó realizar algo que la distanciara de Reid. Por lo tanto, regresó a la iglesia.

Capítulo 5

DENTRO de la iglesia, en la bodega fría y húmeda de la galería, Kathy descubrió muchos objetos que Reid y ella habían ignorado; eran un verdadero tesoro.

Kathy esperaba ansiosa la reunión de esa tarde, estaba impaciente por revelar todo lo que había visto: las viejas persianas de madera, un surtido de bisagras de latón, cerraduras y llaves, incluso los restos del viejo púlpito con su escalera, y otros objetos antiguos.

Kathy dijo que era una minwde oro mientras bebía café con la tía Margaret. Afortunadamente, Reid no estaba allí.

-Es por el cambio de horario -le explicó la tía Margaret-. Siempre viene desde muy lejos y el cambio de horario lo agota, tarde o temprano.

Kathy se alegró por la ausencia de Reid, pero su tranquilidad terminó cuando el padre Gardiner anunció el inicio de la reunión.

Kathy supo que él había entrado en la habitación cuando sintió que la observaba. De pronto, oyó la voz del padre Gardiner.

-Quizá Reid y Kathy quieran decirnos lo que averiguaron en su inspección.

-La estructura está en muy buenas condiciones --comenzó Reid, sin darle a Kathy la oportunidad de hablar. Presentó un informe completo de los daños estructurales de la construcción, lo hizo con mucho detalle y de manera muy profesional-. Por favor, comprendan que no pueda evaluar los méritos arquitectónicos de la iglesia -concluyó Reid-. Esa es la especialidad de la señorita Loring... Pero puedo decirles que la iglesia se construyó hace mucho tiempo. Pueden demolerla sin tener en cuenta las objeciones de la señorita Loring, pero creo que sería una lástima, así que sugiero que no la destruyan.

Se escuchó un murmullo de aprobación al que Kathy no se unió. Estaba demasiado enfadada con Reid porque le había robado su turno.

De todos modos, decidió intervenir. Habló del tesoro que había encontrado en la galería convertida en bodega y les explicó la importancia que tenía la construcción. Estaba contándoles una breve historia de la arquitectura eclesiástica cuando Reid la interrumpió.

-¿No crees que aprovecharíamos mejor el tiempo si habláramos de lo que hay que hacer? -habló con amabilidad, pero Kathy notó el acero en sus palabras-. Necesitamos sacar todo de la iglesia y eso significa que se necesitan voluntarios. Necesitaremos que la señorita Loring nos aconseje y que inspeccione cada objeto después de sacarlo del edificio. Ella nos dirá qué debe guardarse y qué no.

-No es necesario que yo haga eso -protestó Kathy. No confiaba en

ninguna idea de Reid y no permitiría que él le dictara lo que debía hacer-. Al principio, deben guardar todo hasta que sepan lo que tienen.

-¿Todo? ¿Incluso los libros de oraciones, los cojines para las rodillas, las hojas sueltas de la semana pasada, todo? -preguntó Reid con lógica enfurecedora-. No es necesario guardarlo todo, pero nosotros tendríamos que hacerlo porque no entendemos... Por eso es necesario que estés tú.

-Tienes razón -comentó el padre Gardiner y el murmullo general de los asistentes lo apoyó-. Ninguno de nosotros tiene tus conocimientos, hija -le dijo a Kathy.

-Bueno... -Kathy sabía que no ganaría esa batalla-. Sí, desde luego -aceptó-. Haré todo lo que pueda, pero sólo puedo quedarme hasta mañana. Después debo regresar a mi trabajo.

-Te estamos muy agradecidos por el tiempo que nos brindas -dijo el padre Gardiner poco después, cuando dio por terminada la reunión.

Reid y Kathy se quedaron solos en la sala, Kathy cerró su libreta y se atrevió a mirarlo.

El ni siquiera la miraba. Tenía la vista fija en la distancia y sus facciones mostraban fatiga.

-Buenas noches -indicó a secas con lo que rompió su voto de silencio.

-¿Te vas tan pronto? -preguntó Reid-. Tenemos que hablar.

-No tengo nada que decirte -y se detuvo al oírlo reír-. ¡Y no tiene gracia!

-Yo creo que sí -se apoyó en el respaldo de la silla con las piernas extendidas. Su postura bloqueó el camino de la joven-. Pobre Kathy, estás enfadada conmigo cuando deberías estar agradecida.

-¿Agradecida? -rió a su vez-. ¿Agradecida, después de lo que me acabas de hacer?

-¿Porque no te he permitido que nos dieras una conferencia sobre los distintos tipos de iglesias? Cariño, si hubiera permitido que hablaras de todo eso habrías perdido la atención del público. Siempre debes empezar con lo que la gente desea y es lo primero que necesitas saber si quieres aprender a manejar a las personas.

-Supongo que es algo que tú sabes hacer muy bien.

-Mejor que tú -aceptó y sonrió-. Eres experta en iglesias, pero no era eso lo que la gente necesitaba esta noche; deseaban saber qué hacer. Tranquila, Kathy -le aconsejó sin dejar de sonreír-. Dales más tiempo y estarán preparados para escuchar lo que tantas ganas tienes de contarles.

-Yo no tengo ganas de contarles nada -le informó y su tono helado

apenas ocultó su enfado.

-¡Qué dignidad tan lastimada...! Me pregunto a qué se debe. ¿Será que no te gusta recibir consejos o sólo te disgustan los míos?

-¡Nada de ti me gusta!

-¿0 querías impresionarme? -continuó sin tener en cuenta el fastidio de ella.

-¡De ninguna manera! ¡Lo que menos me interesa es tratar de impresionarte!

-Por supuesto, debí recordarlo -asintió y su risa desapareció cuando lo dominó un enfado igual al de ella-. Nunca te importó la opinión que yo pudiera tener de ti, excepto al principio.

-¿No puedes dejar al pasado fuera de esto?

-Todo está relacionado -repuso y le escudriñó el rostro con los ojos entrecerrados-. El pasado sigue persiguiéndonos.

-A mí no. Yo dejé todo eso atrás.

-Seguro que sí -advirtió y su mirada fue tal que ella sintió su frialdad en la piel-. De lo contrario, no creo que pudieras vivir con tu conciencia.

¿Y la conciencia de él?, se preguntó Kathy, enmudecida por la injusticia de la acusación. Además, no tenía objeto discutir, él no escucharía... nunca lo había hecho. Herida en su amor propio, huyó a su habitación.

¿Cómo se atrevía a acusarla? Kathy tenía la conciencia limpia y la opinión que él tuviera de ella no le importaba. Afortunadamente, sólo tendría que aguantarlo un día más. Después, se iría a casa y Reid saldría definitivamente de su vida.

El día siguiente transcurrió bastante bien, al menos mientras estuvieron trabajando en la iglesia. Los problemas comenzaron después, cuando el trabajo terminó. Ella se consolaba pensando que dentro de pocas horas estaría camino a Providence. Iba a hacer la maleta, cuando el padre Gardiner la llamó y le explicó que tenía un problema y que necesitaba el consejo de ella y de Reid.

-¿Podríamos hablar unos minutos los tres? -preguntó.

El padre Gardiner era un encanto, ingenuo y muy bondadoso; Kathy no podía negarle ese último favor.

Reid, el cura y ella se acomodaron en la sala de la tía Margaret. Reid ocupó su lugar acostumbrado junto a la chimenea y el padre Gardiner acercó dos sillas, una para Kathy y otra para él.

-¡Os estoy muy agradecido! Habéis sido muy amables con nosotros... por eso -el padre Gardiner calló y movió la cabeza-. ¡Dios, esto me resuelta muy difícil! No sé cómo empezar.

-¿Por qué no hablar con franqueza? -sugirió Reid en tono

afectuoso-. No puede ser tan malo.

En ese momento la tía Margaret entró en la sala y se sentó en el borde de una silla, junto a la puerta.

-Bueno -continuó el padre Gardiner-... El caso es... que nosotros... la comunidad y yo... tenemos un problema muy serio. Durante el fin de semana vosotros nos habéis dicho qué pasos debemos dar para reconstruir la iglesia. Ahora, es evidente que para hacer la reconstrucción tendremos que contratar a expertos.

-¿Cuál es el problema? -intercaló Reid.

-El problema es que no tenemos dinero -anunció de prisa el padre Gardiner-. No tenemos dinero para contratar a un ingeniero ni a un restaurador, no tenemos dinero para la obra... no hay dinero para nada.

-Pero el seguro...

-¡No hay seguro! -confesó el padre Gardiner, francamente angustiado-. Teníamos una póliza, pero dejamos de pagarla. Hace más de diez meses nos quedamos desprotegidos y yo pensé que podríamos terminar el año sin ningún contratiempo... pero, por supuesto, eso fue antes del incendio.

-Por supuesto -repitió Reid-. ¿Por qué dejaron de pagar la póliza?

-Es una larga historia -el padre Gardiner se movió incómodo en su silla-. Teníamos que pagar mucho debido a la antigüedad de la iglesia y a que es de madera. Eso sucedió justo cuando despidieron del trabajo a tres de nuestros feligreses... fue una crueldad, pero al dueño de la fábrica le interesan más las ganancias que el bienestar de sus empleados. El caso es que de pronto me encontré con tres familias con hijos pequeños sin nada para la Navidad. Yo no podía permitir que eso sucediera, ¿verdad?

-Por supuesto que no -declaró Kathy con calidez-. No tenía elección y supongo que les dio el dinero del seguro.

-Gran parte -aceptó el padre Gardiner-. Aunque no pensaba dejar de pagar el seguro. Contaba con las ofrendas de Navidad, pero... -suspiró-, después de Navidad hizo mucho frío y el precio del combustible para la calefacción subió. Mucha gente no tenía dinero para pagar sus cuentas...

-Así que poco a poco acabó gastándoselo todo -terminó Reid por él.

-Sí, pero yo no sabía que había gastado tanto -explicó el padre con tristeza-. Yo estaba preocupado porque teníamos que pagar el seguro y eso significaba que no podría ayudar. La señora Theroux, la tesorera de la iglesia, me dijo que había encontrado un error en sus cuentas y que teníamos bastante más de lo que había pensado, que había suficiente para el seguro y para las cuentas de la calefacción.

-Eso debió parecerle un milagro -comentó Reid con un brillo que indicaba diversión, en la profundidad de sus ojos.

-Así fue -aceptó el padre Gardiner con ingenuidad-. Estaba feliz y gasté todo el dinero sin tener la menor idea de que la pobre señora Theroux había decidido no pagar el seguro este año. Cuando ella se fue de vacaciones descubrí los recibos de la compañía de seguros en su escritorio, pero para entonces ya era tarde. Se había gastado el dinero y no había manera de reunir la cantidad necesaria. Por eso me encuentro en esta situación -declaró-. Tenemos el dinero para el material y entre nuestros feligreses hay buenos carpinteros, electricistas, mano de obra fuerte y dispuesta. Podemos reconstruir nuestra iglesia... -aseguró con énfasis-. Si vosotros nos dedicáis unos días más.

Después de la conversación con el padre, Kathy esperó a que se fuera Emma y la tía Margaret se acostara, para tener la oportunidad de quedarse sola con Reid y poder hablar. Tuvo bastante tiempo para pensar en un argumento sencillo y razonable; de hecho, hasta tenía preparado un discurso, pero cuando al fin se encontró a solas con Reid estaba demasiado furiosa como para recordar lo que había planeado decir.

-No será necesario que trabajemos juntos, ni lo pienses -advirtió Kathy-. No trabajaré contigo.

-¿No? -preguntó Reid sin dejar de hacer lo que hacía: le echó agua a la tetera y encendió el fuego-. Le dijiste al padre que lo harías, le prometiste a mi tía... ¿Vas a defraudarlos?

-Trabajaré -masculló Kathy-. Pero no contigo.

-¿Sí? -sonrió él antes de volverse para buscar el frasco de café soluble, dos tazas y dos cucharitas. Midió el café para las dos tazas-. ¿Y cómo piensas evitarme?

-Bueno... Tú debes de tener cientos de ingenieros a tu disposición y debe haber alguno que puedas enviar para que haga el trabajo. ¡No necesitas quedarte!

-He prometido hacerlo.

-¡Eso es ridículo! No puedes... quedarte. Eres muy importante para permanecer aquí. Diriges muchas cosas, ¿no?

-Sólo cuando lo deseo -la corrigió sin perturbarse-. Esa es la ventaja de ser el jefe. Y la verdad es que me apetece mucho hacerle este favor a mi tía.

-¡Lo haces para mortificarme!

-0 porque no quiero perderte de vista.

-¿Para qué? -preguntó con amargura-. Para asegurarte de que no voy a huir con la plata de la tía Margaret?

-Algo parecido, supongo. Toma -le ofreció una de las tazas-. Más vale que la aceptes porque parece que esta será una noche muy larga.

-No tiene que ser así -se negó a aceptar la taza-. Sólo quiero que envíes a alguien para que haga el trabajo de ingeniería.

-Lo lamento, Kathy. Esta vez tendrás que tolerarme.

-¡Maldición!

-A menos que te retires, por supuesto.

-¿De eso se trata, quieres que yo renuncie?

-Buena idea, aquí no hay nada que te obligue a quedarte.

-Excepto mi promesa, la promesa que le he hecho a la tía Margaret -le recordó-. ¡No pienso defraudarla!

-¡Qué noble! -comentó Reid-, pero no veo el motivo, ya que ella no es tu pariente.

-¡Se lo debo! Fue bondadosa conmigo cuando... siempre ha sido bondadosa conmigo -corrigió Kathy. Por ningún motivo le diría que la bondad y el cariño de la tía Margaret fue lo único que tuvo en un mundo hostil y solitario-. No la defraudaré.

-Entonces tendrás que tolerarme -se encogió de hombros volviéndose para dejar la taza que ella había rechazado.

Furiosa, Kathy se dijo que era evidente que él no cambiaría de opinión; no cesaría de atormentarla y ella no podía irse.

-Entonces, de acuerdo -declaró con frialdad-. Si he de tolerarte, eso haré.

-¿Cedes tan pronto, Kathy? Me sorprendes.

-No veo por qué, ya que no me has dado otra elección -indicó y respiró profundamente para calmarse-. No tiene objeto seguir discutiendo. Trabajaré contigo -le informó, se volvió y se dirigió a la puerta-. Pero lo haré contra mi voluntad.

-Supongo que el querido Malcolm no se va a poner muy contento cuando se lo digas.

-¿Malcolm? -preguntó con voz aguda y se detuvo en seco-. ¿Por qué metes a Malcolm en esto?

-Porque estoy impaciente por conocer su reacción cuando le digas que no regresarás mañana.

-La reacción de Malcolm no te incumbe -le gritó. El hecho de que Reid le recordara a Malcolm sólo aumentó su furia-. De modo que de eso se trata. ¡Quieres interponerte entre nosotros!

-Me pregunto... -murmuró complacido-. ¿Podría yo interponerme entre Malcolm y tú? ¿Lo notaría alguno de los dos?

-¡Si tú lo hicieras, seguro que lo notaría!

-Imagino que sí, dada la... ¿cómo la llamaste?... la química que hay entre los dos... y apostaría mi vida a que no existe química entre

Malcolm y tú. El pobre hombre... -movió la cabeza con compasión-, no sabe lo que se pierde.

-No es así, no tenemos ese tipo de relación. ¡Aunque.eso no te incumbe!

-No te preocupes Kathy, no interferiré.

-¡Desde el momento en que llegaste aquí has interferido!

-¿Eso crees? Cariño, si hubiera querido interferir no te habrías librado de mí con tanta facilidad.

-¿Facilidad? ¿Crees que es fácil estar contigo?

El se acercó a ella. De pronto sólo los separaban unos pocos centímetros; Kathy sintió cómo el aliento de Reid agitaba su cabello y vio que sus ojos ya no eran de color gris oscuro, sino plateado brillante.

-Estoy seguro de que no te resulta fácil estar conmigo -aseguró con voz grave e íntima-. Pero a mí me resulta aún más difícil porque te deseo... -la acercó a su cuerpo-. Que Dios me ayude -murmuró en tanto su boca buscaba la de ella-. No he dejado de desearte.

-Pero yo sí -expresó, a pesar de que su decisión flaqueaba-. Reid, por favor -murmuró cuando él deslizó las manos para rodearle la cintura-. ¡No podemos hacer esto!

-Sí podemos -refutó con un poco de alegría-. Estamos haciéndolo.

-Pero... -descubrió que no podía pensar porque las manos de él se deslizaban hacia arriba, la acariciaban y creaban una sensación casi insoportable sobre su piel-. Quiero que te detengas -habló débilmente.

-No es cierto -capturó los labios de ella-. Así, sí -murmuró Reid y ella contuvo el aliento al sentir que él le acariciaba el pecho-. Así -repitió cuando ella se movió en busca de más cercanía-. También tú lo sientes, Kathy -murmuró antes de estimular otra vez su boca, con sensualidad-. Lo sientes... ¿verdad?

-Sí -confesó. Lo deseaba, él la enloquecía y las manos expertas la acariciaban y prometían más.

-Recuérdalo -le aconsejó en tono divertido. Alejó sus manos de ella, creando una pequeña distancia entre los dos-. La próxima vez que estés con el querido Malcolm recuerda lo que sientes ahora. .

-¿Qué pretendes, Reid? -preguntó deseosa de herirlo por lo que acababa de hacerle-. ¡No me digas que estás celoso!

-¿Celoso tratándose de ti, Kathy? Sabes muy bien que eso no puede ser.

-Eso creía... -aceptó antes de atacar de nuevo-, hasta hace un momento. Ahora no sé qué pensar -salió corriendo, para no darle tiempo a responder.

Esa última confrontación les enseñó a ser más cuidadosos porque

los siguientes días transcurrieron con tranquilidad. Al parecer, Reid estaba tan decidido como Kathy a evitar otra escena parecida. Se mostraron corteses en presencia de otras personas y se aseguraron de no encontrarse a solas en ningún momento.

-No comprendo el comportamiento de Reid --comentó un día la tía Margaret cuando Kathy y ella estaban solas en la casa-. Tenía entendido que trabajaríais juntos, al menos parte del tiempo, pero en vez de eso... bueno, parece que él hace todo lo posible por evitarte, como si todavía estuviera enfadado contigo.

Kathy decidió tranquilizar a la anciana.

-Está muy ocupado, pasa mucho tiempo con los detalles de la construcción y debe mantenerse en contacto con su compañía -explicó.

-Sé que está muy ocupado, pero de todos modos -la tía suspiró y movió la cabeza-. Al principio, cuando aceptó quedarse, pensé que quizá era por... es decir... -sus mejillas se tiñeron, aunque continuó en tono casi desafiante-. Pensé que se quedaba para estar contigo porque quizá deseaba... revivir su relación.

-No creo que eso sea posible -aseguró Kathy, amable.

-Tampoco yo, ya no -aceptó la tía Margaret con otro suspiro-. De ser así pasaría más tiempo contigo en vez de irse a otro lado... ¿Crees que ocurre algo malo?

Kathy sabía que sí, pero no podía decirlo.

-Yo no me preocuparía por eso -expresó calmada. Ya verás como todo irá bien cuando empecemos a trabajar juntos -le diría a Reid que era muy importante seguir con la farsa. Debían hacer cualquier cosa para que la tía Margaret no se preocupara-, pero no debes hacerte ilusiones con respecto a nosotros.

-Supongo que tienes razón -aceptó la tía Margaret, pero era evidente que no estaba complacida-, aunque parece que tenéis más cosas en común que antes... no, no me interrumpas -pidió cuando vio que Kathy se disponía a hacerlo-. No censures a una viejecita por desear... Bueno... sólo deseo que paséis un poco más de tiempo juntos.

Capítulo 6

EL deseo de la tía Margaret se cumplió el jueves por la mañana cuando Reid apareció justo en el momento más inoportuno. -Voy a ir a Bennington esta tarde para ver la iglesia -anunció Kathy durante el desayuno que compartía con la anciana, las dos solas en el comedor soleado mientras Emma trabajaba en la cocina-. ¿Cuánto tiempo crees que tardaré en llegar con mi coche?

-Más o menos una hora -contestó la tía Margaret-. Vete despacio porque la carretera no es muy buena.

-No podrás ir -anunció Reid desde la puerta-. Al menos, no con el coche que tienes -agregó con desdén-. Será mejor que te lleve.

-No es necesario -contestó Kathy, ignorando el brillo de alegría en los ojos de la tía Margaret-. Sé que mi coche es muy viejo, pero nunca me ha defraudado.

-¿Estás segura de que los frenos funcionan bien? -insistió Reid sin dejar de mirarla-. Algunas curvas son muy pronunciadas.

-Reid tiene razón, querida -terció Margaret-. Es peligroso, a menos que se tenga un buen coche... y el de Reid lo es, por supuesto.

Por supuesto, se repitió Kathy, sintiéndose atrapada. Sabía lo que la tía Margaret esperaba que sucediera durante ese viaje, pero no entendía qué pretendía Reid.

-No era necesario que te ofrecieras a acompañarme -le dijo a Reid por la tarde, sentada muy tensa al lado de él, en la intimidad obligada del coche negro.

-Tienes razón -aceptó animado, sin hacerle caso al tono severo de Kathy-, pero mi tía se ha puesto muy contenta, y yo necesitaba una excusa conveniente para pasar unas horas a tu lado. Casi no nos hemos visto en toda la semana.

-Has estado mucho tiempo fuera y la tía Margaret comenzaba a preocuparse -agregó con un dejo de reproche.

-Ya no está preocupada -recalcó de manera razonable-. Y este es el momento adecuado para que me pongas al corriente de lo que has hecho.

-¿Te importa?

-No exageraré diciendo que me importa -repuso sonriendo-, pero aún no sé si debo confiar en ti. Quizás estés planeando huir con el dinero de las contribuciones.

-Lamento tener que decepcionarte, pero está guardado en el banco -le informó con los dientes apretados-. Y si no me crees, pregúntaselo al padre Gardiner.

-Entonces, ¿qué has hecho? -insistió Reid-. El cielo es testigo de

que has estado bastante ocupada.

-Trabajoo con los voluntarios. Hay muchas cosas que hacer, la principal es convencer a la gente para que colabore con sus donativos.

-No dejas de sorprenderme --comentó en tono suave-. ¿Eres experta en restaurar iglesias y en obtener fondos, Kathy?

-No soy experta, pero sé más que la mayoría de la gente.

-¿Qué piensas ganar con todo esto?

-La oportunidad de pagarle a la tía Margaret algunas de las atenciones que ha tenido conmigo durante todos estos años. Y la oportunidad de participar en la reconstrucción de una magnífica iglesia.

-Es decir, quieres darle un impulso a tu carrera.

-Es posible, aunque no me servirá de mucho. Como hay poca demanda para la restauración de iglesias, este trabajo no aportará mucho a la empresa.

-Piensa en el prestigio.

-Pienso más en la iglesia,

-Muy noble -murmuró divertido-. No sabía que tuvieras sentimientos tan nobles.

-Preferirías pensar que no es así, ¿verdad? -preguntó con amargura. Reid se había creado una imagen definida de ella, sombría y distorsionada-. ¿Es necesario que sigamos hablando de esto?

-No si tú prefieres no hacerlo -respondió tranquilo y durante el resto del trayecto la conversación fue banal, casi como si fueran amigos, casi como si entre ellos no existiera la amargura y la traición.

Pero Kathy se dijo que era una situación temporal cuando Reid aparcó el coche y salieron del vehículo para admirar la iglesia antigua de Bennington.

-Impresionante -comentó Reíd-. ¿Tendremos algo parecido cuando se haya quitado la capa de hollín?

-Más o menos -contestó ella, estudiando la fachada que sólo había visto en fotos-. Fillmore construyó esta iglesia, y yo creo que también la nuestra. Ahora vamos a verla por dentro -al examinar algunos detalles, Kathy quedó muda-. Increíble -murmuró, pasmada por la paz y la belleza que los rodeaba-. Es demasiado.

-¿Demasiado? -repitió Reid intrigado en tanto le observaba el rostro-. ¿Cómo puede existir tanta belleza?

-Esto es suficiente para que a uno se le rompa el corazón... -Kathy se interrumpió, no deseaba revelar más de la cuenta. Inclinó la cabeza, buscó su cámara dentro de su bolso y retornó a su trabajo-. Necesito algunas fotos.

-¿Para qué? -preguntó Reid.

-Para ver si hay similitudes entre esta iglesia y la nuestra; por ejemplo, si coinciden algunos detalles, como las vigas de soporte que vimos la primera vez que entramos a la iglesia...

-¿Cuando estuviste a punto de caer por el agujero en el suelo? -preguntó Reid-. Cuando yo...

-Casi me rompiste el brazo -terminó Kathy. Vio que él sonreía-. Cuando vi las vigas y noté que eran diferentes de las que estoy acostumbrada a ver comprendí que la iglesia debió ser diseñada para sostener una cúpula de poca profundidad -expresó.

-¿Eso significaría que es una de las iglesias que construyó Fillmore?

-Pudiera ser -aceptó Kathy tranquila porque el momento difícil había pasado.

Más tarde, Kathy se dijo que nunca había pasado un día tan agradable y tranquilo en compañía de Reid.

Después de terminar la inspección de la iglesia, él la acompañó al museo Bennington para que viera la exposición de algunos de los objetos originales de la iglesia. Luego la dejó sola en la habitación del museo.

-Lo siento -se disculpó cuando por fin se reunió con él-. Cuando trabajo me olvidó del tiempo.

-No te preocupes. He estado viendo el museo y te aconsejo que veas las pinturas de Grandma Moses -calló mientras llegaban al coche-... he visto un sitio donde podremos cenar.

Kathy se preguntó si sería buena idea cenar con él. La tarde había sido perfecta, pero era mejor no arriesgarse. Sería más seguro terminar con los acercamientos.

-¿No nos espera la tía Margaret?

-Le dije que regresaríamos tarde -explicó Reid-. Tranquila, Kathy, sólo es una cena. ¿No podemos olvidar el pasado el tiempo suficiente para cenar juntos?

Kathy no respondió. ¿Cómo iba a decirle que jamás podría olvidarlo?

-Ocho años... -murmuró Reid pensativo, antes de tomar un sorbo de café; después de una agradable cena, parecía que iba a retornar al pasado-. ¿Hace ocho años se te ocurrió pensar que estarías aquí ahora?

Se suponía que él no iba a hablar del pasado, puesto que él mismo había sugerido que lo olvidaran, al menos durante esa noche.

-¿Aquí? -repitió mientras observaba la habitación-. ¿Cómo hubiera podido si no sabía que este lugar existiera? Aunque debo decir que es muy agradable.

-Pensé que te gustaría porque es un poco antiguo, aunque con vida

nueva; como verás, el trabajo de restauración es excelente.

-Sí -aceptó-. El trabajo es excelente.

-Sabía que dirías eso.

-Yo no soy diseñadora y no sabría cómo diseñar un restaurante. Estoy especializada en la investigación, pero puedo decir que este lugar es original.

-Yo también lo creo así -comentó sin dejar de observarla-. ¿Por qué decidiste dedicarte a la restauración?

-Cuando decidí... -calló para buscar una buena manera de comenzar, pero no la encontró-... irme --continuó incómoda-, la tía Margaret me dijo que podía ir a Providence. Ella tenía una amiga que estaría dispuesta a alojarme en su casa mientras yo estudiaba un curso de secretariado; cuando me gradué, la empresa de Malcolm puso un anuncio solicitando una mecanógrafa; fue fácil, me dio el puesto.

-¿Qué pasó después? -insistió Reid-. ¿Cómo saliste de esa rutina para seguir adelante y hacer lo que ahora haces?

-Al principio aprendí en el trabajo, luego asistí a unos cursos.

El camarero los interrumpió para llevarles la cuenta.

-¿Te has fijado? -preguntó Reid sonriendo-. Sabía que podríamos cenar sin discutir.

Kathy asintió sin mucha convicción. El que esa noche no hubieran discutido no quería decir nada. Sería una tonta si se hiciera ilusiones.

Emprendieron el camino de vuelta en silencio. El tenue ruido del motor del coche la adormecía y la hacía sentir una falsa sensación de seguridad.

Era demasiado consciente de la presencia de Reid en la oscuridad silenciosa; era difícil no verle el perfil, no ver su mano cada vez que él movía la palanca de velocidades. Era muy difícil no pensar en el hombro de él y no lo agradable que sería apoyar ahí su cabeza...

-¿Qué me dices de las iglesias? -Reid rompió el silencio-. ¿Cómo llegaron a ser tu especialidad?

-Porque a casi nadie le gustan. Trabajar en una iglesia puede ser decepcionante, porque uno debe tratar con un grupo grande de personas. No es como una casa, donde se habla sólo con un señor. Con una iglesia, a veces, uno debe tratar de complacer a todos los feligreses y eso puede ser muy pesado. Uno debe dejar a todos contentos.

-¿Eso te agrada?

-Sí, y no me preguntes por qué... -se encogió de hombros-. Uno presiente un sentimiento de amistad, se desea ser parte de eso durante un tiempo, antes de seguir con el siguiente proyecto.

-¿Como en una isla? -sugirió Reid quedo-. ¿Algo parecido a la

manera en que te criaste?

-Supongo que sí -aceptó, sorprendida por esa idea-. No lo había pensado de esa manera.. pero es posible que tengas razón.

-Sigues siendo un ave de paso -comentó-. Te quedas poco tiempo en cada lugar.

-¿Y qué? -preguntó irritada.

-No estoy criticándote, Kathy -objetó tranquilo-. Sólo estoy tratando de comprenderte. Eres un enigma para mí.

-A estas alturas ya no debería importarte.

-Pues aún me importa. Llevo ocho años preguntándome qué buscabas en realidad.

-No buscaba nada -sabía que no era verdad. Buscaba el amor de Reid. Era una locura, sin embargo, quedaba en ella un poco de esperanza, la esperanza que sintió en el restaurante. Era difícil no pensar en lo que pudo ser, difícil no desear lo que podía volver a ser. Y si existía la más mínima posibilidad de que eso sucediera tenía que iniciarse con la verdad-. Supongo que buscaba algo, pero no sé qué era.

-Eras muy joven para saberlo.

Kathy pensó que él no debía culpar a la juventud. Su relación, no podía salir bien, no cuando él... pero eso era historia antigua.

-¡Nada salió bien!, ¿verdad?

-No puedes negar que había algo que sí funcionaba entre los dos.

No se necesitaba ser. genio para saber a qué se refería Reid.

-Nada que importara.

-¿Eso crees? ¿Crees que la atracción entre los dos no tenía importancia?

-No fue suficiente -trató de insistir, pero las palabras emergieron con debilidad; esa esperanza maldita, irracional y agridulce volvía a amenazarla-. Todavía no basta.

-Quizá no baste para mantenernos... juntos -aceptó las manos y obligándola a acercarse a él-... pero es suficiente para que nos acerquemos... -le dio un beso fugaz-. Y lo que tuvimos, fue fantástico. No puedes negarlo.

En efecto, Kathy no podía negarlo con los labios tan cerca a los de él.

-De todos modos no tiene sentido -Kathy se valió de su sentido común para alejarse del beso-. No significaría nada.

-No es necesario que tenga sentido -objetó él mientras le besaba la sien, la mejilla y un punto muy sensible junto a la oreja-. No somos románticos soñadores... -calló para bajar la cabeza y volver a besarla.

El beso fue lento y premeditado, un momento interminable de

sensación exquisita. Primero fue el descubrimiento, luego la familiaridad, los labios masculinos moviéndose sobre los de ella con una fricción sensual, hasta que él supo que ella estaba casi dispuesta y desvalida. Sólo entonces, cuando ella entreabrió los labios, Reid la besó con pasión.

-Así -murmuró cuando Kathy lo buscó y Reid la abrazó para conducirla a lo que ella deseaba desde el principio-. No tiene objeto que luchemos contra esto.

Kathy lo sabía, sabía que estaba perdida. Sintió sus caricias y contuvo el aliento cuando él deslizó las manos debajo de su suéter y le acarició los senos.

-Sí -murmuró, inquieta por tocarle los hombros y deslizar una mano por la línea de su mandíbula. Con impaciencia, trató de desabrochar los botones de la camisa hasta que su palma encontró la piel cálida y los latidos de su corazón.

-Así -dijo Reid y ella reconoció el tono burlón en su voz. Desesperada, se dijo que no era nada nuevo. No era más que una necesidad física, él sólo se estaba divirtiendo a su costa. Lo odió por su juego y se odió por no haber sido capaz de resistirse-. ¿Te das cuenta? -continuó, todavía burlón cuando ella se inclinó hacia él y entrelazó los dedos en su cabello; el instinto la hacía buscar más cercanía-. Siempre ha sido así para nosotros, ¿verdad, Kathy?

-Sí -aceptó desvalida y presa del deseo-. Sí -repitió con el orgullo hecho pedazos.

-No cambiará, Kathy. Siempre ha sido así y siempre será igual, pero creo que ahora no -de pronto se alejó deshaciendo la magia. Red se había retirado y ella se quedó sola, mirándolo con sorpresa-. No en un coche, Kathy -explicó casi con gentileza, a pesar del humor sombrío en su voz-. Ya somos adultos y un coche no es el lugar apropiado.

-Comprendo -murmuró Kathy-. ¿Quieres venir a mi habitación todas las noches, después de que Emma se haya ido y la tía Margaret se haya acostado?

-Correcto -aceptó y ella imaginó que le sonreía en la oscuridad-. A menos que prefieras venir tú a mi habitación.

-Antes, te veré en el infierno -masculló entre dientes.

-Kathy... -movió la cabeza a manera de un reproche fingido-. ¿Cómo puedes decir eso si estabas tan... deseosa?

-Casi has logrado seducirme, eres experto en eso. Y no es un cumplido -agregó-. Es un insulto, pero no tan severo como el que recibirás si alguna vez tratas de ir a mi habitación.

-Palabras valientes -comentó él de buen humor-. Pero los dos

sabemos que no es así. Lo que existe entre nosotros es demasiado fuerte para que lo ignoremos; la única diferencia entre los dos en este momento es que yo soy franco y lo acepto y tú no.

-¡Nunca lo aceptaré!

-Nunca, cariño, es mucho tiempo -se inclinó hacia adelante y encendió el motor.

Kathy bullía en silencio. Estaba furiosa con Reid y consigo misma por lo ocurrido. La astucia de él y la debilidad fatal de ella hacían una combinación peligrosa, pero eso lo sabía ya, casi desde el principio. Lo peor de todo era que había vuelto a tener esperanzas durante unos momentos. ¡Qué tonta era! Años atrás, él había destruido todas sus ilusiones. Ya no podía permitirse el lujo de tener esperanzas. La oscuridad comenzó a romperse debido a las luces de East Hawley.

Era muy tarde. Casi todos en el pueblo estaban ya en cama, casi todos, sí, pero no parecía que la tía Margaret estuviera descansando, porque la luz se veía a través de todas las ventanas de la casa y había un coche desconocido aparcado en la puerta.

-Tenemos visitas -comentó Reid al detener el coche-. La matrícula es de otro estado.

Kathy asintió sin dejar de mirar el coche.

-Es Malcolm -declaró.

-Lo imaginaba -aceptó Reid, complacido. Abrió la puerta y se volvió hacia ella-. Sin duda, esto será interesante, sobre todo, tu explicación.

-¿Qué explicación?

-Para comenzar, por qué llegamos tan tarde y por qué... -Reid calló y la observó bajo la luz tenue del interior del coche-. Tienes alborotado el cabello.

-¡No es posible!

-Es cierto. Permíteme -Kathy tuvo que aceptar que él la ayudara-. Así está mejor -concluyó-. Aunque todavía estás un poco desaliñada... ¿Por qué te ruborizas, Kathy?

-¡Es culpa tuya!

-No te creo, pero quizá Malcolm acepte tu palabra.

-¡Cretino! ¿Al menos tratarás de portarte como un caballero mientras él esté aquí?

-¿No lo hago siempre? -preguntó haciéndose el inocente y en respuesta a la mirada de enfado de ella agregó-: Bueno, quizá no contigo, pero no puedo creer que Malcolm vaya a causarme el mismo efecto.

-¡No seas cínico! Kathy salió del coche. La situación no tenía remedio y la siguiente hora sería un desastre, gracias a Reid. No le

bastó haberle arruinado la vida hacía ocho años; quería volver a hacerlo. A Reid no le importaba lo mucho que ella había trabajado para fomentar una relación positiva con Malcolm, que era estable y segura. Reid no era, ni sería así. Kathy andaba deprisa, pero él llegó primero a la puerta. Le dirigió una sonrisa lenta y burlona, mientras permitía que ella entrara primero en la casa.

Capítulo 7

MALCOLM y la tía Margaret ocupaban asientos opuestos frente a la chimenea; la tía en su mecedora favorita y Malcolm en el sillón de madera, el que Reid reclamó para sí la noche de su llegada. Kathy recordó que Reid imponía mucho sentado en ese sillón, pero Malcolm no lograba ese efecto.

Kathy lo observó y concluyó que Malcolm no era del todo feo, aunque tampoco resultaba interesante; era un hombre común y corriente y, por primera vez, Kathy lamentó que no fuera un digno contrincante de Reid.

-¡Malcolm, no esperaba... qué sorpresa! -entró a la habitación sin mirar a Reid-. De haber sabido que vendrías no habría regresado tan tarde.

-Ha sido culpa mía -intercaló Reid tranquilo y se acercó para detenerse al lado de Kathy-. Insistí en que cenáramos en Bennington y de regreso, bueno, nos entretuvimos... -Kathy sintió que la sangre se le helaba mientras esperaba que él acabara la frase -hablando del trabajo de restauración. Kathy sabe mucho y el tema es fascinante, de modo que me equivoqué de camino. Hemos estado perdido como dos horas en algún punto del Bosque Nacional, sólo Dios sabe dónde. Soy Reid MacAllister -terminó y le ofreció la mano a Malcolm-. Usted debe ser Malcolm.

-Sí -aceptó Malcolm y tuvo que ponerse de pie para saludar a Reid que era mucho más alto y fornido que él-. Malcolm Drurry. Si ibais por la misma carretera que yo no me extraña que os hayáis perdido. No hay mucha urbanización por esos parajes.

-Casi nada -aceptó Reid.

Malcolm miró con cariño a Kathy, pero sin notar que ella miraba con furia a Reid.

La tía Margaret percibió la batalla silenciosa entre Reid y Kathy y decidió intervenir:

-Reid ha llevado a Kathy a Bennington porque no estaba seguro de que el pequeño coche de ella terminaría el trayecto.

-No me sorprende -dijo Malcolm. Kathy sabía que era una de sus expresioness favoritas-. Llevo más de un año diciéndole que debería comprarse un coche nuevo, pero no la he convencido.

-Desde luego, los coches nuevos son caros -advirtió Reid pensativo, mientras Kathy se daba fuerzas para tolerar el siguiente ladrillo que él arrojaría-. Puede que se lo comprara si le aumentasen el sueldo.

-Lo dudo -respondió Malcolm de buen humor, sin darse cuenta de que Reid estaba burlándose de él-. Le pago bien a Kathy y ella es

sensata cuando se trata de gastar el dinero, es muy...

-¡Por Dios! -intercaló Kathy furiosa con los dos-. ¿Queréis dejar de hablar de mis finanzas? ¡Es asunto mío!

-Kathy tiene razón -comentó la tía Margaret y se puso de pie-. Todos estamos cansados. El señor Drurry debe estarlo después de un viaje tan largo...

-Temo que le he quitado mucho tiempo -dijo Malcolm a la anciana-. Ha sido usted muy amable en tolerar mi compañía -agregó y se puso de pie.

-De ninguna manera -murmuró la tía Margaret-. Pero supongo que desea hablar a solas con Kathy, de modo que me despido -se detuvo y le dirigió una mirada severa a Reid.

-Revisaré el fuego en la chimenea para evitarle el trabajo a Kathy -anunció Reid, dando a entender que no permitiría que Malcolm y Kathy se quedaran solos.

-Te acompañaré al coche -improvisó Kathy. Apoyó su brazo en el de Malcolm y casi tiró de él para salir de la habitación-. Siento mucho no haber estado aquí. De haber sabido que vendrías...

-Sí, bueno... no pensé que fuera necesario llamarte. Cuando me enteré de que no habías regresado a Providence, a tu trabajo en la oficina, decidí venir -fue una especie de recordatorio-. Prometiste que regresarías y como no lo hiciste, supuse que estarías todavía aquí. Pensé que estarías trabajando... ¡No me imaginaba que estarías divirtiéndote!

-No estoy divirtiéndome -lo corrigió Kathy y al salir a la noche fría se estremeció-. ¿No te lo ha explicado la tía Margaret? He ido a Bennington a ver una de las iglesias que Fillmore construyó. Creo que él también construyó la de aquí, de modo que necesitaba tomar fotos de algunos detalles. Luego fui al museo de Bennington y pasé más tiempo allí de lo que había planeado, y luego...

-Fuiste a cenar -agregó Malcolm con evidente desaprobación-. ¡No comprendo por qué pierdes el tiempo con ese tipo!

-No perdí el tiempo, es decir, él me llevó a Bennington porque pensaron que mi coche no era de fiar -trató de explicar-. Ni siquiera estuve con él todo el tiempo.

-Pero cenaste con él.

-Bueno, sí, pero fue porque me retrasé mucho en el museo y no habríamos llegado a tiempo a casa...

-Ese tipo ya había planeado cenar contigo, me lo dijo la señora Pearson.

-Pues yo no lo sabía-refutó antes de respirar profundamente para serenarse-. ¡Por Dios, Malcolm, no merece la pena discutir esto!

-No estamos discutiendo -contradijo Malcolm con voz tan fría como el aire-. Esa tarde pasé por Bennington y de haber sabido que estabas allí... bueno, quizá me habría ahorrado el tiempo perdido y ya estaríamos en Providence.

-¿Nosotros, en Providence? -preguntó Kathy incrédula-. No pensaba regresar hoy a Providence.

-He venido para llevarte de regreso. Tienes que dejar esta tontería...

-¡Malcolm, esta iglesia no es una tontería!

-Lo es -la contradijo enfadado-. Al menos es una tontería el que tú estés aquí cuando te necesito en la oficina. Tengo mucho trabajo para mañana temprano.

-Y yo he prometido quedarme aquí.

-¡Kathy, esto no es un trabajo...!

-¡Lo acepté y prometí ayudar!

-¡No tenías derecho a hacerlo! Te dije...

-Malcolm... -volvió a tomar aire y entrelazó sus manos. No le gustaba que nadie, aunque fuera Malcolm, le dijera lo que tenía que hacer-. Malcolm, haré este trabajo, no como parte de mis obligaciones en la empresa, sino como voluntaria. ¡Lo prometí y no faltaré a mi palabra!

-Pero tienes que acudir a tu trabajo.

-Sabes que en estos momentos no hay mucho que hacer y que te será fácil prescindir de mí -protestó antes de jugar su última carta, la que acababa de recordar justo a tiempo-. Además, tengo acumulados muchos días de vacaciones... semanas y semanas, sabes que nunca me he tomado ni un día y esto es importante, Malcolm. ¡Y lo haré!

Callaron un rato en la oscuridad helada antes de que Malcolm hablara en tono tan frío como lo era el aire nocturno.

-Hablaremos de esto mañana.

-¿Mañana? -lo interrumpió-. Creí que regresarías hoy a Providente.

-Pensaba hacerlo, pero se me ha hecho tarde -explicó a secas-. Y como tú y ese tipo ocupáis las dos habitaciones para huéspedes, la señora Pearson me hizo el favor de reservarme una habitación en un motel, a unos quince kilómetros de distancia. Me aseguró que la carretera no es mala, de modo que no tendré ningún problema. Regresaré temprano, Kathy, y arreglaremos este asunto.

-Por la mañana no... No estaré aquí después de las siete. Tengo que ir a la escuela regional a eso de...

-¿Qué diablos tiene que ver una escuela regional con la iglesia?

-Una de las maestras de Historia ha ofrecido a algunos de sus alumnos para excavar en el sótano.

-¿Excavar, excavar? -repitió con un tono agudo-. ¿No exageras?

-No lo sé y no lo sabré hasta que lo hayamos hecho.

-Entonces dime cuándo volveré a verte. He venido hasta aquí para nada...

-Si me hubieras llamado antes... -murmuró Kathy.

-Ahora tendré que regresar solo -continuó sin aceptar las excusas de Kathy-. Tendré que arreglármelas sin ti y no me gusta.

-A mí tampoco -Kathy trató de calmarlo-. Regresaré pronto. ¿Por favor, Malcolm? -rogó tratando de atenuar el enojo-. Lo lamento, no me gusta causarte inconvenientes, pero esta iglesia es muy importante para mí... ¡Por favor!

-Bueno -esbozó una sonrisa-. No me gusta que se alteren mis planes, lo comprendes, ¿verdad?

-Por supuesto -asintió con un movimiento de cabeza. Se sintió mejor cuando él le ciñó las manos frías-. Y no será difícil que nos comuniquemos -le recordó, dispuesta a ser generosa-. Si se presenta algún trabajo para mí, te prometo que regresaré.

-Eso ya está mejor-asintió satisfecho y le dio un apretón en las manos-. Supongo que hablaremos de los detalles conforme se vayan presentando, pero mientras tanto... no te dejes engatusar por ese tipo, MacAllister.

-Yo... este, no -murmuró con torpeza-. Por supuesto que no.

-No me gusta, y tú eres muy joven... joven e impresionable.

-No te preocupes.

-Nosotros dos formamos un equipo bastante bueno -declaró Malcolm antes de inclinarse para presionar sus labios fríos en los de ella.

Kathy permaneció quieta debido a la impresión. Malcolm nunca la había besado en la boca... Reid también la había besado hacía sólo unas horas, pero el beso de Malcolm no se parecía en nada al de Reid.

-Entonces, todo arreglado -anunció complacido-. Te veré pronto, querida.

Enmudecida, ella asintió. Malcolm entró al coche, encendió el motor y dio marcha atrás para salir al pequeño camino privado. A pesar del frío, Kathy esperó hasta que ya no vio el coche. Antes de entrar a la casa, verificó si las luces de la sala seguían encendidas. No lo estaban, de modo que Reid había subido a su habitación. Estaba segura de que él no había visto que Malcolm la había besado y suspiró de alivio.

Estremeciéndose, corrió a la casa, se acercó a la chimenea, y extendió las manos hacia el calor.

El recúerdo de los labios de Malcolm la dejaba indiferente. Sin

embargo, ese beso fue distinto a los que él había dado antes. ¡Malcolm besándola en la boca! Le fue difícil dominar la risa.

-¿Qué te parece tan chistoso?

La voz de Reid, somnolienta y curiosa, la atravesó como un cuchillo y durante un instante quedó petrificada. Volvió la cabeza y lo vio al otro lado de la habitación. Estaba sumido en las sombras, tumbado en el sofá, con las piernas cruzadas y los brazos detrás de la cabeza, a manera de almohada. ¡No lo había visto cuando entró en la sala!

-¡Tú! ¿Qué haces aquí?

-Estaba esperándote -habló despacio, todo en él sugería que estaba medio dormido, todo, menos la mirada vigilante con que la observaba.

-¿Por qué?

-Califícalo como curiosidad -se encogió de hombros-. Quizá pienses que no es de mi incumbencia, pero me pregunto qué piensas hacer con Malcolm.

-¿Hacer? -repitió sin dominar el enfado.

-Sí -Reid bajó los pies al suelo y se sentó-. ¿Es sólo una breve aventura, o hay algo más? ¿No le has dicho que no debe besarse a una mujer casada?

-Nos estabas espiando.

-Muchos pensarían que tengo todo el derecho. Después de todo, eres mi esposa.

-¡No soy tu esposa!

-¿Estás diciéndome que lograste un divorcio secreto, tan secreto que ni siquiera yo lo sé? -preguntó y sin previo aviso, se puso de pie para acercarse a ella-. No me extrañaría que hubieras arreglado un divorcio rápido, uno de esos que se obtienen en las islas.

-¿Igual que la boda rápida que tú arreglaste...?

-¿De modo que lo recuerdas? ¡Creí que habías olvidado ese detalle!

Kathy no lo había olvidado, ¿cómo hubiera podido?

-No fue legal -indicó con tono triunfal-. ¡Por eso nunca me molesté en pedir el divorcio! La ceremonia fue en holandés y yo no entendí ni una palabra.

-No por eso deja de ser legal...

-Pero... pero... -titubeó y volvió a intentarlo-. Lo tramaste con mucha rapidez, llevábamos pocas horas en la isla cuando regresaste y me dijiste... todo sucedió con mucha rapidez...

-¿Y?

-¿Es todo tan fácil en Curazao? ¡No puedo creer que la gente pueda llegar y casarse pocas horas después! Debiste hacer algo...

-¿Crees que soborné a algunas personas?

-¡Estoy segura!

-Kathy, me conoces muy bien -se burló-. Por supuesto que lo hice.

-Entonces no fue un matrimonio legal -anunció triunfal-, Podría demostrar...

-Nada -intercaló y la retó con la mirada-. Todo está en regla. Si lo deseas, verifica cualquiera de los documentos. Verifícalos todos. Llegamos a Curazao con el tiempo suficiente para cumplir con el período de espera e incluso puedo decirte en qué hotel te hospedaste. Si todavía tienen el registro podrás ver cuántas horas pasaste allí. Todo se hizo de acuerdo a la ley, Kathy. Estamos casados como lo estaría cualquier pareja.

-¿Por qué? -musitó-. ¿Para qué te tomaste tantas molestias?

-Para protegerte -explicó y sonrió con cinismo.

-¿De verdad? -preguntó decidida, y con burla-. ¡Qué noble!

-En efecto, lo fui. Pero no mereció la pena el esfuerzo...

-¿Por qué no te has divorciado de mí? Has podido hacerlo en el transcurso de todos estos años.

-No he querido y parece que tú tampoco -señaló-. Parece que somos de la misma calaña. Un matrimonio, con uno de los cónyuges ausente, ofrece una ventaja, una especie de freno para no comprometerse. Las cosas no pueden salirse del control, no puede haber un compromiso legal con otra persona siempre que ese primer matrimonio siga existiendo.

-Debió ser útil para ti en muchas ocasiones... Pero estás equivocado, no somos de la misma calaña. ¡Ni por un minuto debes pensar eso! No creas que lo que te motiva a ti, me motiva a mí. Yo no me he pasado los años evitando compromisos ni jugando con la gente.

-¿No? -preguntó con una ceja alzada-. ¿Qué me dices de Malcolm?

-Malcolm y yo trabajamos juntos y somos muy buenos amigos, eso es todo.

-¿Lo sabe Malcolm -preguntó Reid en tono amenazador-. ¿Acaso los amigos se besan en la boca cuando se despiden? Aunque alló par escudriñarle el rostro-. Parecías indiferente al beso del querido Malcolm. Quizá falta algo: química, atracción, la magia de la pasión pura...

-No tengo por qué escuchar esto -murmuró conmocionada.

-Te equivocas -la corrigió y se inclinó para atraparla con el cuerpo, contra la rejilla de la chimenea-. Tienes que aceptar que Malcolm no te conviene.

-¿Por qué te metes en lo que no te importa?

-Porque eres mi esposa ---casi gritó y sus ojos se encendieron-. No permito que nadie tome lo que es mío.

-¡No soy tuya!

-Pero lo serás -la amenazó-... antes de que esto termine -de pronto la soltó, se alejó de la chimenea y metió las manos dentro de los bolsillos-. Tranquila, Kathy, esa noche estarás a salvo. No tomo lo que deja otro hombre.

-No soy... -pero lo era, ¿no? Todavía sentía los labios fríos de Malcolm, pero ella no era de nadie, ni de Malcolm ni de Reid. Se volvió y salió del cuarto.

Pero al llegar a su habitación descubrió que no podía deshacerse de Reid. Había escapado de su presencia física, pero no de los recuerdos...

Reid encontró una pequeña isla deshabitada y ancló el barco para que los días soleados y las noches tranquilas crearan su magia. Kathy se entregó totalmente, lo amó sin reserva ni inhibición. Ella, que nunca había compartido su cama con nadie, se acostumbró a quedarse dormida en los brazos de Reid para despertar, en las horas silenciosas de la oscuridad o en el primer albor del día, y amar de nuevo. Ella se premió con su conocimiento creciente, aprendió a complacerlo igual que él lo hacía con ella. Despacio y con seguridad, descubrió cómo conducirlo al mismo borde del deseo y la necesidad y a compartir la magia del interminable momento de la consumación.

Pasaron una semana en esa isla y luego pusieron rumbo a Curazao.

-Espérame aquí -le dijo él, después de dejar el barco en el puerto-. Tengo que ir al pueblo para terminar un asunto.

-¿Puedo ir contigo? -preguntó al mismo tiempo que luchaba contra el nudo creciente de temor.

-Esta vez no, pero no tardaré -movió la cabeza-. Creo que serán pocas horas.

El asunto que lo llevó a tierra le tomó más de tres horas, tres horas de la peor tortura para Kathy porque ella no sabía qué estaba haciendo él. ¿Estaría buscando un lugar para que ella se quedara?

Su corazón se exaltó cuando por fin lo vio y sin poder respirar, lo observó mientras él subía a bordo.

-Tenemos que hablar -anunció sin expresión, le tomó la mano, bajó a Kathy a la sala sombreada y la sentó a su lado sobre la litera-. Tenemos que establecer algunas cosas.

-Lo sé -asintió. Se obligó a hacer la única pregunta que importaba-. ¿Vas a dejarme aquí?

-No puedo... no después de lo ocurrido -le dijo con un extraño tono en la voz-. No era mi intención comprometerte tanto.

-Lo sé. Lo lamento.

-¿Por qué lo lamentas? Tú eras la inocente, yo debí actuar de

manera diferente.

Kathy se mordió el labio para no llorar. Ella se había enamorado y él pensaba que debía haber actuado de forma diferente...

-No te preocupes. No ha sucedido nada...

-¿Estás segura? -preguntó él un tanto irónico-. ¿No se te ha ocurrido que podrías estar esperando un niño?

-No, no es posible.

-De cualquier manera es algo a lo que no quiero arriesgarme. Prefiero no arriesgarme... así que creo que debemos casarnos.

-¿Casarnos? -repitió antes de llorar-. ¿Lo dices en serio? -preguntó con voz temblorosa-. ¿Casarnos?

-Por supuesto -finalmente el tono serio desapareció-. ¿Qué pensabas?

-No lo sé -movió la cabeza y lo miró incrédula-. Pensé que ibas a dejarme aquí.

-Niña tonta -se burló y sonrió al verla confusa-. ¿Por qué iba a hacer algo así si lo que tenemos... -la abrazó-. Lo que tenemos es magia. ¿No te das cuenta?

Kathy sí se daba cuenta y sonrió, a pesar de las lágrimas. Entonces él empezó a acariciarla y ella dejó de pensar.

-Es hora de que vayamos a casarnos -anunció más tarde, cuando ella descansaba satisfecha en sus brazos-. Tardaremos como una hora, el tiempo que tardan en pronunciar las palabras. Luego regresaremos aquí para hacer más magia -prometió y sus palabras fueron dulces, fueron como un encantamiento. Kathy no se preguntó qué significaría ese matrimonio, ni cómo sería su vida de... casada.

En casa de la tía Margaret, sola en su dormitorio, comprendió con mucha claridad que no había habido nada entre los dos, o casi nada, excepto la química... la química y los papeles extraños que interpretaban. Entonces, a Reid le gustaba el papel de protector y a ella le gustaba que él la guiara y le proporcionara seguridad. Todo fue bien mientras duró. Funcionó hasta que Reid se cansó de su papel de protector, hasta que se cansó de ella...

Capítulo 8

REID no tardó en mostrar su desencanto; lo hizo dos noches después de la boda, pero antes amó a Kathy con una intensidad loca, casi impulsiva.

-Ha sido maravilloso, ¿verdad? -preguntó Reid cuando todo acabó-. Así debe ser... la última vez aquí tiene que ser la mejor.

-¿La última vez, dónde? -preguntó con pereza desinteresada, casi demasiado satisfecha y somnolienta para que le importara-. ¿La última vez en el barco o la última vez en Curazao?

-La última vez antes de que nos vayamos a casa -explicó con indiferencia-. Mañana nos iremos a Nueva York.

-Mañana -repitió conmocionada y temblorosa-. ¿No nos quedaremos aquí?

-No. No podemos quedarnos aquí para siempre...

-¿Pero mañana? -preguntó, sintiendo que su mundo se tambaleaba-. ¿Tan pronto?

-¿Por qué no? Es el mundo real y el deber nos llama -la besó- y no me molestará el deber si regreso a casa para encontrarte a ti y a la magia...

Kathy tembló al imaginar la soledad en que se encontraría: días largos y vacíos sin Reid, sin el ancla de su existencia.

-¿Qué haré yo?

-¿Qué quieres que te diga? -preguntó-. Tendrás lo que deseabas, una isla más grande y ser algo, ¿recuerdas? Serás mi esposa -recalcó y calló para besarla-. Y Manhattan es una isla muy grande. No te preocupes, Kathy -agregó sin pensar en ella-. Todo marchará bien.

Pero no fue así para Kathy. Su felicidad comenzó a morir en aquel momento. Reid la había destruido porque desde el principio tuvo el poder de herirla.

Kathy, sola en la habitación de la tía Margaret aceptó que él seguía ejerciendo ese poder. Pero ella había cambiado... Ya no era una niña ingenua e ignorante... Ahora podía enfrentarse a él.

Al día siguiente, en la iglesia, Kathy y Reid discutieron. Justo a tiempo, él contuvo una maldición, debido a la presencia del padre Gardiner.

Estaban dentro de la lóbrega iglesia que aún olía a madera quemada y estaba llena de hollín. Hacía mucho frío, y Kathy pensó que sería un milagro que no pillaran una pulmonía.

-Más vale que trabajes hoy con nosotros para asegurarte de que no rompemos ninguno de tus objetos preciados -anunció Reid esa mañana-. Tenemos que apuntalar las galerías, la torre y la zona del

presbiterio -calló y asintió al verla preocupada-. Sí, podríamos dañar algo valioso, de modo que es indispensable que permanezcas aquí.

A regañadientes, Kathy aceptó que él tenía razón, pero pronto descubrió que una de las columnas podría dañar la madera. Reid y ella discutían cada vez que se colocaba algún puntal.

-¡No puedes hacer eso! Ahí no -advertía. Kathy no comprendía que Reid se enfadara, cuando había sido él quien le había pedido que se quedara para vigilar.

-Desde luego, no pretendo impedir que hagas tu trabajo -comentó Kathy, muy tranquila-. ¡Pero no permitiré que destruyas ese arco!

-No destruiré ese maldito arco -gritó-. Pero tengo que apuntalar la galería para que no se desplome sobre alguien cuando comencemos a trabajar aquí dentro.

-¡No puedes hacerlo, no con eso! -se lamentó mientras señalaban de manera acusadora el horrible montacargas-. ¿No puedes apuntalar debajo de la galería, detrás del pilar?

-¿0 a ambos lados del pilar? -preguntó él, pensando en voz alta, mientras estudiaba el plano-. Colocar el peso aquí... y aquí --continuó para sí-, y luego apuntalar aquí -decidió que daría resultado y agregó-: Aunque tendríamos que cambiar la posición del andamio; si me lo hubieras advertido, habría trabajado de otra manera.

-¿De modo que es culpa mía? -preguntó sin ceder e ignorando el enfado de Reid-. ¿Por qué no me enseñaste tus planos antes?

-Estaba ocupado -Kathy no aceptó esa excusa-. De acuerdo -ignoró a Kathy y se dirigió a los jóvenes voluntarios que habían presenciado con entusiasmo el enfrentamiento-. Ya la habéis oído, tenemos que obedecer... lo cual yo no haría si ella no se pusiera tan bonita cuando se enfada -todos rieron y Reid se volvió hacia Kathy para dirigirle una sonrisa burlona.

-¿Satisfecho? -preguntó Kathy en tono sarcástico y Reid movió la cabeza.

-No del... -sin previo aviso la tomó de los hombros, sus ojos delataban algo peligroso, incluso atrevido-... todo -terminó, antes de posesionarse de los labios femeninos para quemarlos y marcarlos con el hierro candente del beso-, lo lamento, pero no he podido resistirme -el rostro de Kathy se encendió debido a las risas y silbidos de quienes lo rodeaban-. Sin resentimientos, Kathy.

Sintiéndose ultrajada, Kathy se soltó y se alejó unos pasos. Bullía de rabia, y se dijo que haría a Reid pagar caro su atrevimiento.

Kathy esperó un momento hasta que terminaron de ajustar el andamio y de colocar bien los nuevos puntales y el montacargas.

-Así está bien -anunció por fin Reid-. Descansaremos para comer.

Kathy se quedó detrás de los voluntarios que salían de la iglesia. Se vengaría en cuanto todos estuvieran fuera.

-Reid -él no se movió, no la oyó o se negó a aceptar su presencia; estaba dándole la espalda, con las manos sobre los planos en el tablero de dibujo y la cabeza inclinada. Kathy tuvo que acercarse a él-. Reid -repitió-, se trata de lo que acaba de pasar cuando...

-Cuando te besé -terminó por ella al volverse, apoyado contra el tablero de dibujo y con los brazos cruzados-. No es ninguna novedad. Te he besado más veces...

-¡Pero no delante de alguien!

-¿Y? -alzó una ceja-. No pude dominarme. Había algo en ti...

-sí, yo acababa de ganar una batalla y decidiste demostrarme a mí... y a los hombres... que tú eres el jefe.

-No soy tan machista, Kathy -objetó con los ojos iluminados por la risa-. Puedo tolerar una derrota cuando no tengo razón, cuando tu idea es mejor que la mía... Bueno, eso sí es una novedad, ¿no? -terminó quedo.

-Yo... -calló de repente. ¿Era una novedad? Tuvo que admitir que sí. Durante toda esa mañana, se habían tratado como iguales. Eso no había sucedido nunca en el calor de la isla, ni en los días fríos de Nueva York.

-Yo... -lo intentó de nuevo, pero las palabras que .quería decir quedaron retenidas en su garganta.

-¿Te resulta tan difícil creerlo, Kathy? -sonrió con los labios un poco torcidos. -¡Sí!

-Quizá eso explique por qué te besé.

-No debiste hacerlo delante de todos -insistió-. ¡No en público!

-¿Por qué no?

-Yo... -movió la cabeza intentando ser sincera, 'deseando encontrar una sinceridad tan real como la de Reid-. Creo... -movió las manos con nerviosismo-, creo que algo así frente a un público, incluso aunque sea en broma, es más de lo que puedo tolerar en este momento.

-¿Por qué?

-Porque... -tenía las manos congeladas y la mirada intensa de Reid la quemaba-... porque tú y yo nunca fuimos... excepto en las islas, antes de que llegáramos a Curazao.

-¿Antes de que nos casáramos?

-0 poco después. Si hubiera sido sólo una aventura sentimental, si me hubieras dejado allí...

-No podía hacer eso.

-¡Debiste hacerlo! ¡Todo terminó... todo lo bueno! -se estremeció y se frotó las manos para calentárselas-. ¿Tenemos que hablar de esto

ahora?

-Supongo que no -contestó-. Tienes frío y yo también.

Pero la mano de Reid no estaba fría cuando tomó la de Kathy. El contacto la quemó, igual que lo había hecho su mirada.

-Reid... -alejó la mano y levantó la vista justo a tiempo para ver que él se tambaleaba y sólo tuvo un instante para evitar lo peor de la caída.

Se desplomaron entrelazados. Kathy quedó de rodillas y apoyada en Reid. Luchó un momento hasta que logró colocar una mano detrás de la cabeza de él.

¿Reid, el hombre invencible y siempre controlado, así?, se preguntó todavía de rodillas y escudriñándole el rostro. ¿Reid sin expresión, con los ojos en blanco? Le tocó la frente y la sintió muy caliente y sudorosa. Inmediatamente se puso de pie para ir en busca de ayuda.

-Le pasa a veces -explicó la tía Margaret demacrada, preocupada, después de que la conmoción inicial terminó y estaban solas en la casa-. Es un tipo de fiebre que le contagiaron en África.

Kathy asintió y se acercó al fuego para calentarse un poco. Ese asunto no tenía sentido; ni Reid, ni los sentimientos que ella le profesaba, y no era normal que ella quisiera estar a su lado. Reid podía haber muerto en el transcurso de los últimos ocho años y ella no se habría enterado... a menos que, por casualidad, hubiera leído algo en los periódicos o la tía Margaret se lo hubiera dicho. Confusa, Kathy movió la cabeza. ¿Por qué sentía la necesidad de ser una esposa abnegada y cariñosa...? En ese momento se oyó la sirena de la ambulancia que iniciaba el camino tortuoso hacia Bennington.

-No es paludismo, no es fiebre amarilla... -aseguró la tía Margaret mientras se frotaba sus manos arrugadas-. Me lo dijo una vez, pero lo he olvidado... ¡Sin embargo, puedo llamar a Gregory!

Gregory, pensó Kathy cuando la tía se acercó al teléfono. ¿Seguía él trabajando para Reid después de tantos años? Por lo visto, el pasado regresaba para vengarse y con dos fantasmas: uno la causa y el otro el testigo de lo mucho que ella había sufrido.

-Greg te cuidará mientras yo no esté -anunció Reid una noche, cuando Kathy se enteró de que él planeaba abandonarla.

Después la joven comprendió que Reid había tratado de prepararla. Se trataba del negocio de la familia y de las construcciones en África y en el Lejano Oriente. Él dijo algo de un trato hecho con su padre e intentó explicarle los planes de programación... pero Kathy no escuchó bien. En su confusión sólo preguntó lo que más le interesaba: «¿Cuándo te irás?» «¿Puedo ir contigo?»

-A principios de la siguiente semana y desde luego, no puedes acompañarme -respondió-. Primero estaré en un lugar donde no hay alojamiento adecuado... y, quizás ni siquiera agua potable. Estarías loca si vinieras conmigo y sé que no te gustaría ese lugar.

-¡No si estamos juntos!

-Te equivocas -aseguró, ya que no cedería-. Te quedarás aquí y me esperarás; lo harás, ¿verdad? -preguntó y, antes de que Kathy contestara, la hizo suya hasta que alejó las dudas y los temores de ella.

Esa era la respuesta que Reid daba a todo, Kathy comenzaba a comprenderlo. Reid sólo conocía una manera de resolver los problemas entre los dos: explotar al máximo los lazos físicos que la ataban a él, pero entonces, agregó una arma más a su arsenal: Gregory, al que Reid llamaba Greg.

Gregory era unos años mayor que Reid y llevaba mucho tiempo trabajando para la empresa de la familia. Kathy sabía que Greg era un ayudante del padre de Reid, el austero y remoto Barrett MacAllister.

Durante las largas ausencias de Reid, Gregory cuidaba. a Kathy. El se encargaba de que la existencia solitaria deja joven no tuviera tropiezos; de que todo funcionara bien para que la dama, ociosa, no tuviera preocupaciones. Gregory le organizaba las salidas para ir de compras o de paseo; se encargaba de llenar las horas con distintas actividades; se aseguraba de que ella tuviera suficiente dinero en efectivo, la acompañaba cuando Kathy se sentía muy sola y escuchaba sus quejas con paciencia, pero sin dejar de buscar entretenimientos para mantenerla ocupada.

Kathy sabía que durante esa época no podía esperar ninguna ayuda de los padres de Reid; al señor no lo veía, siempre estaba muy ocupado, y la esposa... Bueno, desde el principio la madre de Reid hizo patente lo que pensaba de su nuera.

-No lo dices en serio -había dicho la señora MacAllister, muy bien vestida y peinada cuando Reid le presentó a Kathy y le dijo que se había casado con ella-. ¿Reid, cómo has podido? -preguntó y sus facciones se tensaron un instante para expresar disgusto-. Esta criatura, una niña de las islas... yo tenía depositadas muchas esperanzas en ti.

-Pero yo tengo mis propios planes -dijo Reid sonriendo. Kathy adivinó que esas palabras no sorprendieron a la señora.

-No cuentes conmigo, no te ayudaré a transformarla para que tenga un aspecto más civilizado.

-Me gusta tal como es -repuso Reid sin dejar de sonreír.

Entonces fue más que suficiente para Kathy. Creyó que todo sería sencillo, que sería feliz al lado de Reid durante el resto de su vida.

Pero cuando Reid anunció que se iba, Kathy comprendió que lo que más necesitaba era un poco de bondad y contacto humano.

Después la tía Margaret apareció en su vida; iba a visitar a Kathy con frecuencia y le llevaba un aire fresco de calidez y bondad, conversación franca y un poco de buen humor.

-Eleonora está furiosa contigo y con Reid -explicó, y sus ojos azules desteñidos parecieron reír-. Tenía grandes planes para él, una boda con una chica de sociedad... El caso es que los MacAllister no somos de la alta sociedad. Nos dedicábamos al comercio. Mi padre y mi hermano, el abuelo de Reid, establecieron la firma y tuvieron que ganarse la vida con su trabajo. Eleonora, desde luego, era de una familia adinerada... -calló para reír y Kathy comenzó a reconocer y a disfrutar esa risa-. Pero es una criatura fría e insensible y quería una nuera parecida a ella, por eso Reid se casó contigo -la tía Margaret volvió a callar y luego a reír-. Tú, querida, eres ideal. ¡Salvarás a Reid y yo estoy feliz!

Kathy también se sintió feliz. En una sola tarde la tía Margaret le dio luz a su vida y se convirtió en su amiga y aliada. Hizo que Kathy comprendiera que no estaba del todo sola dentro de la familia, extraña y fría, de Reid. Pero lo mejor de todo fue el hecho de que la tía Margaret dijera que ella era ideal para Reid, que lo salvaría...

Pero su marido casi nunca estaba en casa y ella se sentía muy sola. Gregory, era el único eslabón que la unía a Reid; de hecho, parecía que Gregory, también era el único eslabón que la unía al mundo.

-No puedes enviarle cartas por correo -explicó Gregory la primera vez que Kathy le pidió que enviara su correspondencia-. Tarda semanas en llegar, si no se pierde en el camino... Cada vez que yo vaya a ver a Reid me darás lo que quieras enviarle.

De modo que Gregory fue el eslabón, nunca el amigo. Al principio, Kathy era muy consciente de que Gregory era un empleado de confianza de Barrett MacAllister, y parte del plan para mantener a Reid alejado de Kathy. Después, cuando Gregory comenzó a llevarle muestras de la crueldad de Reid, Kathy descubrió que odiaba al mensajero...

Ya no lo odiaba y si Gregory iba a Vermont y se encontraba con él... bueno, podría soportarlo. Los años en que Gregory fue el portador de verdades dolorosas habían desaparecido. Por fortuna, esa etapa en la vida de Kathy había terminado.

-No lo puedo creer. ¡Tú aquí! Hablo todos los días con Reid por teléfono y no me ha dicho nada...

Los ocho años lo habían cambiado... los habían cambiado a todos, pero más a él.

-La tía Margaret me pidió que viniera -le dijo Kathy a Gregory-. Como sabe que me dedico a la restauración me llamó después del incendio de la iglesia... yo estoy dispuesta a hacer lo que sea por ella.

-Pero... dadas las circunstancias -comenzó Gregory con lentitud y recelo-. No creí que tú... correrías el riesgo... de...

-¿De ver a Reid? La tía Margaret creyó que él no se presentaría.

-El decidió venir -Gregory parecía disgustado con su jefe, siempre imprevisible y caprichoso-. A veces abandona de improviso un proyecto y se viene aquí. Decide las cosas de manera repentina y por supuesto, no me avisa. Viene a ver a la señora y a descansar. Pero el que haya venido esta vez, estando tú aquí -continuó Gregory todavía irritado-. ¡No imagino nada peor para ti!

-Sobrevivo -intercaló Kathy a secas-. Ahora los dos somos adultos y nos es posible convivir de manera racional.

-No imagino cómo -refutó Gregory-. Después de lo que ocurrió al final...

Conmocionada, Kathy deseó que él no continuara. Ella había enterrado los recuerdos.

-Eso ya pasó, Gregory -agregó más animada-. Sucedió hace mucho tiempo y puedo asegurarte que ya no es un problema.

-¡No veo cómo! -Gregory frunció la frente y Kathy supuso que él tenía una gran preocupación-. ¿Habéis hablado de eso?

-Por supuesto que no -le aseguró y logró reír-. No tenemos la intención de revivir el pasado, ya te lo he dicho.

-Sí, pero... Es difícil creerlo. Después de todo, la situación no quedó aclarada, no resolvisteis vuestro problemas...

-¿Te refieres al divorcio, a la falta de ese papel? -preguntó en tono mundano-. No he necesitado ese tipo de libertad y supongo que Reid tampoco. Estando legalmente casado no corre el peligro de caer en las garras de alguna tigresa.

-De todos modos... -insistió Gregory, y Kathy se preguntó con qué quedaría satisfecho-. Debes aceptar que el asunto es peculiar... el que los dos estéis aquí trabajando juntos... ¿Por qué no me ha dicho nada?

-Lo ignoro, Gregory -Kathy se encogió de hombros y se puso de pie-. Si quieres saberlo, pregúntaselo a Reid porque yo no tengo la menor idea -llegó a la puerta y se volvió para agregar-: No pienses que hay algo entre nosotros, porque no es así -anunció convencida-. Siento que esté enfermo, soy lo bastante humana para preocuparme por su salud, pero me alegro porque no tendré que verlo mientras esté en el hospital.

Sin Reid la vida de Kathy volvió a la normalidad. Estaba ocupada, trabajaba todos los días en la iglesia, se reunía con los grupos de

voluntarios, estudiaba lo que había sobrevivido de los archivos de la vieja iglesia.

Finalmente aceptó que no era lo mismo; aunque Reid no se hubiera presentado, ese trabajo era diferente. No se alojaba en un hotel, como cuando trabajaba en otros proyectos, aquí vivía en casa de una amiga y se sentía como un miembro más de la comunidad.

Igual que en el pasado, Gregory fue el mensajero. El se alojó en lo que fue la alcoba de Reid e iba al hospital todos los días.

Al parecer, nada había cambiado, excepto el papel de Kathy, pero se repetía el mismo drama. Gregory ya no tenía que buscar cómo entretenerla. Kathy trabajaba y los mensajes que Gregory llevaba y traía eran muy diferentes.

-¿Qué es todo esto? -preguntó Kathy al día siguiente del desmayo de Reid, cuando Gregory le dio el primer fajo de papeles. Con recelo, revisó las notas, diagramas e instrucciones, todo con la letra angular y precisa de Reid-. ¡No me lo digas! -levantó la cabeza para mirar a Gregory-. ¡Ya da órdenes!

-Se siente mucho mejor -aseguró Gregory sin notar la ironía en la voz de ella-. Está impaciente por salir del hospital.

-No está aquí, pero se asegura de que no lo olvidemos -comentó al ver otra vez los papeles que Gregory le entregaba.

-No quiere que la obra se detenga.

-Me parece bien -aceptó los papeles-. Cuanto antes terminemos con eso, será mejor, así podré regresar a casa y olvidarme de él.

Mientras estudiaba los documentos se dijo que no sería tan fácil. En los diagramas y en la letra angular había algo; eran el testimonio de la fuerza y el poder del hombre que el día anterior se había desplomado.

Cuando Gregory anunció que Reid saldría del hospital al día siguiente, Kathy decidió que era el momento de que ella regresara a Providence.

Mientras se alejaba, Kathy pensó que estaba tomando el camino de los cobardes. Su comportamiento era irracional porque al huir de Reid sólo estaba retrasando lo inevitable. Le gustara o no, ella tendría que tolerar la presencia de Reid en su vida.

Pero aún era pronto. Necesitaba un poco de tiempo y... un poco de espacio. Se tranquilizó cuando la región montañosa dio paso a una carretera menos peligrosa. Se alegró porque estaba más cerca de su casa, del mundo civilizado y bien ordenado que se había forjado en Providence. Necesitaba pasar algunos días en la oficina y la tranquilidad de una rutina normal; necesitaba a Malcolm; al menos, eso quería creer.

Capítulo 9

N0 me lo digas! -Malcolm se detuvo al verla en la oficina-. Supongo que sería mucho pedir que no volvieras a irte. -Temo que sí. Todavía tengo mucho trabajo allí, sólo me he tomado un descanso.

-Entonces, ¿el amo lo tiene todo controlado? -preguntó Malcolm con aspereza-. Es uno de esos tipos a quienes les gusta esclavizar a los demás, no me impresionó.

-Bueno, sí... -Kathy se estremeció-. Pero no hablemos de él -agregó con compostura-. ¿Hay mucho trabajo? ¡Soy toda tuya!

Cuando Kathy terminó el primer asunto que Malcolm le asignó, pensó con alegría que sus últimas palabras eran ciertas. Ella debía estar con Malcolm, no con Reid... en el mundo ordenado de su jefe. Había olvidado cuánto le agradaba Malcolm y desde luego, Reid era el culpable.

-Tuviste una llamada -le informó Luce esa tarde cuando Kathy regresó al apartamento-. Me despertó esta mañana de un sueño profundo para preguntar: «¿Dónde diablos está?» Ningún saludo, ningún comentario y yo, por supuesto estaba medio dormida.

-Reid -murmuró Kathy resignada y Luce asintió.

-Sí. ¿Quién es él? Tiene una de las voces más sensuales que he oído, pero tú no eres exactamente su canción favorita.

-Lo sé -dijo Kathy con cautela-. ¿Qué quería?

-En primer lugar, hablar contigo -explicó Luce-. Y después, pedirme que te dijera que más te vale regresar allí el sábado por la mañana. Dile que va a ser un día de mucho trabajo. ¿Trabajáis los dos en la iglesia de tu tía?

-Sí, pero no es mi tía, es tía de él.

-Él habla como si te conociera muy bien --comentó Luce pensativa-. Dijo que tenías la costumbre de huir y yo le dije que yo no diría eso, que llevas años viviendo aquí, pero... -se encogió de hombros y miró a Kathy con los párpados entrecerrados-, él piensa de manera diferente.

-¡Por Dios! -Kathy se volvió con las mejillas encendidas.

-¿Qué hay entre vosotros dos?

-Nada -respondió Kathy sin convicción-. Ese hombre haría cualquier cosa para salirse con la suya y debe estar furioso porque he venido a ayudar a Malcolm unos días.

-Ah, Malcolm -comentó Luce con desdén-. Ese hombre parece más interesante que el insípido de Malcolm. ¿Es apuesto?

-Creo que sí -concedió Kathy con voz ahogada, mientras se deslizaba la blusa por la cabeza-. Al menos es bastante alto para ti.

-¿Moreno y muy apuesto? -insistió Luce, esperanzada-. ¿Y bastante

rico como para mantener a una artista con pocos recursos?

-Extremadamente rico -respondió Kathy-. Eso es parte de su problema, siempre obtiene lo que desea. Está muy mimado.

-Puedo perdonárselo -decidió Luce sonriendo-. Siempre y cuando no le moleste mimarme a mí. ¿Hay alguna posibilidad de que yo conozca a ese dechado de virtudes?

-No la hay -anunció Kathy. Reid estaba en Vermont y la vida de ella estaba ahí. Esperaba no volver a verlo.

Mientras tanto se dedicó a su rutina normal. El viernes tendría que regresar a East Hawley, pero no por Reid.

Como Malcolm sabía que Kathy se iría el viernes la invitó a cenar el jueves.

-Me gustaría que te quedaras -Malcolm rompió el agradable silencio-. ¿Cuándo volveré a verte?

-Regresaré después del próximo fin de semana -indicó Kathy y deseó que Reid no impidiera que ella cumpliera su palabra-. Dame el fin de semana porque tengo que estar allí para el trabajo del sábado, pero después de eso...

-Después de eso, ya se le ocurrirá algo a MacAllister para mantenerte en detrimento mío. Es posible que lo haga con premeditación. Quiere toda tu atención y que trabajes sólo para él.

Kathy sabía que no era tan sencillo y deseó que Malcolm olvidara el asunto; él no podía imaginar cuál era la situación entre Reid y ella.

Kathy era la única culpable porque había enterrado la vida que compartió con Reid fingiendo que nunca había ocurrido, y lo hubiera logrado si la iglesia de East Hawley no se hubiera quemado, si la tía Margaret no le hubiera pedido ayuda y, sobre todo, si no hubiera vuelto a ver a Reid...

-Todo volverá a la normalidad -murmuró Kathy decidida a convencer a Malcolm-. Verás, no será por mucho tiempo.

-De cualquier manera, no me gusta -se quejó Malcolm-. El significa problemas. No es como nosotros, es grosero y burdo y no tiene principios. No me gusta que pases tanto tiempo a su lado.

A ella tampoco le gustaba que Malcolm dedicara tanto tiempo a hablar de Reid.

Al terminar de cenar, Malcolm acompañó a Kathy a su apartamento, pero antes de que ella abriera la puerta Luce abrió desde adentro y dijo:

-Menos mal que no ha subido... -calló al ver que Malcolm sonreía-. Hola, Malcolm. Kathy, tienes visita.

Kathy vio a Reid detrás de Luce.

-No puedo creerlo. ¡No puedes estar aquí!

-Estoy -contestó Reid mientras Luce se hacía a un lado.

Luce seguía sonriendo y Kathy volvió a enmudecer al pensar que Reid era muy alto y lleno de vida. El empequeñecía el vestíbulo y Malcolm parecía más bajo a su lado.

-Bien, Kathy -comenzó Malcolm, negándose a estrechar la mano que Reid le extendía-. Creo que debo marcharme.

-Sí... yo... por supuesto -tartamudeó incrédula y deseó que su jefe desapareciera cuando intuyó que él pensaba besarla. Cerró los ojos cuando Malcolm la besó en los labios.

-Buenas noches, querida -se marchó, sin molestarse en mirar a Reid.

-Parece que me ha puesto en mi lugar -comentó Reid, sonriendo-, pero no importa.

-¡Tú! ¿Qué haces aquí? -su voz sonó débil.

-Estaba esperándote -declaró lo que era evidente y se alegró porque comprendió que había logrado desconcertar a Kathy.

-Eso ya lo sé -aseguró con un poco más de serenidad porque el enfado acudió en su ayuda-. ¿Por qué?

-Esta mañana tuve que hacer un viaje rápido a Nueva York y a mi regreso decidí detenerme aquí. Mañana podremos irnos juntos a Vermont.

-No me iré contigo -declaró decidida, ignorando la presencia de Luce, que mostraba mucha curiosidad-. Iré en mi coche.

-No lo harás -advirtió con su acostumbrada autoridad-. Ha nevado mucho y mañana por la noche nevará aún más. Vendré por ti a mediodía.

-No podrás hacerlo -improvisó después de mover la cabeza-, le prometí a Malcolm que trabajaría con él hasta las cuatro -era mentira, pero le daría tiempo para iniciar el trayecto sola, haría cualquier cosa por no viajar con Reid-. No podré irme a esa hora.

-Mal asunto. Tendrás que dejar solo al querido Malcolm -se dispuso a salir, pero se detuvo un momento para mirarle el rostro. Kathy tenía los párpados entrecerrados porque temía que su expresión pudiera revelar algo-. Y no se te ocurra irte antes de que yo venga.

-No podrás detenerme.

-Cierto -aceptó y esbozó una sonrisa-, pero si lo intentas, pagarás el precio antes de que termine este fin de semana-. ¿Por qué no te portas bien, cariño? -sugirió-. Será mucho más fácil para todos... y hay otra cosa... -sin previo aviso se acercó a ella, la abrazó y bajó la cabeza para capturar sus labios-. Así es como deben besarte -aseguró con la boca a pocos centímetros de la de ella-. No como lo ha hecho ese bacalao de Malcolm. Eres demasiado vital para un hombre como él.

De pronto, Reid desapareció y Kathy oyó que Luce exclamaba:

-¡Delicioso, ése es el hombre que te conviene!

-No lo es -logró contestar-. ¡Lo odio y no hablaré de él, digas lo que digas!

-¿Cómo estás? -preguntó Kathy cuando salieron de Providence en avión. ¿Te sientes mejor?

-¿Lo preguntas por cortesía? -preguntó Reid-. ¿0 realmente te importa?

-No me gustaría que volvieras a desmayarte, al menos no antes de que pisemos tierra firme.

-Chica despiadada...

-Soy realista -corrigió con cuidado-. No sé volar.

-Y yo no sé si estás de broma o hablas en serio; de cualquier modo, me alegro de que hayas venido conmigo. ¿Te alegras tú?

-Sabes que no -respondió sin el enfado que a menudo mostraba cuando hablaba con él.

Reid se había presentado en el apartamento dos horas antes de lo que había dicho. Apareció casi en el último momento, cuando ella estaba a punto de meter la maleta en el coche para irse.

-Es una equivocación -le dijo a Reid-. Los dos estaríamos mejor si nada de esto hubiera ocurrido.

-¿Nada? -preguntó él con énfasis-. Hemos vivido experiencias maravillosas... los primeros días en el barco, nuestras riñas por tus arcos...

No era eso lo que ella esperaba oír.

Dentro de la cabina del avión, el motor sonó más fuerte cuando Reid ajustó los controles. El avión ganaba altura, subían para adentrarse en el cielo. Kathy sabía que en algún punto a su izquierda el sol comenzaba a ocultarse.

El mundo parecía frío y sin vida y Kathy se estremeció. Vio un pequeño pueblo en un valle y luego algunas colinas. Había nieve en el aire y ella volvió a estremecerse.

-¿Tienes frío? -preguntó Reid.

-Pensaba en el frío que debe hacer allá abajo -movió la cabeza-. ¿Ya estamos volando sobre Vermont?

-Enseguida -respondió; en ese momento el motor pareció detenerse.

-¿Qué pasa? -murmuró Kathy con cautela.

Reid no contestó. Estaba muy concentrado accionando los mandos en el tablero. Luego, llamó por radio y dijo unas palabras que Kathy no escuchó. Finalmente, Reid se dirigió a ella.

-Tenemos que aterrizar -le informó sin mirarla. Tenía la vista fija

en la tierra, con los ojos muy atentos para ver a través de la nieve-. Busca por tu ventanilla un terreno despejado.

Sin decir nada, ella comenzó a buscar.

Fue Reid quien encontró el lugar en el bosque.

-Creo que es un estanque -le informó-. Quizá sea lo bastante largo.

-¿Nos estrellaremos?

-No, si puedo evitarlo.

Kathy sabía que Reid era el hombre que se necesitaba en una crisis. Era competente, muy sereno, siempre meditaba antes de actuar para saber qué tenía que hacer y lo hacía...

Kathy obedeció, se ajustó el cinturón de seguridad, esperó con la vista fija en sus manos y oyó los últimos sonidos del motor. Luego sintió una sacudida y después no hubo nada hasta que la voz de Reid ocupó el vacío.

-Kathy, ¿estás bien?

¿Lo estaba? No tenía la menor idea.

-¿Estamos vivos? -logró preguntar y oyó la risa de Reid.

-Por supuesto. Mira dónde estamos.

Kathy miró a Reid que parecía estar bien vivo. En ese mundo gris, negro y blanco, él era de colores brillantes.

-Supongo que sí estamos vivos -logró decir riendo y nerviosa-. ¿Estás herido?

-Sólo esto, creo -se tocó una herida en la frente-. ¿Y tú?

-No estoy segura -con cautela se tocó, movió los brazos y piernas, los dedos de las manos y los pies. Respiró hondo y movió la cabeza-. Estoy bien.

En ese momento lo único que importaba era que estaban vivos.

-Qué vamos a hacer, ¿esperar a que vengan a ayudarnos? -preguntó Kathy.

-Hoy no vendrán a buscarnos.

-Pero los llamaste por radio. Les dijiste dónde estábamos, ¿no?

-Sí, pero nadie vendrá hoy a buscarnos. Pronto caerá la noche y habrá ventisca.

-¿Esperaremos dentro del avión? -preguntó ella decidida a ser práctica-. Debe hacer mucho frío.

-Muchísimo -aceptó Reid, muy serio-. Cuando bajamos, me pareció ver una construcción a un lado del estanque, por allí -señaló y verificó el compás del tablero de control-. Creo que hacia el sur. Iré a ver si la encuentro; podríamos esperar allí hasta que el clima mejore. De lo contrario, construiré un refugio y trataré de encender una fogata -cogió su chaqueta y un par de guantes de cuero y se los puso-. Espérame aquí, regresaré pronto.

-No me quedaré sola y tú no te irás solo -protestó indignada-. Podrías romperte una pierna, desmayarte o...

-Estaré bien.

-No me arriesgaré. Tú me metiste en esto -lo acusó-... de modo que no pienses... -se puso su chaqueta, sus guantes y su bufanda-. No permitiré que te vayas solo.

-Por favor -pidió-. Tengo que encontrar un lugar para resguardarnos antes de que oscurezca y tú me retrasarás.

-No lo haré.

Sin esperar respuesta, abrió la puerta del avión; sintió que la nieve le quemaba el rostro. Rechinando los dientes siguió a Reid y se obligó a caminar deprisa detrás de él. Kathy tenía que dar dos pasos por cada uno de los de él y a veces, perdía el equilibrio sobre la profundidad de la nieve.

Reid se detuvo junto cuando ella empezaba a pensar que jamás encontrarían la construcción que Reid dijo haber visto desde el aire.

-Aguanta un poco más -indicó Reid y el aullido de la tormenta casi ahogó sus palabras-. Ya puedo verla.

Kathy asintió sin hablar, también había visto la sombra oscura y rectangular sobre algunos árboles. Pensó que era una cabaña y no dejó de creerlo mientras se acercaban.

Era una cabaña pequeña, mal construida; las ventanas estaban protegidas con tablones y la puerta asegurada con un buen candado. ¿De qué les servía si no podían entrar?, se preguntó Kathy. Se mantuvo quieta con el rostro lleno de nieve y con frío hasta los huesos mientras Reid usaba una rama gruesa para arrancar el broche del candado de la madera.

-Ven -gritó cuando entreabrió la puerta-. Entremos.

Kathy lo siguió.

-¿Lo ves? -preguntó complacido y ella sintió que él la abrazaba y que le abanicaba la mejilla con su aliento cálido-. Lo hemos logrado.

-Sí -murmuró entumecida; tenía el rostro tan frío que creyó que se le rajaría si trataba de sonreír-. Justo a tiempo.

-Debemos hacer algo para recobrar el calor.

Reid encontró una lámpara de queroseno, la encendió y con eso proporcionó, al menos, la ilusión de calidez. Emitía una luz dorada que les permitió inspeccionar lo que los rodeaba.

-No está mal -comentó Reid mientras observaba la habitación-. Tenemos una estufa y un poco de leña... una linterna.. comida enlatada... café...

-También un baño -agregó Kathy animada, después de abrir la puerta en el otro extremo de la habitación-. No es muy moderno -le

comunicó a Reid-, pero cuando la naturaleza acecha es preferible.

-Por cierto...

-¿Qué, la llamada de la naturaleza? -preguntó ella, ahogando la risa.

-No. Necesitaremos más leña y he visto un depósito afuera, espera aquí mientras traigo más.

-Pero... -Reid no hizo caso, dejó a Kathy sólo con la compañía de la frágil lámpara de queroseno.

No fue por mucho tiempo. Reid regresó pronto con los brazos llenos de leña, la dejó caer y se quitó la nieve de los zapatos. Kathy abrió los ojos, repentinamente consciente de sus sentimientos hacia Reid. Habían compartido algo importante, esos momentos interminables, la caminata en medio de la tormenta antes de encontrar la cabaña. Habían compartido todo eso y él...

-¡Me has salvado la vida!

-No seas tonta, Kathy -respondió con voz amable-. La situación no ha sido tan peligrosa.

-Hemos podido perder la vida -reclamó mientras él encendía la vieja estufa de hierro forjado-. De no haber podido aterrizar sobre el hielo y de no haber encontrado este lugar...

-Ya estamos bien o lo estaremos cuando haya un poco de calor -se enderezó y observó-. Esta cabaña parece un colador, de todos modos...

-A caballo regalado no se le mira el diente -expresó Kathy y como contestación recibió una sonrisa irónica.

-Te estás portando muy bien a pesar de las circunstancias. Después de todo, yo te metí en este lío.

-También me sacaste de él -le recordó. Reid se alejó del fuego y fue a coger algo de ropa de una percha.

-Toma y póntelo -le dijo, dándole una bata de franela-. Tenemos que cambiarnos. Ponte frente a la estufa -sugirió antes de alimentar el fuego con más leña.

-¿Y tú?

-Aquí hay unos pantalones y una camisa.

Kathy se preguntó si él también pensaba cambiarse y se le secó la boca. ¿Se quitaría él su ropa mojada a la luz dorada de la lámpara?

-No quiero... -habló con torpeza, aferrada a la bata-. Es decir... ¿Podría cambiarme en el baño? -preguntó.

-No seas tonta, Kathy -habló con brusquedad-. Si te preocupa que te mire, te aseguro que no lo haré... aunque no tiene importancia -agregó cuando ella se acercó a la estufa-. Recuerda que te he visto desnuda muchas veces.

-Eso fue hace mucho tiempo -refutó, en tanto se quitaba la ropa

titubeando y oía que él se cambiaba a sus espaldas.

-No te preocupes. En este momento lo único que me importa es que estemos secos.

Kathy maldijo a Reid cuando pisó el dobladillo de la bata al echar a andar. Volvió a tropezar y soltó una maldición; luego escuchó la risa de Reid.

-Date por vencida, Kathy -le aconsejó-. Eres una amenaza cuando caminas. Vete a sentar y deja que yo prepare la comida.

A Kathy le pareció extraño ver que él se desplazaba con seguridad en la habitación. ¿Cómo podía comportarse con normalidad en una situación tan extraña? Trató de comprender por qué todo le resultaba tan familiar, tan parecido a los mejores momentos. Se inclinó un poco más hacia el fuego y recordó las noches que pasaron juntos en el barco. De pronto, Reid volvió a ser el hombre que había sido ocho años atrás.

Kathy sintió miedo de estar a solas con Reid.

-¿Cuánto tiempo calculas que tendremos que quedarnos aquí? -preguntó cuando terminaron de comer.

-Es difícil saberlo -respondió Reid-. Depende mucho de la tormenta, porque nadie saldrá hasta que termine. Y depende mucho también de nuestra ubicación.

-¿No sabes dónde estamos?

-No con exactitud -se encogió de hombros-. En algún lugar cerca de la frontera del estado; al noroeste de Massachusetts o al sur de Vermont.

-Pero...

Calló, presa del pánico. Si él no lo sabía, ¿cómo lo sabrían otros? Y si nadie lo sabía, ¿cuánto tardarían en encontrarlos? ¿Cuánto tiempo estaría sola con Reid en esa cabaña aislada de la civilización?

Capítulo 10

AL parecer, la situación era peor de lo que había pensado.

-Pero alguien debe saber dónde estamos -declaró en tono positivo-. ¿No les diste nuestra ubicación por radio?

-Sí, pero puede que tuviera algún error de cálculo. Además, después de eso estuvimos en el aire un tiempo y recorrimos cierta distancia.

-¿Por qué no usaste la radio otra vez? -preguntó con mirada acusadora-. Pudiste darles nuestra nueva ubicación.

-Recuerda que estaba tratando de aterrizar. Tranquila, Kathy -extendió la mano para tocar la de ella y sonrió cuando ella lo rechazó-. No corremos peligro. Tenemos refugio, bastante leña y comida. Podríamos aguantar hasta la primavera.

-¿Hasta la primavera?

-No creo que lleguemos a eso y ojalá tengamos que quedarnos sólo unos pocos días.

-Pocos días -repitió acongojada-. No podemos, yo no puedo... no tengo tiempo.

-El mundo no se acabará -expresó conn toda la razón y calló para observarla con los párpados entrecerrados-. A menos que no toleres la idea de estar a solas conmigo unos días.

-Preferiría no tener que hacerlo, ya lo sabes.

-Lo sé mejor que nadie, pero pensé... -titubeó sin dejar de observarla-... que dadas las circunstancias...

-Las circunstancias no cambian nada.

-Piensa en la alternativa -le aconsejó-. Estoy seguro de que pasar unos días a solas conmigo es mejor que estar muerta.

-Sólo un poco mejor -aceptó con los dientes apretados y, a pesar de las sombras, notó el breve brillo en la sonrisa de él.

-Esto está mejor, va de acuerdo con tu personalidad -comentó complaciente-. Hace un rato, cuando dijiste que te salvé la vida, me pusiste nervioso. La gratitud nunca fue tu estilo, salvo al principio, claro...

-¿Qué estás haciendo? -lo interrumpió. No quería hablar del principio.

-Estoy preparando un lugar para dormir -explicó él con pocas palabras.

-¿Qué tienen de malo las literas?

-Están muy lejos del fuego. Es evidente que esta cabaña se construyó para usarla los veranos. No está protegida contra el frío alló para bajar los colchones de las literas y colocarlos dentro del círculo

de la luz, junto a la estufa. Los alineó con cuidado, uno al lado del otro-. El aire frío se filtra por todas partes, de modo que dormiremos junto al fuego.

-Quizá tú... -recelosa vio que los dos colchones juntos daban la anchura de una cama matrimonial. Reid estaba loco si pensaba que dormirían así, tan juntos-. Yo usaré una de las literas, estaré bien.

-En este momento es fácil decirlo -regresó al círculo de luz-... pero ya cambiarás de opinión.

-No dormiré en el suelo -le informó, se puso de pie y caminó para reclamar una de las literas que todavía tenía colchón-. Aquí estaré muy bien.

-Como gustes -se encogió de hombros y colocó uno de los colchones sobre el otro antes de avivar el fuego-. A pesar de haber crecido en el trópico, aguantas muy bien el frío.

-Llevo ocho años viviendo en Nueva Inglaterra -le recordó Kathy mientras hacía un nido acogedor con las mantas-. Estoy acostumbrada al frío.

-Es posible que sea eso lo que te gusta -comentó pensativo mientras colocaba unos leños junto al fuego para que se secaran-. Un mundo frío y conveniente, donde no cabe la espontaneidad, donde no necesitas arriesgarte.

-Sólo porque no he querido acostarme contigo...

-Hasta el punto de que prefieres congelarte a compartir el fuego conmigo -recalcó sonriendo-. Sí, eso es una parte del asunto. Otra parte es el querido Malcohn.

-No tengo por qué escuchar eso -reclamó-. Iré al baño y luego me acostaré.

-¿Quieres la linterna?

-¡No! -no deseaba nada de Reid, ni su ayuda ni sus opiniones.

En el baño hacía mucho más frío, por lo que se apresuró a regresar a la calidez y luz de la habitación, pero se volvió a pisar el dobladillo.

Kathy tuvo que aceptar que en la litera no se estaba más caliente. Sintió más frío cuando Reid apagó la lámpara. La oscuridad era casi total. Kathy se-estremeció, oyó el aullido del viento y los pequeños sonidos que Reid hizo al acostarse.

Hacía mucho frío, el aire helado se filtraba por los agujeros de la madera que parecían túneles en miniatura.

Se arropó más con las mantas y se cubrió el rostro.

Durmió un rato; cuando despertó tenía más frío y comenzó a temblar. No podía seguir así, de modo que decidió ir a sentarse junto a la estufa. Se envolvió con una manta y se acercó al calor con la esperanza de que Reid no despertara y de que ella pudiera...

-¡Maldición! -un dedo de su pie tropezó con algo rugoso y su hombro golpeó un borde duro-. ¡Ay!

-¿Qué diablos...? -oyó la voz de Reid-. ¿Kathy? -encendió un fósforo-. ¿Qué haces?

-Quiero acercarme a la estufa -le contestó, la boca le temblaba.

Reid soltó una maldición y encendió la lámpara de queroseno. Kathy cerró los párpados cuando la luz dorada se encendió y los mantuvo cerrados hasta que sintió que Reid la abrazaba.

-Estás congelada -admitió, le tocó una mejilla-. Pareces hielo.

-Lo sé.

-¡Tonta! ¿No tienes una pizca de sentido común? -la acostó en la cama que él había preparado-. Avivaré el fuego.

Enmudecida, Kathy vio que ponía más leña y que cerraba la puerta de la estufa.

-Eso mejorará el ambiente. ¿Quieres que caliente un poco de café o sopa?

-No -logró decir y musitó las siguientes palabras-,sólo quiero entrar en calor.

-Tonta -repitió y la miró con furia-, ¿por qué te negaste a venir a mi cama? Debiste pensar que, en estas circunstancias, no iba a seducirte.

-Lo la... lamento.

-Debes lamentarlo -suspiró y se pasó la mano por su cabello-. Ha sido un día largo, Kathy.

-Lo sé -aceptó sintiéndose decepcionada porque volvió a estremecerse.

-Debiste ser más sensata -Reid. se mantuvo de pie, enfadado hasta que se encogió de hombros y la sorprendió al sentarse a su lado-. Lo creas o no, soy un hombre normal -murmuró mientras le frotaba un pie para que la sangre comenzara a circular mejor-. Después de la caminata de esta tarde, yo no estaba de humor para las acrobacias del sexo. Quería dormir y supuse que tú también, pero sabía que estaríamos más calientes si dormíamos juntos.

-Tenías razón -aceptó arrepentida, pero sin mostrar la misma emoción que antes. Se dio cuenta de que ya no temblaba tanto. Definitivamente, estaba entrando en calor y el pie que él le estaba frotando había dejado de dolerle-. Sé que fui muy tonta, pero me pareció importante...

-Establecer tu punto de vista -terminó por ella y comenzó a frotarle el otro pie. Los cuidados repentinos la desarmaron porque Reid le transmitía calor con las manos y con la intimidad de ese momento-. Eres muy testaruda -continuó tranquilo-. Tratas de dominar tus

emociones, y si encima te relacionas con alguien tan frío como Malcolm...

-No nombres a Malcolm -no pudo mostrar el enfado que casi siempre le daba fuerza a sus riñas con Reid.

-Me gustaría hacerlo, pero estás demasiado cansada para discutir. ¿Te sientes mejor? -al ver que ella asentía sonrió y le soltó el pie-. ¿Por qué no te duermes, pero no en la litera.

-Está bien -obedeció, se acostó y contuvo el aliento mientras él la envolvía con las mantas y se disponía a dejarla sola-. ¿Y tú? -se atrevió a preguntar.

-Buena pregunta -aceptó sonriendo-. Pondré más leña al fuego y...

-Puedes acostarte aquí -sugirió con timidez-. No quiero que te congeles.

-¿Estás segura?

Ella estaba muy segura, y más aún cuando él se acostó a su lado y la abrazó para darle el calor de su cuerpo. Kathy pensó que, por primera vez en ocho años, podía confiar en él.

Cuando Kathy despertó había silencio, con excepción del chisporroteo de un leño ardiente. Vagamente, comprendió que la tormenta había pasado. Seguía en brazos de Reid, su, aliento movía el cabello de Kathy. Él seguía dormido, tenía el cuerpo relajado y extendido junto al de ella; así no mostraba rudeza ni enfado. De pronto, Reid se movió y Kathy comprendió que se había despertado.

-Estás despierta -comentó él con voz clara-. ¿Te sientes mejor? ¿Más caliente?

-No sé -murmuró con pereza. Acabó de despertar con movimientos lentos y sensuales, como los de un gato; su cuerpo era flexible al lado del cuerpo duro de Reid.

Era magia, siempre fue magia, y en ese momento, el instinto la hizo moverse. Tenía el cuerpo intensamente vivo y deseaba la magia...

-Eres una incitadora -murmuró Reid, riendo.

Kathy se quedó quieta, se preguntó qué hacía y las palabras hicieron eco en su mente. Sabía que era una locura, una trampa fatal. El poder de Reid sobre ella sería completo y ella no podía permitir que eso sucediera.

-Ya es tarde, así que no te detengas -Reid habló en tono confuso no por el sueño sino por el deseo. Él se acercó más, encontró los labios de ella y le abrió la bata.

-Te gustaría olvidar que esto existe, ¿no? -bromeó, dándole un beso fugaz-. Te gustaría ser tan fría como el querido Malcolm...

-Por favor, déjale en paz.

-Antes de que terminemos estará completamente olvidado -

prometió Reid y su risa retumbó en la oscuridad antes de volver a besarla. Estaba perdida, pero no le importó porque él creaba esa magia para ella. No tuvo más opción que aceptar lo que ocurría; por instinto, su cuerpo se acercó al de él, deseosa de eliminar la distancia que había entre los dos-. Así debe ser -decía él-. Así... sí, Kathy -murmuró.

¿Estaba él igualmente perdido? La idea la emocionó y la animó a manifestarse más.

-Ah... sí -volvió a decir Reid y sin poder controlarse la abrazó con más fuerza-. Esto es maravilloso, Kathy. ¡Dios, no has cambiado!

Kathy comprendió que nada había cambiado. Seguían sabiendo cómo complacerse, cómo acariciar y besar, cómo enloquecerse. Ahí, en la oscuridad tranquila no había necesidad de luz porque recordaban muy bien; exploraron los límites de la sensación y la compartieron dada la intensidad de sus sentimientos.

¿Aún lo amaba? No, no podía ser, no después de tanta furia y dolor; sin embargo, parecía que sí. Fueron muy cuidadosos para dar y recibir el placer; parecía amor y algo más profundo...

Kathy lo deseaba, necesitaba que el fuego de él llenara el vacío doloroso e interminable dentro de ella, necesitaba la satisfacción que sólo Reid podía darle; y Reid se lo proporcionó.

Cuando la tormenta terminó, Reid la abrazó y habló en la oscuridad.

-Siempre ha sido así para nosotros. No podemos negarlo.

Kathy no lo intentaría, los largos ocho años de soledad la habían dejado insatisfecha, pero era evidente que él también sentía lo mismo. Al menos en eso eran iguales.

-Creo que la mayoría de las parejas dirían que esto es suficiente -murmuró Reid, antes de soltarla. Seguía cerca de ella, pero ya no la tocaba-. Dicen que la parte física basta para mantener un matrimonio.

-Quizá para ti -respondió porque, al parecer, la oscuridad la hacía ser más valiente; le era más fácil ser franca si no veía a Reid y él no la veía a ella-. No para mí.

-Lo sé. Querías algo más, ¿verdad? -insistió Reid-. Es curioso, no me dio la impresión de que te interesara el dinero.

-Es cierto -contestó, pero dudó que él la hubiera oído. Él no sostenía una conversación, más bien pensaba en voz alta.

-Nunca estuve seguro de lo que querías -continuó él después de un momento-. Al principio me pediste que te dejara en otra isla, pero yo no estaba seguro de que fuese eso lo que querías... Luego, bueno, descubrí que me había equivocado...

-¿Es necesario que hablemos de esto? No tiene objeto...

-Lo tiene -la contradijo con severidad, pero al menos no había enfado en su voz-. Quiero librarme de tu influencia.

-Tenía la esperanza de que lo hubieras hecho ya.

-¿Te refieres al sexo? -preguntó él con crueldad premeditada-. Nunca me libraré; en ese aspecto somos compatibles, Kathy, lo que no comprendo... Bueno, no comprendo cómo alguien tan fría puede reaccionar con tanta pasión. Fuego y hielo... en eso hay una gran paradoja. Fuego y hielo -repitió-. ¿Qué hay en ti? ¿Qué te hizo ser como eres?

«Tú», pensó Kathy y se mordió los labios para no pronunciar la palabra.

-¿Qué te motiva? -insistió Reid-. No es el dinero, porque de haberlo querido no te habrías ido. Te llevé a Nueva York como tú querías.

-¡No, no quería ir a Nueva York! Lo único que quería era alejarme de la isla y dejar solos a Paulette y a Thom. De todas maneras, eso fue al principio, luego...

-Continúa -habló con tono suave, pero amenazante-. Luego, ¿qué?

-Me enamoré locamente de ti. Pero todo cambió en Nueva York... Me dejaste sola...

-No parecías sufrir. Te mantenías ocupada.

-¿Ocupada? -preguntó sonriendo con amargura al recordar los muchos días de soledad-. ¿Qué crees que hacía?

-El cielo lo sabe. Puede que tuvieras una aventura sentimental. Durante un tiempo, querida esposa, dudé de ti y de Greg.

-¿Greg? -repitió indignada e incrédula-. ¿Gregory? ¿Cómo pudiste pensar eso?

-No te preocupes, no lo hice durante mucho tiempo. Greg es muy fiel y no podría satisfacer a alguien con tus... tus dones especiales. De todos modos, es muy gracioso... Greg se parece mucho al querido Malcolm, es conservador e inhibido... Ciertamente te gustan los hombres más extraños.

-No me gustan...

-Sí. Yo fui el primero; es evidente que fue un error, aunque hice lo que esperabas de mí. Te saqué de la isla y luego, un triunfo inesperado para ti, te llevé a Estados Unidos, te di tiempo para que te orientaras y decidieras qué hacer con tu vida. Creo que lo que más te interesara era el sexo, y pienso...

-No me importa lo que pienses -explotó Kathy.

-Pienso que sigues haciendo el amor tan bien como antes.

-Fue un error y yo estaba medio dormida...

-No me digas. No trates de decirme que no sabías lo que hacías...

-No voy a... -se alejó más de él y se envolvió con la mano.

Cuando abrió los ojos vio que la luz se filtraba a través de los agujeros de la madera, de las grietas en las paredes y de las rendijas en los tablones que cubrían las ventanas. Había suficiente luz para distinguir las formas y las sombras: vio la leña que Reid había dejado en el suelo para que se secara y la ropa de los dos extendida sobre unas sillas, cerca de la estufa.

Se levantaron y prepararon juntos el desayuno. La actividad tranquilizó a Kathy. Cuando se sentaron a la mesa, ella había perdido casi todo su deseo de defenderse. Cuando acabaron de desayunar, Reid se alejó para examinar los rincones dé la cabaña. Ella lo observó y pensó que parecía un león enjaulado. Se tranquilizó cuando Reid cogió su chaqueta.

-Voy a inspeccionar el terreno -anunció él.

-Muy bien -contestó ella y se puso de pie. Empezó a limpiar la mesa del desayuno, decidida a mantenerse ocupada, a no pensar en lo ocurrido entre los dos.

Reid estuvo fuera durante más de dos horas. Cuando volvió, ella ya había aseado la cabaña y tenía sobre la estufa una olla con un guiso de lata.

-¡Qué hacendosa! -comentó Reid a secas y Kathy se volvió, con el trapo del polvo en la mano. Vio una sombra que la puerta abierta enmarcaba, era una sombra grande atemorizante que la luz exterior reflejaba-. Una olla hirviendo sobre la estufa y mi esposa limpiando... Cariño, esto no es común en ti.

-¿Cómo puedes saberlo?

-Por experiencia pasada -le informó y sacudió la nieve de sus botas en el umbral de la puerta-. Vivimos juntos unas semanas y no recuerdo... -calló para entrar, se sentó en la silla más cercana a la estufa y se quitó las botas-, que hicieras algo que pudiera calificarse como trabajo doméstico; no cocinaste, no limpiaste...

-No me digas que me has guardado rencor por eso durante todos estos años.

-Tengo motivos más importantes para tenerte rencor -la corrigió mientras extendía las piernas hacia el calor de la estufa-. Parecías una chica dulce y sencilla, y supuse que disfrutarías jugando a las casitas. Por eso me extrañó que no mostraras ninguna inclinación por los trabajos caseros.

-Tenías una cocinera que no deseaba ayuda en la cocina y limpiaban la casa todos los días...

-Lo cual debió complacerte mucho. Greg me dijo que casi nunca estabas en casa y que, por lo general, salías en busca de cultura y refinamiento social.

-¿Qué otra cosa podía hacer? No estabas en casa, no tenías amigos, y tu madre me hizo ver que no me ayudaría. Además lo de la cultura fue idea de Gregory y...

-Una excusa conveniente, echarle la culpa a otro.

-Me sentía sola. No conocía a nadie, no tenía amigos. Nunca había estado en Nueva York.

-Pero quisiste ir a Nueva York.

-¡No! ¡Y sólo quería salir de las islas, irme a vivir a algún sitio donde pudiera trabajar, sentirme como una persona!

-Justo. Querías ser tú misma, y querías conseguirlo sola. No sabías lo que es estar unido a otras personas.

-Sí lo sabía. Tenía a mi padre y luego a Paulette.

-Ella no es lo que llamaríamos un ejemplo de una persona responsable. No me conocía y te permitió irte conmigo.

-¡Paulette no me debía nada! Hizo más de lo que yo tenía derecho a esperar. No tenía la responsabilidad de cuidarme.

-Sí... Parece que nadie se ha sentido responsable de ti.

-¡No es cierto! Mi padre...

-Tu padre se dedicó a llevarte de isla en isla, sin hogar fijo, sin dirección... Está acostumbrada a vivir sola, Kathy. No quieres a nadie y no aceptas a nadie, lo único que deseabas de mí era el medio de iniciar una vida nueva. Me descartaste en cuanto te la di.

¡Qué ironía! El mayor experto en descartar a la gente estaba sentado ahí, y la acusaba de no aceptar a nadie cuando la culpa era de él. Reid se mostró muy frío después de casarse con ella... La alejó de su vida, casi la abandonó. Y ahora parecía que le echaba la culpa a ella de lo sucedido.

-Muy bien -logró decir Kathy-. Si te complace pensar eso...

-¿Si me complace? ¿Te atreverías a decirme que nuestro matrimonio te importaba?

-Si alguna vez fue un matrimonio verdadero -recordó que Reid le había roto el corazón. Él casi la había destruido con su total y caballerosa indiferencia-. Y aunque fue legal no permitiste que floreciera. Te fuiste...

-A trabajar -advirtió impaciente-. Tenía que trabajar, Kathy. No podía pasarme toda la vida a tu lado.

-No compartiste nada conmigo, ni siquiera te dignaste explicarme la situación -lo miró furiosa-. Me llevaste a Nueva York y me abandonaste. De no haber sido por Gregory y la tía Margaret yo... -titubeó, pero continuó-. No hubiera tenido a nadie... ni nada.

-No me convences, Kathy. No querías a nadie... -se detuvo frente a ella y la acorraló contra una de las literas-. No querías nada de mí.

-No es cierto -protestó y se vio obligada a sostenerle la mirada-. Quise... -calló para pensar bien antes de hablar-. Al principio quería estar contigo, no quería estar sola. Me abandonaste y dejaste a Gregory en calidad de mediador. ¡Lo odiaba! Yo quería algo, algo que fuera mío.

-Sí, tarde o temprano teníamos que llegar a esto -la tomó desprevenida al ceñirle los hombros con fuerza-. Nunca estuve seguro del juego que traías entre manos, pero sabía que terminaría en esto: la pobrecita de Kathy, sola en el mundo y deseando algo... ¿un niño? ¿Tratas de decirme que un niño habría resuelto todos tus problemas?

Kathy comprendió que habían llegado al fondo del asunto. Cerró los ojos al dolor que estaba tan fresco como antes. Ahí estaba la última barrera, dolorosa y cruel, lo que nunca se habían atrevido a hablar frente a frente, sólo por medio de Gregory, y Kathy deseó con toda el alma que se hubiera quedado así.

-Yo... -movió la cabeza mientras luchaba contra el nudo que se le había formado en la garganta-. Por favor... no me preguntes eso.

-¿Por qué no? ¿Ahora duele la verdad? -preguntó Reid amenazante-. ¿0 hubieras preferido que yo no lo supiera?

El silencio invadió la cabaña, después Reid habló de nuevo:

-Pensabas que yo no lo sabía, ¿verdad? -expresó en tono más ligero, pero lleno de furia amarga-. ¿Creías que me habías ocultado tu secreto? Lo habrías logrado si no se lo hubieras dicho a Gregory.

Finalmente, Kathy abrió los ojos. Estaba confundida. Tuvo que mirar a Reid.

-¿De qué diablos hablas? -preguntó indignada.

-Lo sabes muy bien -aseguró-. No finjas porque Gregory me lo dijo. Por mucho que tratase de ponerlo de tu parte, él trabajaba para mí y nuestra empresa le entregaba su salario mensual. Mi padre y yo compramos su lealtad; no tuviste la más mínima posibilidad.

-Posibilidad, ¿de qué? -gritó-. No sé de qué...

-¡Maldita sea, deja de hacerte la inocente! -Reid la miró, parecía que lanzaba chispas por los ojos, la tomó de los hombros con gran fuerza-. No sé que juego te traes, pero no podías engañarme porque conozco tu sucio secreto, lo sé desde hace tiempo.

-¿Qué sabes? -preguntó intrigada.

-Lo de la criatura, lo de nuestro hijo -recalcó en tono venenoso-. El que tú... ¿quieres que lo diga, Kathy? -exigió mientras la zarandeaba casi sin poder contener la furia-. Hablo de tu aborto, del niño que te negaste a tener.

Capítulo 11

EL niño… No… ¿Me negué? -repitió con pesar una y otra vez porque no comprendía, no tenía sentido-. Eso no es cierto… yo no…

-¡Date por vencida, lo sé todo!

-¡No me negué! No me acuses de haber hecho lo que me habrías ordenado hacer de haberte enterado a tiempo, Reid.

-¿De haberme enterado? -preguntó, pero ella ya no estaba dispuesta a escuchar más.

-Para ti fui sólo un juguete -continuó impulsada por los recuerdos amargos-. No quisiste asumir la responsabilidad de una esposa y menos de una criatura… ¡Te alegraste de que sucediera!

-¡No es cierto! -frunció la frente y le escudriñó el rostro-. Te fuiste antes de que yo lo supiera.

-¡Lo sabías porque Gregory te lo dijo!

-En efecto -aceptó Reid en tono helado-. Sabía lo que Gregory me decía… Tú… -calló, respiró profundamente para dominar lo peor de su furia y continuó-. No te molestaste en decirme nada, no me dijiste que esperabas un niño; que no lo deseabas; no me dijiste que te habías deshecho del…

-¡No hice tal cosa! Yo… -Kathy se detuvo. ¿Cómo pudo Reid pensar eso de ella?

-Sé la verdad.

-No la sabes, perdí… -retiró las manos que presionaban sus hombros y se alejó-. Perdí al niño.

La desolación de aquellos días volvió a invadirla. Pero esta vez diría todo lo que había callado durante tanto tiempo.

-Perdí a la criatura. Sucedió sin motivo aparente… y el médico me dijo que eso sucede a veces, que podríamos intentarlo de nuevo… yo me pregunté cómo si tú estabas tan lejos… y no contestabas mis cartas…

-No es cierto -la interrumpió con brusquedad-. ¡Nada de eso es verdad!

-Lo es. ¿Crees que lo inventaría? -preguntó con los ojos llenos de lágrimas, le dio la espalda porque había visto que él rechazaba la verdad, igual que a ella-. Reid ya es hora de que te enfrentes a la verdad y puedo darte las pruebas necesarias. Ve a hablar con mi médico, es un ginecólogo respetable. Te daré su nombre y su dirección, está en Nueva York, en Park Avenue. No hay nada oculto en eso --continuó con seguridad e ignoró la duda que se reflejó en los ojos de él y su repentino pesar-. ¡Habla con él! Pregúntale por qué perdí a la criatura, a ese niño que tú no querías que naciera…

-No -murmuró Reid, pálido-. Kathy, ¿estás diciendo la verdad?

-Lo que he dicho es verdad -advirtió-. ¡Sabes que así es!

-¡No! Sólo sé lo que Gregory me dijo, lo que Gregory... -calló y su mirada se turbó mientras meditaba-. Gregory fue nuestro intermediario, ¿verdad? Tú nunca me llamaste...

-Pero te escribí -refutó Kathy para defenderse-. Él me dijo que no podía comunicarme contigo por teléfono, de modo que te escribí. ¡Te escribí infinidad de cartas! Una cada día.

-¿Se las diste para que me las entregara?

-Sabes que sí.

-¿Lo sé?

-Sí -afirmó furiosa porque él insistía en que ella repitiera lo que ya sabía.

¿Qué ocurría? ¿Reid creía que había sido ella quien interrumpió la comunicación entre los dos? De pronto, se estremeció al ver la expresión de Reid... Hacía años que no lo veía, pero no había olvidado esa mirada. Reid tenía los párpados entrecerrados, la vista fija en un punto indefinido en la distancia, pero ella sabía que detrás de esa máscara inexpresiva la mente de él trabajaba con rapidez valiéndose de la lógica para pesar los hechos y llegar a la verdad.

-¿De qué se trata?

-Gregory.

La palabra flotó e hizo eco en el aire. Gregory, ¿qué tenía que ver él en ese asunto? ¿A qué se debía el cambio repentino en la actitud de Reid? La furia contra ella había desaparecido y en su lugar había algo diferente; al parecer, Reid ya no la culpaba.

-¿Qué pasa con Gregory?

-¿No te das cuenta? -preguntó Reid-. Gregory fue nuestro mediador, el único eslabón entre nosotros, pero no me entregó ni una carta. Nunca recibí una carta tuya.

-¡Eso es imposible! Yo...

-Ninguna -repitió, quizá sin oír la interrupción de Kathy-. Al principio él me explicó que tú le habías dicho que no te gustaba escribir. Después me dijo que te divertías tanto que no tenías tiempo para hacerlo.

-¿No tenía tiempo? -Era mentira.

-Una de sus muchas mentiras, Kathy... -calló y con ternura le acarició las manos. Deseaba protegerla; el gesto fue muy diferente del brillo duro y frío que había en sus ojos-. Greg te dijo que yo aún no quería tener hijos, luego me dijo a mí que tú te habías negado a tener a mi...

-Ésa es tu versión -refutó acalorada-. Es tu mentira.

-No, es la verdad -titubeó un instante-. Mira, yo estoy dispuesto a creerte, ¿no estás tú dispuesta a creerme?

-Lo dudo -alejó las manos y cruzó los brazos con fuerza, en un intento de reprimir el exceso de emoción que amenazaba con debilitarla. ¿Confiar en Reid? ¿Cómo podía hacerlo después de ocho años de sufrimiento? ¿Confiar sólo porque ya no estaba enfadado con ella, porque razonaba para que hubiera comprensión entre los dos?-. ¿Por qué habría de mentir Gregory?

-Dímelo tú -respondió Reid-. Tú estuviste más tiempo con él. Quizá él te deseaba.

-¿Gregory? -preguntó incrédula-. Él no es así, y yo tampoco. No hubo nada...

-¿Estás segura?

-Por supuesto. ¿Piensas que tuvimos una aventura sentimental?

-Pensé que quizá Greg lo intentó.

-No -aseguró Kathy-. Él estaba conmigo y sólo recibía tus órdenes. Erg tu empleado y nunca olvidé que te debía su lealtad y después de que me fui de Nueva York nunca tuve noticias de él.

-¿No se comunicó contigo? -preguntó Reid y al ver que ella asentía volvió a meditar-. ¿Qué me dices de los cheques que yo te enviaba?

-Yo no quería nada de ti y no habría aceptado...

-Te mando un cheque todos los meses -la interrumpió Reid-. Cada mes, puntual como un reloj; firmó el cheque. Greg lo envía por correo y tú lo cobras... ¿0 eso también es una mentira? -preguntó sin dejar de observarla-. ¿Has aceptado dinero mío? ¡Por supuesto que no! -contestó por ella y cerró los ojos un momento-. ¡Es algo que Greg tendrá que explicar... yo le tenía plena confianza!

-Confiabas en él como en ti mismo -murmuró Kathy en tono amargo=. Me preguntaba si realmente pensabas que yo estaba contenta al cuidado de Gregory. Yo quería estar contigo... -su voz titubeó y se quebró.

-Kathy -murmuró Reid, abrazándola-. Sufrí mucho lejos de ti, pero sufrí más cuando no te encontré al llegar a casa... -la abrazó con más fuerza, de manera compulsiva, como si nunca la fuera a soltar-. Sufrí mucho -repitió con voz llena de emoción y sinceridad-. Luego, cuando Greg me dijo que lo había ocurrido con la criada, sufrí aún más... no pude perdonarle por esa traición...

-Lo sé -murmuró llorando; recordó y compartió su dolor con Reid-. Lo sé -lloraba con más fuerza porque revivía el sufrimiento y la soledad-. Fue muy difícil...

-Y yo no estaba a tu lado. De haberlo sabido habría estado contigo, Kathy -aseguró enternecido-. Habría estado... ¡Dios mío, ojalá lo

hubiera sabido.

Pero yo lo sabía. La abrazaba con fuerza, compartía el dolor de Kathy y sus lágrimas... ese exceso de emoción fue un bálsamo que derrumbó las barreras entre los dos.

-Kathy -murmuró Reid-. Cariño... siempre te amé y te deseé. Y te sigo amando.

-Yo también -confesó con timidez, rodeándole el cuello con los brazos y levantando la cabeza ante la repentina insistencia de los labios de él-. Nunca he dejado de amarte -murmuró antes de que Reid la besara.

Esa vez fue diferente. Los años, demasiados años, los habían dejado sin defensas, sin mentiras ni artificios. En ese momento, el beso calmaba una necesidad casi interminable y daba respuesta a una pregunta desesperada. El mundo de los dos era de pasión y deseo.

Más tarde, sólo recordarían fragmentos de esa nueva realidad. Las caricias expertas de él y las reacciones espontáneas de Kathy; la osadía repentina de la joven y la declaración de amor de Reid más la respuesta de ella; la necesidad imperiosa de demoler las últimas barreras entre los dos.

-Tantos años perdidos... -murmuró Reid cuando yacían abrazados y satisfechos.

-Todo ha terminado al fin -declaró ella con firmeza.

-Pero no deja de ser un desperdicio, cariño, aunque... -calló el tiempo suficiente para levantarse apoyado en un codo-... ahora eres doblemente la chica que eras hace años.

-¿Por qué? -preguntó con osadía, a pesar del rubor en sus mejillas-. ¿Soy mejor en esto, en amarte físicamente?

-También eso -aceptó-. Pero eres mejor en todo, más capaz... Recuerdo la primera noche cuando entré y te oí hablar de la iglesia. Estabas muy seria de manera encantadora, sabías de qué estabas hablando... y volví a enamorarme de ti.

-No es posible -objetó con pereza-. Seguías odiándome.

-Cierto, odiaba a la mujer que creía que eras, pero me enamoré de la mujer en que te habías convertido.

-Lo demostraste de una manera muy curiosa.

-No quería enamorarme de ti otra vez... -Reid se inclinó hacia adelante, sin soltarle la mano y le besó la palma abierta-. ¿No te sucedió a ti lo mismo?

-Sí -aceptó-. Verte me hizo recordar demasiadas cosas. Recordé quiénes éramos hace ocho años; yo era muy joven y tú eras un hombre mundano.

-No era el hombre de mundo que tú creías -confesó sonriendo y

cohibido-. Hace ocho años yo aún era un muchacho. Pensaba que la vida era un juego, lleno de diversiones... lo cual fue parte del problema -continuó después de pensar un momento-. Temo que al principio lo que sentí por ti fue capricho. La primera noche en la playa, cuando estabas vestida con aquel camisón virginal y con la mantilla de seda... Bueno, pensaste que podías confiar en mí, pensaste que podías pedirme que te sacara de la isla y que no ocurriría nada. Yo ya te deseaba, deseaba poseerte...

-Yo sólo quería estar contigo y ser lo que tú querías que fuera.

-No es la mejor base para un matrimonio -aceptó Reid.

-Tienes razón. ¿Cómo sabes que ahora tenemos algo más?

-Porque has madurado. Los dos lo hemos hecho pero tú, cariño, has desarrollado una personalidad propia. El día que reñiste conmigo porque yo podía dañar tu preciado arco ojival sobrepasaste mis esperanzas más alocadas. ¡Me venciste limpiamente!

-Estabas enfermo y te desmayaste junto a mí -le recordó-. Por eso perdiste -indicó Rathy.

-Habría perdido de cualquier manera -le dio un beso en la frente-. Ahora somos la pareja perfecta, Kathy, y te amo más que al principio. Amo tu fuego... -le besó un párpado, y luego el otro-... tu fuerza y tu pasión -volvió a callar con los labios muy cerca de los de ella-. Amo todo lo que eres, en lo que te has convertido -habló con voz grave y con ternura-. Amo a la mujer en que te has convertido y espero que me aceptes otra vez...

-No tengo elección. Durante todos estos años he seguido amándote.

-Entonces está decidido... Ya no más momentos difíciles, cariño -prometió-. Estamos juntos y en la vida nadie podrá separarnos. Y con suerte -continuó Reid abrazándola con más fuerza-... no nos encontrarían hasta la primavera.

-¿Por qué? ¡Maldición! ¿por qué lo hiciste? ¿Qué esperabas lograr?

Como era de esperar, Gregory fingió no entender. Kathy le dijo a Gregory que él los sabía engañado y que quizá nunca lo habían descubierto si no hubieran pasado tres días solos en la cabaña.

El rescate, aunque según Kathy «rescate» era una palabra muy dramática, fue rápido y fácil. El avión que los buscaba los localizó por la mañana y el grupo de salvamento llegó unas horas después. Hubo un pequeño problema para llevarlos a los dos por la montaña antes de que desapareciera la luz, pero todo se resolvió con prontitud.

Cuando llegaron al pueblo, Reid contestó algunas preguntas y Kathy se mantuvo a su lado. Había ido mucha gente a recibirlos.

Gregory también llegó, aunque tarde; destacaba con su abrigo fino y su traje oscuro, Kathy lo vio enseguida; parecía tranquilo, con

excepción de sus ojos sombreados por la duda y la preocupación.

Reid debió sentir la tensión en ella y la miró, antes de observar la habitación.

-¡Es el momento de terminar este asunto! -le indicó a Kathy antes de disculparse con quienes los rodeaban-. Greg, entra -expresó y empujó al hombre hacia la oficina.

Reid volvió a abrazar a Kathy mientras se enfrentó con Gregory, que parecía inocente con excepción de su mirada. Sus ojos buscaba con desesperación un refugio porque no deseaba mirar a Kathy ni a Reid.

-¿Por qué hice qué? No sé de qué hablas.

-¡Lo sabes perfectamente! -mascullló Reid entre dientes--. ¡Mentiste, nos mentiste a Kathy y a mí, destruiste nuestro matrimonio, por Dios!

-¿Qué yo os mentí?

-Sí. Me dijiste que ella se había negado a tener a nuestro hijo y le dijiste a ella que yo había dicho que me alegraba de que hubiera abortado.

-¿Eso te dijo ella? -preguntó Gregory con un dejo de indignación e incredulidad-. Lo imaginé, imaginé que esto sucedería si os quedabais solos unos días.

-Imaginaste que nos enteraríamos de la verdad... -terminó Reid en tono venenoso.

-No, eso no -Gregory movió la cabeza y Kathy notó que parecía muy seguro de sí-. Sabía que ella te mentiría, que torcería la verdad... que haría todo lo posible para que tú creyeras que es pura como la nieve recién caída -agregó riendo con amargura-. No la conoces bien, Reid. No sabes de lo que es capaz, pero yo sí; pasé más tiempo que tú con ella y lo sé. Yo estaba presente cuando ella mató a esa criatura...

-¿Cómo te atreves? -intercaló Kathy bullendo de furia-. ¡Es mentira!

-Ella miente -continuó Gregory-, miente todo el tiempo. Yo estaba a su lado y sé cómo es. No ha cambiado, Reid. Cuando te internaron en el hospital, la vi el tiempo suficiente como para darme cuenta de que no ha cambiado. No puedes confiar en ella ni creer lo que te dice.. Tuerce la verdad...

-¿Crees que ha vuelto a engañarme?

-Estoy seguro -aceptó Gregory con amargura-. Nunca me perdonaráá por haberte dicho la verdad, me lo dijo con toda claridad cuando estabas en el hospital. Sólo Dios sabe qué mentiras te había contado...

Kathy sintió terror cuando Reid alejó los brazos de sus hombros. ¿Volvería Gregory a arruinar su relación? ¿Lo permitiría Reid?

-¿No crees que soy capaz de ver la verdad a través de tus mentiras?

-No puedes -contestó Gregory-. Nunca pudiste ser objetivo cuando se trataba de Kathy. Dejas que las emociones te nublen la razón, como cuando ella se deshizo de la criatura, antes de abandonarte... sufriste mucho.

Kathy sintió dolor por Reid tras esta última afirmación. Ya nunca volvería a dudar de él.

Se había establecido una nueva afinidad entre ellos; una corriente cargada de confianza, al menos por parte de ella. ¿Pensaba lo mismo Reid? ¿Cómo podía estar segura de que él seguiría confiando en ella si Gregory se empeñaba en arruinar la situación una vez más?

-Reid, sólo trato de ayudar -continuó Gregory-. ¡No quiero verte sufrir de nuevo!

-No te preocupes por mí -le aconsejó Reid con un poco de burla-. He aprendido mucho en estos años y ya no es tan fácil que me engañen con una sarta de mentiras -Kathy estaba asustada. ¿Habría vuelto a dudar de ella?

-No sabes cómo puede torcer la verdad -intercaló Gregory-. ¡Tú no tuviste que soportar sus mentiras!

-Cierto -aceptó Reid-. No me diste la oportunidad de soportar nada, ¿verdad?

-Lo cual fue lo mejor...

-Seguro que desde tu punto de vista lo fue. Entonces, todo salió como querías.

-¿Qué...? -preguntó Gregory.

-Pensaste que nunca tendrías que dar cuentas -insistió Reid sin permitir que Greg lo interrumpiera-. Cuando te enteraste de que Kathy y yo trabajamos juntos te llevaste la sorpresa de tu vida.

-Yo... -Gregory se movió inquieto-. No sé de qué hablas.

-¡Lo sabes muy bien! -el desdén de Reid se transformó en una furia ardiente, pero controlada-. ¿De veras pensaste que Kathy y yo podríamos pasar tres días juntos, tres días y tres noches solos, sin desenmarañar tu sarta de mentiras?

-Yo... quién sabe qué te habrá dicho -balbuceó Gregory-. Esa maldita mentirosa...

-¡Basta! -la paciencia de Reid se acabó. Su transformación atemorizó a Gregory y también a Kathy que nunca lo había visto tan enfadado-. ¡No vuelvas a atreverte a decir algo parecido ni vuelvas a intentar algo similar!

-Sólo quería explicar...

-No, tú sólo querías salvar tu pellejo, pero no te dará resultado. Tenía la esperanza de que aceptaras la verdad -Reid calló y respiró

profundamente-. Ahora lo único que quiero saber es por qué, ¿por qué lo hiciste?

-Yo no... -Gregory no terminó Reid se había acercado a él con los puños cerrados. Eso bastó para que Gregory se desmoronara-. Lo hice por tu padre -aceptó angustiado-. Él y tu madre pensaban que Ka... es decir, tu matrimonio era una equivocación.

-¿De modo que tú te encargaste de arruinarlo?

-No fue idea mía -refutó Gregory en tono suplicante-. Tu padre me ordenó que hiciera lo posible, que tratara... aprovechándome de que tú estabas lejos. Lo primero que yo debía hacer era asegurarme de que Kathy y tú no pudierais comunicaros...

-Así que no me entregaste sus cartas y me mentiste...

-Tuve que hacerlo. Era mi trabajo y mi puesto estaba en juego.

-Pudiste hablar conmigo -replicó Reid en tono salvaje.

-Entonces tú no controlabas el negocio, tu padre era el jefe y me había hablado con toda claridad... no tuve elección... Dijo que cualquiera que deseara progresar en su empresa debía aprender a improvisar. Te mandó lejos para que yo pudiera actuar con libertad, así que cuando Kathy perdió a la criatura...

-Aprovechaste la oportunidad -completó Reid en tono helado-. ¿Te recompensó bien mi padre?

-No perdí mi empleo -anunció Gregory indignado-. Yo no buscaba dinero.

-Pero lo obtuviste, ¿no? -insistió Reid-. Destrozaste mi matrimonio y mi padre debió pagarte muy bien por eso.

-No te divorciaste -alegó Gregory; Kathy se preguntó si el hombre no se daba cuenta de que con cada palabra que decía se hundía más-. Tu padre y tu madre querían que te divorciaras. No tuve el éxito que ellos esperaban.

-De modo que redujeron la recompensa -declaró Reid-. Y tú te consolaste con los cheques que yo firmaba para Kathy.

-¿Qué, los cheques de manutención? -preguntó Gregory en su intento de engañar otra vez-. ¿Te ha dicho que no los ha recibido?

-Sí -afirmó Reid-. No intentes engañarme más, Greg, agradece que no te denuncie.

-Pero...

-¡No agotes mi paciencia! -le aseguró, casi desesperado. Kathy presintió que Reid estaba cansado y asqueado de ese asunto-. Estás despedido. Es todo, puedes irte.

Se acercó a la puerta para abrirla con tanta fuerza que el ruido que causó al chocar con la pared hizo eco en el silencio repentino.

Cuando Gregory salió, Reid volvió hacia Kathy para abrazarla.

-Ya ha terminado la pesadilla, Kathy -declaró-. Empezaremos de nuevo.

-¿Un principio nuevo?

-Sin lugar a dudas -prometió-. El mejor, como no lo tuvimos hace ocho años -con ternura la besó para sellar su promesa y luego le sonrió-. ¿Te casarás conmigo?

-Por supuesto -murmuró Kathy después de comprender las palabras, creía que soñaba-, pero, tenía entendido que estábamos casados.

-No es cierto -la contradijo-. Según tú, nuestro matrimonio no fue legal.

-Bueno... -le rodeó el cuello con los brazos y observó su expresión antes de hacer una pregunta muy seria, decidida a saber la verdad-. ¿Lo fue?

-¿Importa? Podemos hacerlo otra vez -recalcó y sonrió-. Quizá sea lo mejor, después de lo que les dije a los periodistas cuando llegamos.

-¿Qué les dijiste?

-¿No me oíste? -sonrió abiertamente-. Dije que en realidad no necesitábamos que nos rescataran porque teníamos bastante comida... -calló para darle un beso breve-... y que habíamos encontrado una manera maravillosa de mantenernos calientes.

-¡No!

-Sí y para que el padre Gardiner, que es un alma bondadosa, aunque no muy mundana, no se escandalice, creo que deberíamos pedirle que nos case.

-¿En la iglesia?

-En cuanto esté terminada -prometió Reid antes de volver a besarla.

La iglesia era la perfección misma. Los antiguos bancos, el púlpito original y la ventana Palladian estaban restauradas y colocadas en su lugar. El hollín y la suciedad habían desaparecido; los recubrimientos de madera eran blancos y las paredes amarillo dorado. Más allá de las ventanas, se apreciaba el verdor tierno en las hojas de los árboles y el cielo azul clarísimo.

No cabía la menor duda de que la iglesia era perfecta, pero Kathy y Reid, el día de su boda, no veían la belleza que los rodeaba. Sólo tenían ojos para ver la espléndida perfección de su amor.

-¿Sabes una cosa? -murmuró Reid cuando terminó la ceremonia y el padre Gardiner le anunció que podía besar a la novia-. Todos los que dicen que la segunda vez es mejor tienen razón.

Kathy lo confirmó cuando unió sus labios a los de Reid. Era mejor y lo sería durante el resto de sus vidas.

Elizabeth Barnes - Antes de que nos encuentren (Harlequín by Mariquiña)